

ISABELLE AUTISSIER



EL AMANTE
de la
PATAGONIA

Una memorable novela de amor y aventura
en los confines del Nuevo Mundo.



Lectulandia

Ushuaia, 1880. Emily, una joven escocesa huérfana de dieciséis años, es enviada a la Patagonia como cuidadora de los hijos del reverendo de la región en su tarea de evangelización del Nuevo Mundo. Emily desconoce por completo el territorio que le espera, pero rápidamente percibirá la belleza salvaje de la naturaleza, el esplendor áspero de los pueblos, con sus aguas y sus bosques inmersos en un sol intenso, frío y luminoso. Emily, bella e inocente, también descubrirá el amor con Aneki, un nativo yámana. Será entonces cuando su vida cambie de repente y para siempre: condenada a seguir los códigos y las leyes de la civilización blanca, Emily se fugará con él, intentando vivir una pasión libre en medio de la feroz colonización de las tierras de la Patagonia.

Lectulandia

Isabelle Autissier

El amante de la Patagonia

ePub r1.0
nalass 25.08.14

Título original: *L'amant de Patagonie*

Isabelle Autissier, 2012

Traducción: Manuel Serrat Crespo

Editor digital: nalasss

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Soy Cushinjizkipa, del país de Yeskumaala, cerca, muy cerca del fin del mundo.

Soy Cushinjizkipa; keepa porque soy una mujer y cushinjiz porque nací en la bahía de los numerosos patos. Los míos me llaman Cushi, los demás me llamaron Rosy. Este nombre no quiere decir nada, pero debo responder a él.

Dice el relato que uno de los padres de mis padres vio a los otros por primera vez. Un día de cada día, había llovido toda la jornada y el cielo huía llevándose a Akainix, el arco iris. Saliendo de la bruma, estaba aquella inmensa ballena, tan extraña, con tres árboles plantados en el lomo. Mi pueblo tiene buena vista, puedo todavía, a mi edad, distinguir la sombra del cormorán, por la noche, en las cavidades de los acantilados.

El padre de mis padres gritó que veía grandes pájaros azules y rojos encaramados en todas partes. La gente se apretujaba en la playa. El animal se acercó a la ribera y dio a luz un cachorro en el que se posaron algunos pájaros. Cuando tocaron tierra, todo mi pueblo lo vio entonces. No eran pájaros, sino seres parecidos a nosotros. Andaban, tenían dos brazos, dos piernas y una cabeza, pero sus cuerpos eran casi invisibles, cubiertos de esas pieles coloreadas que les habían hecho parecer pájaros. Eran terriblemente feos, algo más altos que nosotros pero, sobre todo, más robustos, sin ni un ápice de esa finura que forja la belleza de los cuerpos. La piel de su rostro era pálida como la de los muertos y estaba devorada por unos largos pelos. Algunos tenían ojos descoloridos, casi transparentes, como los que se atribuyen a Yetaite, el maligno espíritu de la Tierra. Llevaban unos bastones, que brillaban bajo el tímido sol. Akainix, el arco iris, no es un espíritu maligno, no castiga, no es signo de desgracia. Entonces, el pueblo de los hombres sintió confianza y permaneció en la playa, por curiosidad, pero también porque es de regla acoger a quienes trae el mar. Soy Cushinjizkipa, vivo hoy lejos de mi país, a más de una semana de canoa.

El barco de los blancos llegó antes del alba. Todo estaba tranquilo y límpido, el sol se deslizó hacia el cielo, en el eje del canal. En el bote que los desembarcó había una mujer, una desconocida. Tengo poderes, soy una yekamush, formo parte de aquellos que saben hablar con los espíritus. Entonces, vi. En lo alto de la colina, tan lejos, vi y supe que ella traía la tormenta.

Me llamo Emily y maté a mi madre. Más exactamente, murió al darme a luz, lo que viene a ser lo mismo. ¿Lo supo, sintió, precisamente cuando yo me deslizaba hacia la vida, que estaba perdiendo la suya? ¿Luchó? ¿Admitió la derrota? ¿Renunció al combate? ¿Me odió porque le robaba a su marido, a su hijo y el seto de retama dorada de aquella primavera? Aulló entre el humo de las velas, rodeada por ancianas impotentes.

Padre nunca volvió a hablar de ella, nunca volvió a casarse. Sé que antes de mi nacimiento la casa estaba llena de vida, de vecinas y de hijos. A nadie le gusta la desgracia, y menos aún quienes la cultivan, de modo que nos convertimos en «los de Doherty», un ensamblaje inconveniente de un hombre joven aún acompañado por un bebé y un niño de cuatro años. Estuve un año con una nodriza y padre me recuperó, pretextando que no era hombre que abandonase a su hija tras haber perdido a su mujer. Caminamos los tres, soldados en torno a esa ausencia. Arrimados los unos a los otros, como quien se apretuja en la tempestad. Crecí en esa extraña atmósfera en la que cada cual protegía al otro tanto como podía. Nuestro trío estaba imbuido del sentido de la fragilidad y la urgencia de estar juntos. A los niños nada les parece nunca anormal. La regla familiar es la vida, y eso es todo. Tanto más cuanto los puntos de comparación eran muy escasos, puesto que a Doherty acudían pocos visitantes. Solo cuando todo se detuvo tomé conciencia de haber sido la única y pequeña campesina de Escocia que había tenido semejante infancia. Para mí, esa felicidad era banal.

Padre nos llevaba a todas partes: a los campos bajo pieles de cordero, al establo bajo la paja, al anochecer junto a la chimenea, uno en cada rodilla. A menudo dejaba de trabajar para trenzar para mí una corona de abeto o hacer un arco para Greg. Dos o tres veces al año íbamos al pueblo para vender un poco y comprar menos aún. Cuando llegaba la época de la cosecha, durante unos días echaba una mano a los vecinos y estos le correspondían. Por lo demás, nosotros éramos sus únicos interlocutores. Se tomaba tiempo para hablarnos, como a adultos, de los animales y del cuidado que exigen, de las plantas y de sus virtudes, de las leyendas e historias tan antiguas que ya no se sabía quién las había vivido.

Tuve muy pronto que ocupar mi lugar. A los cinco años sabía ordeñar, sentada en el taburete que padre me había fabricado. A los seis sacaba agua del pozo. A partir de los siete era la mujer de la casa, cocinaba, cosía, mal sin duda, pero habitada por el desesperado deseo de borrar mi pecado original.

Soñaba con ser un muchacho. Correr por las landas, montar a caballo, cazar e incluso cortar leña y matar bestias me ha atraído siempre más que remover el calducho o hilar interminablemente. Por fortuna, Greg, que no tenía compañeros de su edad, me dio la posibilidad de escapar de mi condición de niña. Me llamaba Em, haciendo que desapareciera la sonoridad femenina de mi nombre. En cuanto teníamos

tiempo libre, me arrastraba hasta la copa de los árboles, me enseñaba a hacer saltar las piedras y a disparar con el arco, conducíamos las vacas y los corderos. Los apacibles animales nos dejaban tiempo para fabricar lazos de caza, ejercitarnos con la honda contra los pardillos y las alondras de los alrededores e incluso para luchar. Nos revolcábamos por el prado; yo conseguía de vez en cuando ponerle una zancadilla que le hacía soltar una carcajada y exclamar:

—¡Bravo, Em, serás un buen soldado!

Yo temblaba de orgullo y mis noches se poblaban de uniformes con botones dorados y de cierta recluta más pequeña, pero más valerosa que todos, blandiendo su bandera, como en los grabados del almanaque.

Un caballo, tres vacas, unos veinte corderos, las gallinas, un campo de centeno y algunas verduras. No éramos pobres, tampoco ricos.

¿Cuál es la norma? ¿La felicidad o la desgracia? ¿Los equilibra Dios en la vida de cada cual, para poner a prueba nuestros corazones y nuestra fe? Pronto abandoné esa apacible existencia. El heno había sido almacenado justo a tiempo, antes de las tormentas. Las colinas estaban rubias y secas, el riachuelo llevaba poca agua, y me gustaba este período, cuando la naturaleza parece ahíta, satisfecha de haber creado, un año más. Yo tenía once años.

Oí que un caballo se detenía en el patio. Ben Ashley, el vecino, rehuía mi mirada y a las palabras les costaba salir de su boca.

—Pequeña, ve a buscar a tu hermano, ¡tenéis que venir conmigo! La bajada hacia la charca estaba muy húmeda aún. Siempre he dicho que era preciso empedrar bajo los árboles. Tu padre ha quedado atrapado bajo el pértigo. Será un milagro si se libra de esta.

Tres días más tarde, abandonaba yo Doherty creyendo que algún día volvería. Greg se marchaba a treinta leguas de allí, como jornalero, y el reverendo Mac Kay, que vivía en Grenook, emparentado de lejos con mi madre, me recogía. Alma buena, se proponía educarme en la caridad, como una de sus cuatro hijas. De hecho, yo me sentía una criada al servicio de un hatajo de holgazanas cuyo único interés por el prójimo consistía en chismear malignamente.

—¡Emily, agua caliente! ¡Emily, velas! Emily, ¿no has terminado el dobladillo?

La casona de piedras grises habría podido deslumbrarme, con sus muebles encerados y su vajilla de porcelana. Pero, en sueños, yo seguía viendo la choza que, inexorablemente, debía de estar deteriorándose. La ciudad, sus comercios, sus multitudes asustaban a la pequeña salvaje que yo era. Allí descubrí que me era indispensable ver correr un manantial y beber a grandes tragos, oír mis pasos crujiendo sobre las hojas secas, sentir el viento que baja de las colinas capturando, de paso, todos los aromas de centeno tibio o de brezo. Echaba cruelmente en falta estas

sensaciones, banales para los campesinos, inútiles para los ciudadanos. Nunca he conocido la naturaleza de mi secreta correspondencia con estas cosas sencillas. Pero, ya a aquella edad, tomé conciencia de que mi vida no podría desarrollarse sin ellas.

Solo me sentía bien en el jardín, binando el huerto y recolectando las manzanas. En otoño, contemplaba el paso de las ocas, como lo hacían sobre las colinas de Doherty, y recordaba que mi padre me contaba que se dirigían al fin del mundo, donde el sol es ardiente incluso en invierno. Me sentía prisionera. El reverendo Mac Kay vino, sin quererlo, a rescatarme. Era un hombre corpulento y barbudo, con manos de mujer y ojos tan profundamente hundidos en sus órbitas que costaba distinguir su mirada. Yo lo consideraba la única alma caritativa de toda aquella casa. De joven, había ido a llevar la palabra de Dios hasta las Indias, antes de que la enfermedad lo devolviera y se casara con la primera de sus ovejas. Le quedaba de ello una sombría biblioteca que parecía contener todos los secretos del mundo. Su contrariada afición a los viajes le había hecho adherirse a asociaciones de ayuda a los misioneros, y la casa recibía a menudo invitados que regresaban de países extraños, para los que organizaba conferencias y cuestaciones. Al comienzo, aquellas visitas me desconcertaban. Contrastaban en exceso con mis costumbres de solitaria. Pero quedé rápidamente fascinada por las historias que contaban en torno a la mesa. Los salvajes completamente negros o amarillos, los animales feroces, los ríos sin fin, los desiertos. Nunca había imaginado tantas cosas y tan distintas en nuestra Tierra. Más de una vez me riñeron por permanecer escuchando en un rincón de la sala en vez de recoger la mesa. Tuve la audacia de hacer preguntas cuando la familia y sus huéspedes se agrupaban ante la chimenea. Esto divertía al pastor.

—Perdonen la curiosidad de nuestra joven Emily, es una exploradora en pañales, si no me equivoco —decía.

Al reverendo le debo también mi único motivo de felicidad en aquella época: aprender a leer y a escribir.

—Para qué atiborrar la cabeza de esta niña. No lo necesitará en absoluto —se enojaba su mujer.

—¡Dejémosla, si lo desea! ¿Quién sabe? Tal vez la lectura de la Biblia sea algún día su único socorro —respondía él.

Tengo la intuición de que me veía ya desposándome con uno de sus misioneros y leyendo los textos sagrados a montones de mujeres en sari o en *boubou*. De modo que, todas las noches, me apresuraba a terminar mi tarea para deslizarme hasta un extremo de la larga mesa, donde sus hijas estudiaban, y creo que fui mucho mejor alumna que ellas.

Pasaron cinco largos años. Me civilicé un poco, abandoné la costumbre de caminar descalza y limpiarme los mocos con la manga. Tenía un estatus ambiguo, entre hija y

sirvienta. Mi espíritu de independencia había llamado la atención del reverendo, que veía en mí a una aliada siempre dispuesta a vibrar con el relato de sus antiguas empresas. Era la única que estaba autorizada, cuando había terminado mi trabajo, a entrar en la biblioteca donde él escribía sus interminables misivas. Leía yo con avidez una selección de obras que él me había preparado, en las cuales se celebraban las hazañas y virtudes de algún misionero. Conservo aún el recuerdo del olor a cerrado y a polvo que exhalaban aquellas páginas, de los puntitos pardos de humedad que devoraban sus esquinas y del ruido de insecto del papel de seda que levantas conteniendo la prisa por descubrir un dibujo. A veces, me comentaba una de esas imágenes, le recordaba sus propias aventuras. Para su mujer, yo era solo una pobrecilla impertinente; para él, la secreta quimera de un hombre que nunca más partiría y que sufría por no tener descendencia masculina capaz de retomar la antorcha de la evangelización.

El desenlace llegó de manos del cartero, una luminosa mañana de invierno: dos años antes, uno de nuestros visitantes había sido el pastor Georges Bentley. Recorría Gran Bretaña con el fin de recaudar fondos para su misión en un lugar improbable, el extremo austral de América del Sur. Daba cuenta regularmente a sus benefactores de su implantación en Ouchouaya, donde su grupito de catequistas vivía alejado de todo, rodeado solo de indios. Aquel extraño nombre, que más tarde se deformó en Ushuaia, me complacía por una especie de premonición. Sabría más tarde que eso significa: «La bahía que penetra en el oeste». El señor Bentley poseía verdadero talento como escritor y el reverendo nos leía con frecuencia sus cartas antes de que rogáramos por él. Aquellos textos hablaban de los salvajes que vivían desnudos en medio de la nieve y para los que organizábamos recolectas de ropa vieja. Pero describía también, con énfasis, paisajes sublimes, glaciares que se hundían en el mar, bosques rojizos en otoño..., testimonio, todo ello, de la grandeza del Creador. Por fin, y especialmente, hablaba de aquellas almas simples y rudas a las que aportaba las luces físicas de la civilización y morales de la cristiandad. El reverendo Bentley era el favorito de «nuestros señores misioneros». Aquel día me reprendieron de nuevo por replicar agriamente a la mayor de las Mac Kay.

—Nunca sacaremos nada de esta chiquilla, cada vez está peor. Pronto jurará como un carretero, los castigos no consiguen nada. Se lo digo yo, amigo mío, es semilla de delincuente —atronaba la mujer del reverendo, tras haberme soltado dos bofetones.

Pero la misiva procedente de Ouchouaya terminaba con una acuciante petición. La mujer del pastor Bentley acababa de tener su quinto hijo. Su fatiga, el cuidado de la casa, del huerto, unidos a su solicitud para con las mujeres y los niños indígenas, la agotaban. ¿No conocería acaso a alguna muchacha a la que no desagradase aquel duro clima y que pudiera ir a ayudarla? Mac Kay ya había seleccionado para ella, dos años antes, a un herrero que realizaba maravillas. Bentley confiaba en aquel hombre.

Una campesina algo basta sería lo adecuado. De pronto, todos los de la casa se volvieron hacia mí.

El 26 de marzo de 1880 cargué mi pequeño baúl en la diligencia de Glasgow, de camino hacia el Nuevo Mundo. Tenía dieciséis años.

¡He aquí mi país! Me siento tan intimidada como excitada al imaginar lo que me aguarda en esta tierra nueva. Ni siquiera sé cuántos años pasaré en ella; pero ¿acaso importa? La elegí, he querido ir, y allá voy. Desde hace dos días el tiempo ha mejorado, es bueno incluso. El viento ha girado hacia el norte y nos deslizamos por un mar gris, sordamente recorrido por los rayos de luz que brotan de entre las nubes. Algunos albatros delicadamente subrayados de negro nos acompañan, fisgando la estela en busca de alimento. Liberada del innoble mareo que me mantuvo en la cama durante el descenso desde el Río de la Plata, permanezco en cubierta durante todo el día para huir del olor a moho de mi camarote. El aire me parece cargado de una indefinible energía, una vivacidad que me llena los pulmones, hace que me den ganas de cantar, que me alegre de haber tomado la irrazonable decisión de establecer aquí parte de mi vida.

El segundo oficial, el señor Sellers, siempre ha sido previsor. Él, más que el capitán a quien se lo encargaron, vela por mí. Me acompañó cuando quise desembarcar, tanto en Lisboa como en Buenos Aires, y me ayudó a comprar una pastilla de jabón y dos hermosas piezas de tela de algodón estampado. En esta última ciudad, sobre todo, habría sido muy imprudente circular sola. Este país, Argentina, que fue una posesión española y es independiente desde hace apenas sesenta años. En vez de aportar la paz a sus habitantes, aquella rebelión condujo a incesantes guerras civiles y contra sus vecinos. El señor Sellers dice que, ahora, todos los argentinos han designado al general Mitre como su jefe y que regresará la concordia. Pero permanecen en Buenos Aires, su capital, muchos hombres desmovilizados que vagabundean, armados y sin trabajo. Hay otra razón para que reine la inseguridad en este extraño país: casi todos sus habitantes han llegado recientemente de Europa. Aparte de algunos indios, esta tierra estaba desierta. Mucha pobre gente apostó todos sus ahorros en un pasaje de un barco que se dirigía hacia esa tierra de promisión, y aún no han sido compensados. En pleno verano, entre un calor tormentoso, a orillas de un río lodoso, con barracas junto a los almacenes, se grita en todas las lenguas. Todo eso asusta bastante y me satisface que Ouchouaya, nuestro destino, se encuentre a tres semanas en barco de esta Babel y no tenga más habitantes que nuestra comunidad misionera y los indios de los que vamos a ocuparnos. Tras haber dispuesto agua y víveres, zarpamos y, al cabo de unos días el horizonte estaba tan vacío como durante nuestra travesía del Atlántico. Imposible sospechar que navegábamos cerca de la tierra. Cuanto más hacia el sur íbamos, más descendía la temperatura, el viento era más fuerte y mi entusiasmo más débil. Permanecía echada en mi litera, siempre con náuseas.

El pequeño ojo de buey destilaba una luz verdosa, pero tal vez fueran imaginaciones mías a causa del mareo. A menudo me reprochaba haber accedido a hacer ese viaje. ¿No habría sido mejor, me preguntaba, soportar a aquellas arpías, las

hijas del pastor, unos años más y luego independizarme y colocarme en Escocia como gobernanta? Había mandado una misiva a Greg antes de partir, pero no había obtenido respuesta. Tal vez él hubiera cambiado de granja o se hubiese establecido en alguna parte. Si lo hubiera encontrado, pensaba, habríamos recuperado juntos Doherty, restaurado la chabola y reanudado nuestra vida de antaño.

No soy muy bonita, decidí. Siempre se han burlado de mi delgadez, mi gran talla y la inexistencia de «atributos femeninos». Me han dicho de todo: ¡espárrago, palo de escoba, tabla de planchar! Pero sé que tengo en mi favor unos cabellos largos y rizados y unos ojos verdes que he recibido, decía con nostalgia padre, de mi madre, y además soy dura ante las dificultades y el trabajo. Con todo, habría podido casarme y trenzar, a mi vez, coronas de espino o fabricar arcos para mis hijos. En vez de ello, me siento muy sola, de camino hacia una tierra de salvajes.

Pero hoy las agradables condiciones barren mis negras ideas. Soy de nuevo Emily, el buen soldadito, dispuesto a todas las aventuras. Y, puesto que una felicidad nunca viene sola, mientras saboreo esta hermosa luz, el señor Sellers se reúne conmigo en cubierta y con una amplia sonrisa dice:

—Mire, señorita Emily, ¡ahí está la tierra!

Se necesita una vista muy buena o el legendario optimismo de los marinos para ver un continente tras el trazo grisáceo que mi compañero me señala. Pero, poco a poco, aparece una barra, y va creciendo en el horizonte, como una bestia que emergiese de la nada. Un acantilado beis y desnudo va precisándose, salpicado de playas de guijarros y, más allá, cabrilleos hasta perderse de vista con los que juegan unas manchas de sol. Eso es todo lo que me aguarda. Ni un solo indicio de vida humana, ni aldeas, ni caminos, ni el lento serpentear de humaredas rasantes, solo naturaleza en bruto. Casi siento vértigo al tomar conciencia de este vacío. El mundo es grande, y me siento tan pequeña.

Nuestro navío se ha acercado a la costa «para dirigirse hacia el cabo San Pablo», dice el capitán. Pero ¿cómo se orientan pues? A cada punta sucede otra. El interior de la tierra se parece a mi Escocia. En la lejanía, adivino algunas montañas. Las zonas más claras son praderas, vallecillos que imagino empapados, entretejidos con espejeantes arroyos. Las zonas oscuras son bosques que trepan hacia las alturas. Ocultos en ellos, sin duda, nos espían algunos ojos. Los marineros me han avisado.

—Uno cree estar en un desierto, dicen, pero no se confíe, señorita, los salvajes lo ven todo. Apenas has echado el ancla cuando ahí están esos rostros pintarrajeados, gritando como diablos. No es que sean muchos, pero no se les escapa nada. Sí, es usted muy valiente. Dios me perdone, esos cafres jamás comprenderán nada de la religión.

Hombres de poca fe. Dios creó a estos primitivos como a nosotros. ¿Por qué no van a escuchar su mensaje?

El domingo entramos en el canal de Beagle, bautizado con el nombre del navío del señor Fitzroy, un gran marino que cartografió ampliamente estas regiones desiertas. Es un paso que une, en el extremo sur de América, el Atlántico con el Pacífico, separando la gran isla de Tierra de Fuego de las más pequeñas que llegan hasta el cabo de Hornos.

En pleno verano austral, el panorama es deslumbrador. Al norte, se levantan grandes bosques que se interrumpen bruscamente, a cierta altura, como si se hubiera propinado un tijeretazo al manto oscuro, para dar paso a caras rocosas sembradas de placas de nieve. Al sur, unas colinas más agradables alternan bosques y praderas. Al oeste, el canal se pierde en un misterio de picos, rocas y cumbres cubiertas de hielo. La luz del sol, tibio ya, pone de relieve cada detalle con absoluta claridad. El paisaje parece brillar desde dentro, habitado por alguna alma secreta. Casi he sentido ganas de llorar ante tanta belleza.

—Palabra, señorita Emily, nos trae usted suerte, de lo contrario no tendríamos tan buen tiempo en este maldito lugar. La última vez tardamos una semana en embocar el canal y desgarramos tres veces el trinquete —comenta el contramaestre.

Damos lentamente bordadas entre las riberas, con viento débil, y corriendo de un lado a otro de la borda, devoro con los ojos la ribera. Hay en ella algo que se parece a los lugares que he conocido, aunque centuplicado, como si fuese más indomable, más enérgica. Desde el primer día siento que se establece en mí un profundo pacto con esta naturaleza; me consagraré a ella y jamás me traicionará, estoy donde debo estar. Pienso una vez más en Doherty, en Greg y en padre, pero sin añoranza. Estos lugares serán como un estuche de belleza para mis pensamientos hacia ellos, digno de su recuerdo. No quiero vivir en la nostalgia. Aunque me reproche tener ahora que hacer un esfuerzo para evocar los tupidos cabellos de mi padre, su barba negra y los pliegues de su boca que se dirigían tristemente hacia abajo, aunque me cueste imaginar a Greg como un hombre hecho y derecho, rodeado de hijos, sé que mi porvenir no está allí y que debo mantener su imagen en una caja de recuerdos, en un rincón de mi cabeza, y dejar sitio para ese futuro que se me presenta.

—Capitán, ¿veremos algunos nativos? Dicen que acuden fácilmente al encuentro de los navíos para mendigar regalos.

—No tenga tanta prisa, señorita, ignoro lo que le han dicho, pero esos tipos no siempre son tratables. Mire, la isla de ahí delante; la llaman Gardiner, por el nombre del primer evangelista que quiso establecerse ahí. Estos indios le hicieron la vida dura, le robaron todas sus cosas y estuvieron a punto de matarlo, a él y a sus cinco compañeros. Huyeron a la bahía Sloggett, que hemos dejado atrás esta mañana. Pues bien, créame si le apetece, pero estos salvajes los dejaron morir de hambre durante todo el invierno. Los encontraron meses más tarde, rígidos como cirios, Dios me

perdone. Y aún fue una suerte que no los devoraran.

—¡Pero si no son antropófagos!

—Eso no es tan seguro. Se dice que, en caso de hambruna, se comen a las ancianas que ya no sirven para nada. La emprenden con los viejos y sin embargo respetan sus perros, para poder cazar. Piense usted lo que quiera, pero los salvajes son siempre salvajes. A mí ya me va bien no acercarme demasiado a ellos.

—Sin duda, esa gente vive casi como los animales salvajes y no conocen la compasión, pero el reverendo Mac Kay me dijo que también se hacían correr muchas mentiras. En especial, no son antropófagos.

El capitán replica con aspereza:

—Bueno, hablaremos de ello cuando vuelva a pasar por aquí. Seis meses deberían bastar para que se haga una idea de sus protegidos. Ahora permíteme, debo verificar nuestra ruta.

De pronto me siento invadida por la tristeza. A bordo, todo el mundo ha escuchado nuestro altercado y nadie, ni siquiera el señor Sellers, me dirige ya la palabra, como si yo hubiera justificado alguna práctica bárbara.

El anochecer se extiende con infinita lentitud, el cielo y el canal se cubren sucesivamente de rosa, de fucsia y de magenta. El viento cesa y permanecemos encalmados en ese universo de colores. Ni un solo rizo en el agua, ni un ruido en la ribera, nada turba ese esplendor. Pero la serenidad me ha abandonado.

Navegamos una jornada aún divisando una sola vez canoas, a lo lejos, zigzagueando más allá de las islas. No se acercan, y ya no me atrevo a decir nada. La noche siguiente me despierta el ruido del ancla. Sin luna y con un cielo cubierto, apenas si se distingue la ribera.

En pleno estío, las noches, como en Doherty, no duran mucho más de tres o cuatro horas. En cuanto clarea el alba me apresuro para ver el lugar donde viviré. Me da buena impresión. La bahía de Ouchouaya está rodeada de altas montañas, la inevitable foresta ocupa casi todo el contorno a excepción de unas colinas bajas, al oeste, prolongadas por islotes que separan el fondo de la bahía del canal, formando así un vasto puerto natural, bien protegido. En una de estas colinas se levantó la misión. Poca cosa, de hecho, un muelle, un camino, hacia la izquierda, tres casas de ladrillo y madera, cada una rodeada por un cercado, algo separado un edificio mayor, visiblemente en construcción, que debe de ser el templo para el que el reverendo Bentley reclamaba fondos. Junto a la orilla, otras cuatro casas, de madera, que parecen abandonadas y, frente a ellas, una docena de chozas. Este es el «pueblo». Junto al agua, entre grandes algas pardas, algunas finas canoas. Unos perros se pelean ruidosamente. A pesar de la hora matutina algunas personas van y vienen entre las chozas. ¡Mis primeros yámanas! Porque así se denomina esta tribu.

Desgraciadamente, a causa de la escasa profundidad hemos echado el ancla lejos de la playa y veo mal.

En el navío, siguen poniéndome mala cara. Son hombres de rencor tenaz. Tasco el freno durante horas, esperando a que todo el mundo se desperece, que suban a cubierta mi baúl y las innumerables cajas que llevamos. Por fin, hacia las ocho, echan el bote al agua.

—¡Bienvenida, mi querida Emily! Dorothy y los niños la aguardan con impaciencia. Gracias a Dios, ha hecho usted un buen viaje.

Me cuesta reconocer en el hombre que me tiende la mano al favorito del pastor Mac Kay. Ciertamente, ahí está esa silueta de talla media, algo corpulenta, ese cráneo que comienza a despoblarse y esa tupida barba, que habían hechizado algunos anohecidos en Grenook, pero la impresión es muy distinta. ¿Acaso la vida en este extremo del mundo lo ha transformado hasta tal punto? Su incipiente panza parece aquí una masa densa y musculosa, las manos son anchas y agrietadas, los brazos arremangados permiten ver unas sobresalientes venas que serpentean bajo una piel marcada, el rostro se ha enrojecido y los ojos están inyectados en sangre. Del conjunto del personaje se desprende una impresión a un tiempo de solidez y deterioro. Me hace pensar de inmediato en esas grandes rocas aisladas que siembran los campos en Doherty, macizas, inquebrantables y, sin embargo, surcadas por grietas y fisuras que atestiguan los ataques del tiempo.

Apenas tengo tiempo de balbucear un agradecimiento cuando ya no se ocupa de mí para enzarzarse con el capitán en una apasionada conversación sobre Inglaterra. No me invitan a participar aunque, sin duda, no habría sido capaz de hacerlo, pues el espectáculo del lado de las chozas me deja pasmada. ¡Estos seres son horribles! Había visto yo, en los libros del reverendo Mac Kay, que los indígenas tienen morfologías muy distintas de las de las personas civilizadas, pero hasta ese punto es difícil pensar que tenemos algo en común con esta raza miserable. Son bajos, no mucho más de un metro sesenta. Pero son, sobre todo, desproporcionados, con un tronco desmesurado con respecto a unos miembros enclenques. Sus piernas son especialmente flacas y sin finura. Aunque son sus rostros, sobre todo, los que muestran su pertenencia a una raza inferior: una cara redonda, una boca ancha y fea, unos párpados pesados bajo una pelambreira negra que, naturalmente, nunca ha conocido un peine. Con la excepción de algunos niños, tienen unos ojillos negros de mirada apagada y huidiza. Esta impresión de decadencia se ve reforzada por la ropa que llevan. Casi todos van vestidos, pero no me atrevo a decir que «a la europea». Los harapos que los cubren son irreconocibles. Mugrientos, desgarrados, a veces reducidos a jirones con los que se envuelven cómicamente, reforzando la impresión de abandono y decadencia. De todos modos, con su distinta morfología, nuestra ropa, en ellos, solo puede flotar en algunos lugares para ceñirse demasiado en otros. Su piel

es de un moreno claro. En los jóvenes, parece aún más o menos lisa, pero en las dos viejas que han salido para examinarme diríase pergamino. Más aún, estas mujeres van casi desnudas. Solo una tela oculta sus partes pudendas y sus pechos triangulares cuelgan sin recato. No esperaba que estos seres primitivos fueran bellos, pero lo que veo supera el entendimiento. ¿Cómo hacerles entrever ciertas luces si sus espíritus van a la par de estos cuerpos degenerados?

No tengo tiempo de demorarme, el señor Bentley, que ha llegado ya a lo alto de la colina, me llama, y huyo con alivio.

Me refugio en la casa del reverendo como si de un puerto se tratara. Desde el exterior no tiene buena pinta: basamento de ladrillo, paredes de madera, techo de plancha, sin el aspecto tranquilizador de los buenos muros de piedra de Doherty ni, claro está, la clase de la fachada enlucida de Grenook, pero una vez abierta la puerta, encuentro la calidez del hogar de mi infancia. Entro en una amplia estancia donde arde un fuego que sigue siendo necesario, incluso en pleno verano. Dos bargueños, un vasar, una larga mesa y una decena de sillas debieron de hacer el viaje desde Inglaterra, dada su cuidada factura. El resto, suelo, estantes, taburete, trincherero, tiene el tosco y nudoso aspecto del haya local, que aprenderé a conocer. Al revés que en la casa Mac Kay, atestada de alfombras, marcos y chucherías, encuentro aquí un agradable ascetismo. Con las paredes casi desnudas, el espectáculo lo proporcionan las ventanas que dan al este, a la bahía, y a las atormentadas cimas. Respiro ese olor a granja, a madera, a sebo, a humedad, a aromas de cocina y de humanos amontonados. En las cuatro esquinas, cuatro puertas: tres dan a las habitaciones y la cuarta a la lavandería y al cuarto trastero.

Una mujercilla rubia, tan flaca y pálida como grueso y bronceado es su marido, me recibe. Es Dorothy Bentley.

—¡Mi pequeña Emily, por fin! —exclama—. Me tranquiliza tanto verla. Vamos, preparemos un té para estos caballeros.

No me gusta demasiado que me llamen «mi pequeña», sobre todo porque, en este caso, soy más alta que ella. Pero me da pena con su aire extenuado, desbordada por un marido enérgico que emprende tres obras cada día. Está ahí por el amor de Dios y de ese hombre. Comprendo íntimamente su desesperada voluntad de estar a la altura de la tarea que me recuerda el pacto de los «tres de Doherty». Heme aquí, de inmediato, con un lactante en un brazo, pescando con el otro las tazas y la leche.

—¡Niñas, venid a saludar a vuestra gobernanta!

Me cuesta no sonreír. ¡Gobernanta! En esta barraca, en medio de la nada, lejos de cualquier sociedad... Agarrándose a los usos y costumbres de este mundo, Dorothy, lo descubriré más tarde, consigue mantener a distancia el salvajismo de este entorno. Fuera, el frío, salvajes, el viento furioso en el canal; dentro, su hogar, unos hijos corteses, la cubertería de su boda y el servicio de té. La mujer del reverendo filtra la

realidad, la expurga mentalmente de todo lo que se aparta de la vida que hubiera debido llevar en pleno Sussex o Hampshire.

Salieron de una habitación dos niñas. De no ser por su distinta edad, nueve años Mary y cinco Beth, podrían ser gemelas. Cuerpo pequeño y frágil, trenzas rubias, ojos de porcelana, parecían tan desplazadas allí como yo gobernanta. Tengo apenas tiempo de advertir que Mary me mira de soslayo con aire contrariado, cuando Beth corriendo a plantarme un beso. No tengo tiempo de demorarme en ello, hay que servir el té, pelar las judías, cambiar al bebé. Durante las semanas en el mar he desarrollado una especie de letargia, en concordancia con la perpetua agitación del océano. Me complace recuperar la verdadera vida. Los de la casa deben su supervivencia al empecinamiento de unos y otros. Aquí, no hay nadie para cortarnos la leña o llevar el agua, cuidar a los animales y el huerto, coser la ropa. No hay más que un puñado de seres luchando para mantener una apariencia de civilización en este desierto.

La cena será animada. El reverendo Bentley ha decidido ofrecer una comida a toda la colonia. Acostados los niños, descubro a quienes acompañarán mi vida futura. Además del capitán y su segundo, se estrechan alrededor de la mesa Joachim y Harry, los dos muchachos de la familia, a quienes tratan ya como adultos, John Doodle, el catequista soltero que se aloja con nosotros, Elisa y Samuel Pierce, el herrero que envió Mac Kay, y dos parejas más, los Simley y los Meesh, los hombres de las cuales hacen de agricultores, carpinteros o lo que haga falta.

—Agradecemos al Señor su viaje sin tropiezos y la llegada de nuestra querida Emily. Que con Su ayuda, alcemos más aún Su palabra. Fortalezcámonos unos a otros para que Su gloria brille hasta en estos olvidados rincones del mundo y atraiga hacia Él los pueblos de la tierra. Amén.

Sigue un solemne silencio. Cada cual piensa, creo, en su propia llegada y su destino, tan lejos de la patria. Luego la conversación versa todavía, y siempre, sobre Inglaterra. Todos se sienten ávidos de conocer los hechos y gestos de nuestra reina Victoria, las noticias del Imperio de las Indias, del Canadá, y mil cosas más que les son por completo inútiles. Al capitán le encanta ser el centro de las conversaciones. El reverendo se descubre dos entusiasmos: uno por las máquinas a vapor de las que sueña con hacer venir un ejemplar para desarrollar el aserradero, otro por una reciente teoría que permite deducir las facultades intelectuales de los seres gracias a la forma de su cráneo. Sería aquí de gran utilidad, para estudiar a los autóctonos e incluso identificar a los que fueran más aptos para la educación. Las mujeres me suplican que les describa con detalle la casa del reverendo Mac Kay, el color de las alfombras, el dibujo de los platos. Advierto que casi lo he olvidado ya, pero mi imaginación lo suplente. Más tarde, una u otra me preguntará de nuevo algunos detalles o emitirá un comentario. Nada se les habrá escapado, como si esas pobres palabras las tranquilizaran, les conservaran la capacidad de regresar algún día al país sin parecer

tontas. Su curiosidad me enoja y me parece muy vana. Pero, dentro de algunos años, ¿no seré yo quien acose a una visitante, curiosa ante esas futilidades? Esta idea me incomoda tanto que pido permiso para retirarme, alegando la fatiga del viaje.

La ventana de mi habitación da al sudeste. La vista llega muy lejos, hasta el canal de Beagle. Todo es gris esta noche y se amontonan grandes nubes con forma de huevo. Nada es corriente aquí, ni siquiera las nubes. Las montañas se reflejan majestuosas en un agua lisa, creando una turbadora simetría. Las niñas duermen juntas en la cama grande. Beth, acostada de espaldas, abandonada, con las manos abiertas, ronca levemente. Mary, por el contrario, está hecha un ovillo, encogida, con los puños apretados, como tensa en el meollo mismo de su sueño. Yo ocupo la cama pequeña, justo debajo de la ventana, y eso me permite ver el cielo que se oscurece lentamente y me recuerda a Doherty en verano. Algunos ecos de conversación, uno o dos ladridos, el piar de un pájaro, nada más. Por primera vez en mi vida, me cuesta dormirme. Mientras duraba el viaje, me quedaba aún la sensación de poder dar marcha atrás, nada permanecía inmóvil, cada día un paisaje distinto, las escalas, el descubrimiento del mar. Heme aquí ahora como un árbol trasplantado que debe echar nuevas raíces. Me doy cuenta de que me he aficionado al hervidero que es la ciudad y también la casa de los Mac Kay. Tengo sentimientos contradictorios. Por un lado, esta naturaleza me habla, me atrae, me hechiza. Me siento ya en connivencia con ella. Por el otro, una especie de vértigo se apodera de mí cuando imagino toda mi vida aquí, con las mismas diez personas y tropas de indios degenerados por único horizonte.

—¡Señorita! ¿Puedo meterme en tu cama? ¡Tengo miedo!

No he advertido que me adormecía y debía de estar sumida en un profundo sueño, pues no he sentido que se levantaba el viento. La borrasca sacude la casa. Se la oye primero golpear el bosque, rugiendo, para luego hacer temblar la ventana. Estoy acostumbrada a las tempestades escocesas, pero el viento aquí parece más salvaje e imprevisible. Se detiene a menudo, de pronto, dejando que planee un inquietante silencio que tortura los nervios. Diríase una fiera que gira en torno a su presa y se encoge antes de brincar sobre ella.

Una bola tibia se ha insinuado bajo el cobertor, acurruca su cabeza contra mi cuello.

—No soy señorita, soy Emily. ¿Por qué tienes miedo? Estás bien caliente en tu cama, con Mary.

—Mary no quiere tomarme en sus brazos y yo sí quiero.

Siento contra mi piel su rostro húmedo de lágrimas.

—¿Por qué tienes miedo?

—Es el viento, va a romper la casa, ruge, ¿lo oyes? Rosy dice que es Hanush, el hombre salvaje de los bosques. Tengo miedo de que me agarre, pues se lleva a la

gente y la ahoga.

—No sé quién es Hanush, ni Rosy, pero creo que son tonterías. La casa es sólida y el Señor nos protege.

Pero Beth ha ganado la partida. Esta noche, acurrucada la una contra la otra, sellaremos un pacto que nunca se romperá, ella rechazando sus miedos de niña, yo mis preguntas sin respuesta.

Durante dos días, el viento ha rabiado en la bahía y he salido poco. La incesante lluvia ha oscurecido tanto la atmósfera que es preciso encender las lámparas durante el día. La estancia tiene el aspecto de un capullo agitado en el extremo de una rama, jurarías que ves las paredes doblarse ante su ímpetu. Dorothy está nerviosa, se sobresalta cuando el viento hace crujir las planchas del techo, va de aquí para allá, sacando brillo a la vajilla, dejándolo luego todo empantanado para preparar una barrica de coles, regresando a los cubiertos, regañando a las niñas. ¿Cómo ha podido aguantar todos estos años, si ha tenido que luchar así contra este entorno? De vez en cuando, la puerta se abre y parece salirse de sus goznes, con tanta violencia la cierra el viento. Es uno de los hombres que viene a buscar una herramienta o un poco de té caliente. A pesar del huracán, trabajan protegidos por la foresta, serrando y cortando leña. El aserradero es, con la ganadería, el gran medio de vida de nuestra pequeña colonia, pues las donaciones no bastan ni mucho menos. El pastor no ahorra esfuerzos para convertir a ambos en modelos de eficacia y rendimiento, cuya afición sueña en transmitir algún día a los indios. Dos veces al año, fletamos el barco para llevar la madera a las islas Falkland, donde hace mucha falta.

La tempestad ha pasado. Tras algunas turbonadas más violentas aún, el cielo se ha aquietado de pronto y ha estallado un concierto de pájaros, saludando ese descanso. Por la mañana, bajamos a la aldea india para ver cómo han soportado el mal tiempo y aportarles alguna ayuda. Reconozco hacerlo con cierta repugnancia. Cuando nos acercamos, los niños se reúnen en torno a nosotros y las dos viejas del otro día salen, acompañadas por un joven de bastante estatura a quien Dorothy se dirige de entrada.

—Caramba, Aneki, ¿cómo va eso? ¿Cómo están tu abuela y tu tía?

Las ancianas nos miran directamente a los ojos, sin pronunciar palabra, sin parpadear. La «abuela» tiene una nube en el ojo y sus pupilas son pálidas, descoloridas, casi espectrales, pero eso no parece impedir su visión. En cuanto se oye un ruido, los ojos giran en sus órbitas sin que la cabeza se mueva, cual si evaluara un riesgo, y luego vuelven a escrutarme. La expresión de las viejas no es hostil, hay en ellas una mezcla de tristeza, curiosidad por mí y hasta cierta benevolencia, pero esas miradas fijas en mí me turban más de lo que quisiera. Finjo buscar a Beth, que, por su parte, está ya entre unos niños, que le manosean la cabeza.

El joven yámana habla en voz baja; a las sílabas les cuesta salir de su boca, vacilantes o a borbotones.

—Los hombres... están bien. El delfín ha hecho chasquear la cola y la tormenta ha pasado. El niño tiene hambre, mucha hambre.

Dorothy me había avisado de que Aneki hablaba un poco nuestra lengua y que ella lo utilizaba para dirigirse a los demás. Sus padres habían muerto cuando era muy niño. El padre cayó de un acantilado cuando iba a buscar huevos de cormorán y, poco

después, la madre se dejó atrapar por unas algas inmensas con las que arrimaba, era su papel, la piragua. Es un accidente frecuente cuando la corriente es excesiva. Aneki fue llevado por los misioneros a las islas Falkland para ser educado allí. Antes de que se creara la misión de Ouchouaya, nuestros predecesores intentaron preparar el terreno para una implantación aquí, proporcionando a algunos salvajes rudimentos de religión y de cultura. Desgraciadamente, al regresar a su casa la mayoría parece haberlo olvidado todo y reanudan su vida primitiva. Aneki pasó allí cuatro años, pero viéndolo enfundado en unos pantalones hechos jirones, con el torso desnudo cubierto de mugre y la pelambrea como un bloque compacto puesto sobre su rostro, alargado, se me ocurre la idea de que tales esfuerzos fueron vanos. Recuerdo la frase del capitán: «Salvaje un día, salvaje siempre».

—Vayamos a ver —sugiere Dorothy, sin entusiasmo.

Nos doblamos para entrar en la choza, o lo que podría llamarse así. Yo había visto algunos de los *wigwams* de los indios de América del Norte, hermosas tiendas tensadas sobre largas pértigas. Aquí nada de eso. La tierra apenas se ha excavado y echado a un lado, formando un montículo semicircular donde crecen las malas hierbas. Miles de conchas vacías y de huesos se amontonan encima, desprendiendo un fuerte hedor a descomposición. Sobre esta irrisoria barrera contra la arroyada, unas ramas entrelazadas y cubiertas de piel de otaria, tierra y algas para tapar los agujeros. Unos dos metros de alto por algo más de tres de diámetro, y dentro pueden amontonarse hasta quince personas. La de más edad nos ha precedido levantando la piel que sirve de puerta. El interior está así por completo ahumado, el fuego puesto sobre unas piedras ventila mal a pesar del orificio central. La «estancia» se halla casi vacía: dos arcos pequeños y un carcaj de lianas, algunos cestos trenzados con bastante finura, una lanza y paquetes poco identificados, rodeados de hojas, y por fin una banqueta de hierbas ocupan la mitad del espacio. Un niño está tendido allí, casi inerte, con el vientre hinchado, unos miembros que habrían podido romperse con un manotazo y los ojos cerrados y supurantes. Tiene todo el aspecto de que lo ronda la muerte.

—Hambre, no pesca durante la tormenta, los pájaros esconderse, los animales ir lejos, a la foresta.

Aneki ha tomado el niño en sus brazos con sorprendente delicadeza. Frota la nariz contra la suya. El pequeño abre unos ojos agotados y enrojecidos por el humo, pero no esboza el menor movimiento. El joven busca en un paquete una baya e intenta meterla por la fuerza entre los labios del niño. Pero este la rechaza. Brotan mis lágrimas. No sé si es el humo o ese desolador espectáculo.

—Aneki no tiene pesca esta mañana. Peces no volver —masculla el muchacho con la cabeza gacha.

—Ve a trabajar al bosque con el reverendo y tendrás harina —suelta Dorothy.

—Aneki pesca, no ir a bosque.

La mujer del pastor sale con un gesto de impaciencia.

—Ven al menos a cortar leña para nosotros, esta tarde, y te daré leche para él.

Me quedo unos instantes en el interior. ¿Y si en vez de ver la luz en Doherty yo hubiera nacido aquí?, pienso. ¿Estaría inclinándome sobre este débil niño? Imposible. Soy de una raza de combatientes y pioneros. Nuestra tierra de Escocia no era, sin duda, más acogedora para nuestros antepasados, pero combatieron. Erigieron casas de piedra para resistir el viento, domaron y criaron animales, sembraron y cultivaron. Se elevaron por encima de su condición mientras, aquí, la gente se limita a vivir apenas mejor que las bestias.

Fuera, Beth y los chiquillos arrojan guijarros a la ribera, entre gritos. Se ha quitado los zapatos y el vuelo de su vestido está sucio de barro. Una niña entre otras, si no fuera por su ropa entre los pequeños cuerpos desnudos.

Circulamos entre dos docenas de chozas. Algunas están abandonadas.

—En verano, muchas familias se marcharon a las islas en busca de alimento. Incluso los que se quedan abandonan periódicamente sus habitaciones para fabricar otras. No sabría decirte por qué.

—¿Y Aneki no se marchó?

—Volvió, hace dos semanas. Su abuela es algo bruja e hicieron en Wulaia alguna ceremonia de iniciación. Me dijo que esperaba a la mujer que ha elegido, ahora que tiene ya derecho a ello. Por lo que al niño se refiere, es de su parentela, una mujer muerta de parto o qué sé yo. Los vínculos familiares no siempre son muy claros, pero al menos se ayudan mutuamente.

De modo que Aneki va a casarse. La idea me divierte. ¿Cómo será semejante sacramento entre estos indios?

—Debe de ser algo más joven que usted, pero tiene ya edad y las dos viejas ya no pueden remar; ha de encontrar una más joven. Las mujeres son las únicas que manejan las piraguas y saben nadar, mientras que los hombres se encargan del arpón. Tendrá que verlos algún día, son muy diestros —añade Dorothy.

Al día siguiente, al amanecer, me despiertan unos golpes sordos detrás de la casa. Aneki ha decidido trabajar. El alba es pura, el cielo rosado. El muchacho, vestido solo con un taparrabos, parte con regularidad pesados troncos. A pesar del esfuerzo, hay mucha gracia en sus gestos. Comienza palpando el trozo de leña como si acariciase a un animal, incluso juraría que le habla. Luego lo pone de pie y deja caer con precisión el hacha, el aire parece vibrar tras el filo de la hoja, dos, tres veces resuenan los golpes. Toma luego cada trozo con tanta delicadeza como sostenía ayer al niño, y lo tiende en un lecho de hierbas que ha preparado. Esta mañana demostrará poseer una increíble resistencia. Prosigue su trabajo de las tres a las once, mientras queda

algo del enorme montón de troncos. Aneki es uno de los mejor proporcionados entre los yámanas. Por primera vez, tengo la impresión de que esta silueta fina y musculosa corresponde a la idea que me hacía de un salvaje antes de abandonar Escocia. Pero su actitud es desalentadora; porfía con su tarea. Los de la casa van y vienen alrededor de él, que no ve a nadie, no habla, está en un mundo hecho solo de troncos y hachazos, incapaz de una palabra o una sonrisa. ¡Y pensar que es uno de los que mejor habla el inglés y con quien el reverendo cuenta para llevar hasta una mayor urbanidad a sus semejantes! Se me ocurre el desagradable pensamiento de que si hubiera conocido mejor esta raza tal vez no habría yo aceptado el viaje. Sin duda he perdido cualquier posibilidad de ver de nuevo a Greg y Doherty, ¿con qué beneficio?

—¡Está bien, Aneki! Entra a ver a Dorothy, que te dará leche y harina —sugiere el reverendo.

—Harina no, no es bueno, un vestido para mi mujer, uno rojo.

Al muchacho le brillan de pronto los ojos.

—¡Caramba! ¡No te andas con chiquitas! Sí, he oído decir que te casabas, y eso está bien. Pero no distribuyo así como así la ropa. Tráela con regularidad al templo y hablaremos de ello en Navidad.

—¡El vestido! Chakaluchulupipa lo necesita y su madre también, le hace falta un regalo.

—Me molestas, Aneki, no cuentes conmigo para hacer regalos a toda tu futura familia. ¡La leche, la harina o lárgate!

—El vestido, pastor.

—No abuses o voy a enfadarme y te castigaré. Toma, para tu boda pídele también a mi mujer seis huevos y diez botones. ¡Vamos, largo!

El muchacho se marcha, mascullando. Yo hago acopio de valor y digo:

—Reverendo, ¿por qué le ha negado lo que pedía? Hay un montón de vestidos viejos que le habrían complacido.

—Mi querida Emily, su generosidad la honra, pero ceder a sus caprichos no les ayuda en nada. Como los niños, deben aprender a gobernarse. Si se lo doy a él, tendré que aguantar inmediatamente las jeremiadas de todos los demás. La distribución de ropa es un pequeño subterfugio para traerlos al templo y creo que Dios me lo perdona. No se preocupe usted, dentro de unos minutos lo habrá olvidado todo. Adoran los huevos de pingüino, los hago traer a miles de las Falkland, cuando el barco viene a cargar las tablas. Seis huevos son un hermoso regalo y los botones más aún, hará un collar con ellos. ¡Su prometida se sentirá colmada!

¡De modo que ya soy patagona! Adopto poco a poco mi nueva vida. El pastor me trata como a uno de sus hijos, aunque con Dorothy es más difícil. Se empeña en naderías, me pide cien veces que la ayude a una imaginaria limpieza de la casa,

asegura maldiciendo que preferiría dedicarse a la tapicería más que a cuidar a indios malolientes. Cuando los hombres regresan, sucios e hirsutos, del aserradero, aprieta los labios sin atreverse a decir nada pero, en voz baja, se deshace en jeremiadas. Encuentro pues cualquier pretexto para permanecer fuera y en eso me ayuda un verano suntuoso, el mejor que se haya visto por aquí, dice el reverendo. Las mañanas son límpidas y calmas. Puntual, el viento se levanta hacia las once y hasta el anochecer. Desciende de las montañas del norte, fresco y juguetón. El canal es sublime, las aguas azul marino salpicadas de blancos cabrilleos. Unas nubes inofensivas se persiguen por las colinas, dando una vitalidad bruta a este paisaje. Flota una mezcla de olores de algas y tierra caliente.

Me entiendo bien con Joachim, el más joven de los muchachos. Harry, el mayor, tiene dos años menos que yo, lo que debería hacérmelo sentir más cercano, pero tiene muy poca finura, tanto en lo físico como en lo mental. Será todo un mocetón, es ya más alto que yo, robusto como su padre, redonda cocorota, con el pelo de cualquier modo, dos grandes ojos negros, un cuello de novillo y dos remos a guisa de manos. A su favor tiene que es un trabajador infatigable, cabalgando sin descanso para buscar el ganado, y de una piedad que yo admiro en un muchacho tan joven. Dorothy se queja de que siempre hiede a sudor rancio.

Joachim tiene de su madre un físico más esbelto y no sé de dónde le viene un humor demoledor. Como su hermano, tiene grandes manos, pero un rostro más regular y hermosísimos ojos grises cuyo matiz varía con la luz del día. Cuatro años menor que yo, en cierto modo me ha tomado bajo su tutela para hacerme descubrir esta tierra a la que, visiblemente, ama con locura. Joachim, las niñas y yo salimos pues casi todas las tardes a recoger frutos. Los *calafates*, una especie de arándanos locales, son nuestros favoritos, las colinas están atestadas de ellos y nos hartamos tanto como llenamos las cestas. El muchacho, que se empeña en llamarme «señorita», aunque me tutee, se complace educándome.

—¡Eh! Señorita, mira por dónde andas, ¡esto es un lecho de frambuesas! ¡Nos han dado una gobernanta ciega, palabra!

Tiene razón. Pero el musgo es tan grueso y denso que los pequeños frutos ocultos bajo una corola estrellada pasan desapercibidos.

—¡Ya verás si tu gobernanta ciega no es capaz de hacer unos púdines que me suplicarás que prepare!

Encontramos también variedades de grosellas silvestres y una especie de pequeña uva, algo esponjosa pero muy comestible.

—Señorita, ¿sabes por qué esta uva tiene esta textura? Me lo dijo Quisenasan. Porque, de ese modo, los frutos no se hielan en invierno y puedes seguir cogiéndolos, incluso bajo la nieve.

Quisenasan es uno de los indios que el reverendo emplea más a menudo, incluso

le dio una de las chabolas junto al embarcadero e intenta que se interese por los trabajos del huerto. Tiene muy buena voluntad pero se niega a utilizar el inglés que, sin embargo, han intentado inculcarle.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Quise no habla ni una palabra de inglés!

—Sí, pero yo hablo yámana.

—¿Tú?

—Claro, ¿cómo puedes esperar llegar a esta gente si no se la comprende? Aprendo con Aneki, Quise y todos los que quieren enseñarme. Tengo un cuaderno con quinientas palabras ya y cada día escribo otras nuevas.

Decididamente, este muchacho es sorprendente. Me muestra cómo encontrar los pingüinos de Magallanes, que tienen la cabeza roja como una gota de sangre, o los grandes martín pescadores de panza rojiza que acechan su presa durante horas; me enseña a distinguir entre el canto del mirlo y el del quiscal, a encontrar los mochuelos que dormitan en las ramas. Me habla de las flores que abundan, de las algas que se comen, y del «pan de los indios», una seta que forma grandes excrecencias en las hayas y que los yámanas adoran. En definitiva, parece ya muy sabio y recuerdo con melancolía a mi padre, que discurría sobre las hierbas y sus virtudes. De momento, estas jornadas bucólicas me parecen normales, tan normales como mi infancia solitaria en Doherty. Una sola vez en mi vida conoceré, de nuevo, la paz de este verano, esta sensación de estar en mi lugar, en el seno de la naturaleza, junto a mis semejantes y ante la mirada benevolente de Dios. Tengo por fin una familia, he tenido que ir al fin del mundo para encontrarla. Cuando, al regresar, cantamos a coro las canciones escocesas que les he enseñado, el eco de nuestras voces unidas en el silencio del canal hace que las lágrimas suban a mis ojos.

Nuestro deber de caridad nos lleva, tres mañanas a la semana, hasta el campamento. Hay en esta gente una mezcla de quietud y movimiento permanente. La población varía siempre, pasando del simple al triple sin razón alguna, las chozas son construidas y reconstruidas a pocos metros por las mismas familias, la puerta cambia de dirección según sople el viento. Hay siempre algo cociéndose en las brasas del hogar; pescado, pequeños roedores, marisco, y cada cual se sirve a lo largo del día. Los perros vociferan, los niños aúllan, a veces también los adultos, pero puedes encontrar igualmente a alguno sentado, que no hace nada salvo contemplar el canal, mirar fijamente las islas de enfrente con una sonrisa extática. Aneki, a quien un día pregunté por lo que miraba, me respondió tan solo:

—Es hermoso, hermoso mi país.

¡Aneki ha recibido a su mujer! Es muy fea, gorda y hocicona y debe de doblarle en edad. Pero es la costumbre entre los jóvenes, pues una mujer experimentada es útil en la pesca. Los veo pasar a menudo por el canal, ella detrás con el remo y él delante,

con el arpón. Es una imagen bastante bonita la de ese minúsculo esquife en un paisaje sin límites, y la fuerza de ambos seres enteramente dirigida hacia su subsistencia. Deben de tener éxito pues el niño se encuentra mejor y su choza acoge a otras seis personas, además de las dos viejas. No me atrevo a pensar en la asqueante promiscuidad de las noches, los diez amontonados en el mismo jergón.

Me complace mucho la compañía de Elisa Pierce, la mujer del herrero. Es por completo una matrona campesina, pequeña, rechoncha, cierra su vestido con alfileres, el delantal sostenido por un cordel, con dos mejillas rojas como manzanas bajo un moño de través. Su gran corazón, en esta envoltura rústica, no complace a Dorothy, que la considera una fregona y recibe con los labios apretados los innumerables pasteles que trae para las niñas. El matrimonio Pierce, que debe de rondar los cuarenta y cinco años, sufre visiblemente por no haber tenido hijos. Sin duda por eso Elisa se ha consagrado a los pequeños yámanas. Sin preocuparse por la reprobación, los atrae a fuerza de golosinas y chucherías, los lava, remienda sus harapos cuando los tienen, les hace cantar salmos y les obliga a pequeños trabajos. Terminó sistemáticamente mi vuelta a la aldea en su casa, donde retozan doce o quince cabezas pardas.

—¡Palabra, Elisa, esto es una verdadera escuela!

—Ni hablar, bastante me ocupa ya su aseo; no, esto no es una escuela, apenas un cuarto de baño —se divierte ella.

La semilla sembrada por Joachim debe comenzar a germinar.

—Entonces, yo le ayudaré, Elisa. La educación de los niños puede ser una gran ventaja para llegar al corazón de esa gente. Seleccionemos a los más aptos y le prometo que me ocuparé de ellos.

Heme aquí, pues, convertida en maestra, o en algo parecido. Varias horas a la semana enseño el inglés a una docena de niños de ocho a doce años, y eso me complace mucho. Los yámanas tienen una extraordinaria facultad de imitación que contribuye a su aprendizaje. Intento también utilizar su afición al juego. Nombro algunos objetos, después los escondo. Quienes los encuentran y dicen sus nombres reciben una recompensa. Los progresos son espectaculares y me llevan a revisar mi juicio sobre este pueblo. Dirigiéndote con mucha paciencia a los jóvenes, que todavía no están como petrificados en los comportamientos del pasado, se logrará que la civilización entre en estos seres de la naturaleza.

Soy Cushinjizkipa, del país de Yeskumaala, cerca, muy cerca del fin del mundo.

He ayunado hasta conseguir que mi cuerpo fuese transparente como el alba.

He velado hasta que Watoineiwa se apoderó de mi espíritu, como la gran orca corre hacia su presa. Pues Hainola-la-orca es la embarcación que lleva el espíritu al yekamush para que diga el orden de todas las cosas.

Ha llegado el tiempo de construir la choza puntiaguda. El tiempo está ahí para que los niños pasen al otro lado de su temprana edad. Soy la guardiana de este tiempo.

Hemos dispuesto a los muchachos y las chicas con pinturas blancas y negras para que el espíritu los tome. Aneki es uno de ellos.

Hemos matado al pájaro blanco para revestir sus cabezas con su plumaje.

Hemos aullado como el viento entre las ramas, como el agua contra el fuego, para que conozcan el miedo.

La choza estaba oscura, fría y sin fuego.

Hemos ayunado con ellos y velado con ellos para que conozcan el sufrimiento.

Les hemos enseñado el canto del luto por su temprana edad.

Para una chica, dos mujeres y un hombre; para un muchacho, dos hombres y una mujer; para enseñarles la sabiduría y el respeto, la obediencia y el valor pues este es el deseo de Watoineiwa que ve en los corazones.

Han tenido que abandonar los gritos y los llantos de la juventud para compartir la pena que no se dice.

Han permanecido inmóviles hasta que les llegó la paciencia.

Han trabajado hasta olvidar la fatiga.

Han cazado, pescado y, luego, abandonado todo para vencer el hambre.

Se han zambullido en el agua helada de los torrentes para reírse del frío.

Han aprendido las leyendas y el canto del mundo secreto.

Días y noches, días y noches han pasado.

Entonces los acogimos en el mundo de los humanos.

Hemos reavivado la llama que ha bailado sobre el rojo y el ocre de las pinturas de la choza.

Les hemos dado el hueso vaciado para que bebieran el agua de la vida y la cesta para coger los frutos de la vida.

Por fin hemos combatido, cantado y danzado con ellos, como combaten, cantan y danzan los hombres y las mujeres unos contra otros y unos con otros.

Así ha terminado el Ciexos, la ceremonia que hace a los hombres y las mujeres, cuando ha llegado el tiempo.

Entonces Aneki ha podido elegir una esposa y Chakaluchulupipa y él se han encontrado, para conducir la piragua y parir.

Soy una yekamush, una de las que tienen el poder, veo que el alma de Aneki es

rebelde. Ha tomado ese espíritu de los blancos cuando estaba con ellos en la gran isla. Los blancos no saben educar, sino solo adiestrar. Creen que se puede adiestrar el tronco cuando solo el viento le da su forma y lo doblega para enseñarle a resistir. El árbol erguido se rompe.

He visto a la mujer de piel pálida, he leído el asco y el miedo en sus ojos. He visto también su corazón de niña y las locuras de su espíritu. Vaga como el pájaro privado de nido. He visto en torno a ella la sombra de Yetaite, el espíritu maligno, pero también la de Lachuwakippa, que protege el hogar. Se la disputan y la niebla se extiende sobre el final de este combate como sobre el canal, las mañanas de otoño. Acude cada noche a mi sueño.

Las golondrinas de mar se han marchado pronto hacia el norte y Kushteata, el león marino, ha nadado cerca de la ribera. Eso significa que el invierno nos atrapará muy pronto y que su dominio será muy largo.

De pronto ha llegado el invierno. Una o dos tempestades habían empolvado levemente las cumbres a comienzos de marzo. El 26 de marzo de 1881, el aniversario de mi partida de Grenook, es saludado por uno de los peores diluvios de nieve fundida que haya conocido Ouchouaya en el recuerdo de los yámanas. La cosa ha durado tres días. Las vacas y los corderos han huido a la foresta. Las aves de corral han entrado, los pájaros se ocultan. Las pocas y breves veces que clarea, solo se ven árboles retorcidos por el viento. Nuestra comunidad se ha acurrucado junto al fuego que, solo él, da calor y luz, pues hay que economizar las velas. Somos como animalillos satisfechos y saciados que disponen de su cubil. Los hombres reparan herramientas, cubren las ventanas con papel alquitranado, Dorothy y las niñas preparan conservas con vinagre y yo me hago una capa con una pieza de grueso paño verde oscuro, con múltiples bolsillos para que resulte más práctica. He añadido un ribete verde claro alrededor de la capucha para alegrarla un poco, y Joachim se ha burlado amablemente de mi coquetería en el fin del mundo.

El pastor dibuja los planos de un cobertizo para la máquina de vapor. John, nuestro catequista, muy taciturno por lo demás, se entusiasma ante lo que llama la luz del progreso.

—Dios dio la tierra a los hombres para que la sometan y la hagan fructificar. Esta naturaleza está llena de promesas. Todas estas forestas solo piden transformarse en buenas y hermosas tablas.

—Cuando veo el tiempo exterior, me parece usted muy optimista, John —interviene Dorothy—, ¿vamos nosotros a devorar la foresta o será la foresta la que nos devore?

—Y usted es muy pesimista, querida mía —responde el reverendo—, predigo que dentro de diez años, si trabajamos bien, tendremos cinco mil corderos y una explotación forestal que dará empleo a cincuenta indios.

—¡Siempre que quieran trabajar!

—Vendrán: «Que Dios extienda las posesiones de Jafet, que habite en las tiendas de Sem y que Canaán sea su esclava» —salmodia John.

—Sí —dice Dorothy—, si los yámanas son hijos de Canaán. A menudo me he preguntado de dónde salía este pueblo, tan perdido, tan frágil en este país hostil.

—Cuando se observa su debilidad física —interviene Harry—, puede pensarse que no estaban en condiciones de resistir a los guerreros tehuelches que pueblan el norte de la Patagonia, ni a los onas, sus vecinos, de los que tienen verdadero pánico. A mi entender, se han refugiado aquí, entre las islas, para estar fuera de su alcance.

—Bien razonado, hijo mío; nosotros debemos civilizarlos lo bastante para devolverles la confianza y conducirlos a una vida decente.

Se hace un silencio, como para que nos impregnemos todos de la enormidad de la tarea. El reverendo y el catequista se sumen de nuevo en sus planos.

John es un inglés típico, alto y huesudo, con una tez que solo se enrojece en vez de broncearse, ojos grandes y claros, cabellera y barba rubias que cuida con ridícula afectación dado su estado. Al contrario que Harry, John es un maniaco de su aseo personal. Se lava por la mañana y por la noche, utiliza agua de Colonia, se peina e intenta continuamente limpiarse las uñas estropeadas por el trabajo.

El pastor aprovecha también esta reunión para hacer largas lecturas de la Biblia. A veces eso me parece algo pesado y me avergüenzo. Sin embargo, me gustan las historias de esos pueblos antiguos, Noé, la huida a Egipto, el lago de Tiberiades. Imagino a esos extranjeros, sus ropas, sus habitaciones, sus costumbres. Me conmueve más la música de las palabras, el ritmo de estas frases que brotan de la noche de los tiempos y las imágenes que evocan, que una meditación sobre la gloria de Dios. Contemplo los rostros de Dorothy, John, Harry e incluso Mary que parecen imbuidos de la Palabra divina, sus ojos cerrados, sus labios murmuradores, los envidio y me siento muy frívola. Joachim me dirige un guiño para señalar a Beth que se ha dormido y ronca como de costumbre, y ahogamos una carcajada.

Después de la tempestad, el tiempo ha permanecido desabrido y frío durante largas semanas. Las hayas han enrojecido. Por encima de nosotros la foresta sería suntuosa si un rayo de sol, al menos, viniera a iluminarla. Las montañas y lo alto de los bosques están cubiertos ya por una seda de nieve. No habrá setas este año, a causa del frío.

Los indios han espaciado sus idas y venidas. En la mala estación, un grupo de un centenar de individuos se ha establecido junto a nosotros. A pesar del frío, siguen viviendo casi desnudos, solo algunos hombres llevan una capa de piel de otaria que los protege a duras penas. Las mujeres son más increíbles aún. En verano, las veo zambullirse desnudas, pescar las grandes almejas y los enormes mejillones que componen la parte esencial de su dieta. La temperatura del agua ha bajado hasta unos seis grados centígrados, pero eso no les impide proseguir. Emergen, chorreantes, con su cesta bajo el brazo, con la piel brillante de grasa, que es su única protección, y regresan sin prisa a su choza como si volvieran del mercado. Cuando, con la ayuda de sus perros, los hombres consiguen atrapar un guanaco, esta especie de antílope local que el mal tiempo lleva junto a la orilla, hay una gran actividad durante algunos días, hasta que el animal haya sido consumido colectivamente. Pero no tienen la costumbre de hacer reservas ni la menor técnica para ello. Una vida de economía recupera luego sus derechos, más calmada y silenciosa, hecha de una mezquina pesca y de desnutrición.

Mi clase en casa de Elisa está atestada y Joachim me acompaña todos los días. Tenemos una asistencia de unos veinte alumnos con quienes hemos entablado un juego de reciprocidad. Enseñamos el inglés pero, a cambio, aprendemos palabras de su lengua. Los niños están encantados, imitan a la perfección nuestro acento y nuestra

mímica y nos hacen reír a carcajadas. Son momentos extraños en los que, de pronto, no hay ya barreras entre nosotros, casi consigo no ver ya sus cuerpos desnudos y negruzcos ni los mocos que salen de su nariz. Somos como una familia.

Me he dejado atrapar por ese juego del diccionario de Joachim. Yo le indico las palabras que no ha inscrito todavía y discutimos infinitamente sobre el modo como debieran escribirse. De vez en cuando, en casa, las empleamos entre nosotros: *akar*, choza; *kipa*, mujer. Es como si hubiéramos formado una pequeña cofradía, con su lenguaje secreto.

Este viernes, un navío de pesca llegó para la visita de fin de temporada antes de ascender hacia el norte. Lo vi bajando por el canal, perseguido por las ráfagas. Luego, los marinos batallaron largo rato para entrar en la bahía y se oía desde la ribera el chasquido de las velas pardas. Son ocho mocetones de aspecto patibulario. El domingo, después del oficio, estaban invitados y la conversación discurrió en torno a la pesca. Sus calas están llenas de barriles de grasa de foca, de ballena y de pieles de otaria, pero se quejan de que los animales desaparecen. Han necesitado un mes más que de costumbre para obtener la misma ganancia.

Al oeste de nuestra casa, a partir del lugar donde el canal se bifurca, existe otra población que vive de recoger productos marinos: los alakalufes, más agresivos que nuestros buenos yámanas. Las escaramuzas son frecuentes, bien porque los indígenas se entregan al latrocinio cuando los barcos están fondeados, o porque se niegan a cederles las pieles de los animales que ellos mismos han cazado. Las expediciones de castigo suelen saldarse con algunas peleas.

—Trepan a los barcos como simios, por la noche, y echan mano de cuanto encuentran. Les dimos una buena lección, palabra, es inútil oponer una lanza a un fusil —cuenta risueño el capitán—. Pegamos fuego a sus hediondas cabañas y había que ver cómo se largaban con el culo al aire. Estos, al menos, no volverán. Y ustedes, señor reverendo, ¿no tienen muchas molestias?

—A Dios gracias es poco frecuente. Nuestros yámanas están hechos de mejor pasta, sin duda. Y, además, dependen en parte de nosotros para su subsistencia. Quienes se comportan mal son expulsados. Aparentemente, esto basta.

—Sí, de todos modos tienen mucho valor, más aún con las damas. Quién sabe lo que puede ocurrírseles.

Las palabras del capitán me hacen temblar. Yo no había imaginado semejante peligro. Dorothy ha comenzado a desmigajar su pan visiblemente nerviosa. Los hombres de la familia inclinan la cabeza.

—No, no, nada de eso. Se casan entre sí y yo bendigo estas uniones —masculla el reverendo, molesto.

Pero el capitán se suelta. Se nota que es un tema que han debatido, entre ellos,

cien veces.

—Sí, fíjese bien, es verdad que algunas de estas salvajuelas, una vez refrotadas, son casi presentables. Y en fin, los tipos de los barcos son seres humanos, tanto tiempo lejos de sus mujeres... Bueno, quiero decir, nosotros no, claro... —Y entonces se hace un lío—. Y además todas van por ahí con las tetas al aire... En fin, esto no debe molestarles mucho, porque así deben de fornicar en sus madrigueras... En fin, perdón, mami... ¡pero así son las cosas!

El conjunto de la tripulación parece absorbido por su plato, pero se intercambian chuscas sonrisas que te hielan la espalda.

—¿Y en cuánto tiempo llegarán al Río de la Plata? —se apresura a preguntar el pastor para cambiar de conversación.

—Serán unas cuatro semanas, si no tenemos problemas con los jodidos vientos pamperos que te caen encima como la tiña. Allí tendremos que vender y, si todo va bien, estaremos de regreso en septiembre.

—Dígame, desde hace mucho tiempo le doy vueltas a la idea de comprar un barco para nosotros. Aquí hay islas donde podríamos meter ganado o ir a pescar.

—Ah, para eso necesitarían una pequeña goleta, sin demasiado trapo y con poco calado para sacarla del agua en invierno. Y, además, al menos, dos buenos botes para ir a tierra, en caso de que te pierdas, por aquí es frecuente. Su hijo sería un estupendo marino, con la pinta que tiene —se apresura el capitán, volviéndose hacia Harry.

Dos días más tarde, toda la comunidad se reúne en el embarcadero a pesar de una fuerte lluvia. El reverendo bendice el barco, a la tripulación y, sobre todo, a Simon y Harry que les acompañan para ir a comprar, en Buenos Aires, el famoso navío. El capitán nos ha prometido ayudarles en la elección y, sobre todo, proporcionar dos marinos para que les acompañen al regresar.

Los meses son largos. El tiempo, lento. El invierno parece haber tomado posesión, para siempre, de la Patagonia, sujetar con sus garras este pedazo de tierra, insinuándose en cada terrón y en el corazón de cada guijarro. Aunque la tempestad no retuerza aullando los árboles, una capa gris y una lluvia metódica nos mantienen días y días en casa, cuando no es el paso de los torbellinos de nieve que se extienden ahora hasta la ribera, cediendo solo en la clara línea de la marea alta. Ciertamente hay días hermosos o noches límpidas en las que pueden contarse todas las estrellas del cielo, pero es así porque un frío de todos los diablos ha llegado, petrificando todas las cosas en una ganga de hielo. Por la noche, se oyen, en un silencio de tumba, las ramas de los frutales que estallan bajo el hielo. En las habitaciones, hiela a lo largo de los cristales en el interior de las ventanas y adopto la costumbre de dormir en la cama grande, con las pequeñas. Pegadas unas a otras bajo una pesada capa de mantas, parecemos tres náufragas en ese océano oscuro y gélido.

Numerosos indios vienen a pedir trabajo, pues entre ellos la imprevisión hace su tarea y reina el hambre. El número de chozas ha aumentado considerablemente. Cada día bueno trae una o dos piraguas cargadas hasta el borde. Somos el único lugar, en centenares de kilómetros a la redonda, donde puede esperarse un comistrajo de harina y grasa a cambio del propio trabajo. Con Joachim, nos las arreglamos para sisar algunos restos o el fondo de algún saco, que meto en los grandes bolsillos de mi capa, para nuestros protegidos de la escuela.

La seguridad de estar dos horas calientes nos vale una numerosa concurrencia. En cuanto puedo abandonar los trabajos domésticos, voy a tocar una campanilla que el reverendo ha tenido la bondad de darme para indicar que la clase va a comenzar.

Cierto día, tuvimos la sorpresa de ver cómo llegaba Aneki, acompañado por otro joven: Okolo, su amigo. Este es algo mayor, casado como de costumbre con una mujer más vieja que, de todos modos, le ha dado dos hijos. Es muy característico de su raza: un torso y unos brazos largos, piernas enclenques, hombros poderosos, poco cuello, cara redonda, la frente baja. El conjunto resulta poco atractivo, pero unos grandes ojos negros, vivaces y llenos de curiosidad y bondad atenúan la mala impresión. Ríe para mí al pensar que, hace solo un año, habría huido asustada al encontrarme con semejante personaje. Hoy le recibo sin pestañear.

—Buenos días, amigos, ¿qué queréis?

—Aprender —dice sobriamente Aneki, acuclillándose en el suelo entre los niños.

Nos hemos acostumbrado a ver a esos dos grandes cuerpos escuchando gravemente nuestras lecciones y entonando los cánticos. La lengua de los yámanas es ronca y gutural. A menudo tienes la impresión de que gritan o riñen más que hablar, y eso refuerza la sensación de su animalidad. Pero les gusta cantar y, entonces, su timbre se dulcifica. Tienen gran capacidad de modulación y pueden aguantar las notas durante mucho tiempo. Esas dos voces graves entre el agudo de los niños

acaban por formar una coral presentable.

Okolo y Aneki son buenos alumnos. Al mismo tiempo, Joachim y yo progresamos también en su lengua, más compleja de lo que su desnudez física haría pensar. Tienen mil y un matices o entonaciones de las mismas sílabas para facilitar una información, cuya precisión puede ser esencial para la navegación o la pesca. Así, hay varias palabras para decir playa, dependiendo de su orientación o según haya una tierra o un brazo de mar entre esta y el interlocutor. Por lo que se refiere a los grados de parentesco, al parecer existen por lo menos cincuenta palabras para describirlos con precisión.

Los dos jóvenes me han bautizado Yekadahby, que significa «madrecita», por lo general la tía materna que se encarga de los hijos de su hermana. He comprendido que, por extensión, era un apelativo afectuoso y me siento más bien orgullosa.

La *mid-winter* es una agradable diversión. Navidad cae, claro está, durante nuestro verano y es bueno celebrar, en pleno invierno austral, el día en que la luz empieza a regresar. Durante toda la semana, hemos confeccionado tortas y púdinges y hemos sacado de los baúles ropas usadas que regalaremos a los yámanas. Lo saben. A la una del mediodía, reunimos a todo el mundo en la casa, puesto que el templo no está terminado. Estamos apretados como sardinas, con la estancia invadida de pieles pardas salpicadas por nuestros escasos rostros claros. Nuestra coral hace, casi, maravillas. Hemos cantado *En Ti, Señor, mi esperanza, Oh qué hermoso es y, claro está, Amazing Grace*, que es mi favorita:

*Sorprendente gracia, dulce susurro,
que salvó al miserable que yo era;
estaba perdido pero me he encontrado,
estaba ciego, pero veo...*

Han brotado mis lágrimas. Sí, la gracia me ha acompañado hasta ahora. Rodeada por esos niños salvajes, comprendo de pronto que mi responsabilidad es aportarles esa luz que hoy celebramos.

Luego hemos distribuido la ropa, lo que no resulta sencillo. Naturalmente, todo el mundo quiere lo rojo. Ignoro qué les excita en ese color, pero, a fin de cuentas, sienta bastante bien a esas pieles oscuras. Aneki y Okolo se han erigido en ordenadores de la distribución, dada su facilidad para hablarnos. Al revés que muchos otros pueblos, los yámanas no tienen jefes. Los ancianos son los más escuchados, pero su gobierno no supera el círculo de la familia. Luego, todo son discusiones o peleas. Cuando varios se encaprichan de la misma prenda, la desgarran ante las miradas horrorizadas

de Dorothy, Elisa y Sarah, la mujer de Paul Smiley, a las que les había costado mucho arreglarlas. En esa escasa luz, con el olor de los cuerpos amontonados, puedes creerte de regreso a alguna caverna de las primeras edades. Algunos lucen una pernera de pantalón a guisa de cinturón o una cinta para la cabeza hecha con una manga de camisa, que ciertamente no les protegerá del frío.

El 15 de septiembre, Harry y Simon están de regreso. El navío es magnífico, de sólido roble, pintado de negro con un reborde rojo. Una cabina con escotilla protege una cámara de la tripulación con cuatro literas y un pequeño fogón. El resto lo constituye una vasta cala que será muy apta para transportar material. De momento, está abarrotada de mil cosas: hierro en placas y barras, clavos, hojas nuevas, material de esquila, toneles de harina y legumbres secas e incluso fruta confitada, copas con pie para los domingos, candelabros para el templo, múltiples piezas de tela, entre ellas una fina batista a la que las mujeres echan el ojo, cubos, jarras y los inevitables harapos obtenidos de las damas caritativas de Buenos Aires.

Como el día de mi llegada, nos reúne a todos una alegre cena. Harry nos presenta un informe casi militar. Buenos Aires acaba de vivir su primer año como capital federal. El puerto se amplía y todos los días llegan de Estados Unidos y de Europa barcos cargados de mercancías, de emigrantes, de espíritus refinados y de pillos. Roca, el nuevo presidente, es adulado por su pueblo, sobre todo a causa de la inmisericorde campaña que lleva a cabo contra los indios tehuelches. En efecto, después de algunas guerras, Argentina ha estabilizado casi sus fronteras con los vecinos del norte. Ahora quiere conquistar los tres mil kilómetros que se extienden hacia el sur, hasta nuestra casa. Pero los indios no aceptan someterse. Las primeras granjas instaladas han sufrido violentos ataques. Estos terribles guerreros no vacilan en matar, violar y torturar, incluso a sus semejantes si desertaran. Su habilidad ecuestre y las boleadoras, un arma hecha con dos sólidas bolas unidas por una correa de cuero, no pueden competir, sin embargo, con los fusiles del general Roca. A medida que son aplastados, sus tierras se distribuyen a los colonos, que las aprovechan para implantar grandes ganaderías. Desde el primer viaje del señor Charles Tellier, un francés que pudo transportar carne de Argentina a Europa, gracias a un astuto sistema de refrigeración con éter metílico, cuenta Harry orgulloso de su saber, la carne de buey y de cordero se exporta al viejo continente y proporciona fortuna. Decenas de miles de cabezas de ganado se extienden por las llanuras.

A comienzos de octubre la primavera ha llegado tan súbitamente como nos asaltó el invierno. Tras dos violentas tempestades que arrancaron parte del techo del sobradillo, tuvimos dos semanas de calma y, luego, nuestro mundo se transformó. Las aguas del canal han recuperado su azul intenso. La nieve se ha retirado a lo más alto de la foresta, el arroyo ha vuelto a murmurar y el ganado, que ha resistido el frío, ha bajado de nuevo hacia las colinas. Más que en Escocia aún, este país encadena los extremos. En un mismo día puede nevar, brillar el sol como para vestirse solo con una fina prenda de algodón o diluviar; el aire huele a nuevo, hay en la tierra aromas de musgo, un olor acre y dulce a la vez. Tengo ganas de revolcarme en la hierba como hacía de niña.

En nuestra comunidad, he seguido mi camino. El reverendo me trata con bondad, Joachim y Beth son como mi hermano y mi hermana, incluso Mary, tan reservada al principio, sonrío más a menudo. Con Dorothy, hemos encontrado un statu quo. Sabe que no apruebo las jeremiadas que ella no puede contener en cuanto el reverendo vuelve la espalda. Ha aceptado que yo no entre en su juego. A cambio, nunca refunfuño ante las duras tareas que la abruman: transporte, binazón, cuidar a los animales y, cada vez más a menudo, a los indios. Con Harry y John, mis relaciones son corteses, sin especial empatía los unos por los otros, pero con la suficiente sensación de que pertenecemos a la misma comunidad. Elisa se ha convertido, al hilo del invierno, en mi pequeña Yekadahby, «mi pequeña tía» personal. Esta mujer sufrió mucho por una infancia de malos tratos y, como yo, por una madre muerta de parto. Moza en una granja, lo sufrió todo y no me he atrevido a preguntarle demasiado. Está locamente agradecida a Samuel por haberla desposado y sacado de la infamia, se las ingenia para hacer el bien, a pequeñas pinceladas. Es sin duda con Fiona Meesh, la mujer de Simon, con quien mis relaciones son más distantes. Creo que el corazón de esta mujer está muy seco. Siempre añorará la pequeña granja de Sussex que no tuvieron la posibilidad de comprar, y que les obligó a este exilio cuando la tierra fue vendida. Se encarga de sus tres muchachos y vela eficazmente por las vacas y el corral, pero secretamente sueña con el día en que pueda establecerse con su marido en su propia explotación. Las noticias de las riquezas producidas por el ganado, en el norte de la Patagonia, parecieron interesarle prodigiosamente. En cuanto a los ancianos Paul y Sarah, para terminar el cuadro, tienen demasiados años, en mi opinión, para ser buenos pioneros. Primero sirvieron en las Falkland, en la isla de Keppel, que es la cuna de nuestra comunidad anglicana en este Gran Sur. Se acuerdan de Aneki y de sus semejantes, de quienes se encargaron cuando se intentó dar educación. Se ocuparon de ellos como de animalitos domésticos, sin creer realmente en una verdadera misión educadora. Aquí desde hace tanto tiempo, nadie tiene el valor de mandarlos a una Inglaterra que nada es ya para ellos. Están pues ahí, como estarían en otra parte, amables, reservados, haciendo lo que pueden y aguardando que

la muerte los libere. Él arrastra unos miembros baldados y una larga barba gris, pero no tiene igual a la hora de remendar una herramienta cualquiera con un pedazo de madera o de chatarra, y en su cobertizo se amontonan pilas de viejos botes de hojalata, madera desechada y clavos oxidados que algún día servirán. Ella viene a menudo para cocinar su eterno picadillo de cordero, cuando estamos demasiado ocupados.

Por lo que a los indios se refiere, me he acostumbrado a su físico. La dulzura de la que pueden dar pruebas entre sí despierta mi simpatía.

Aneki me ha propuesto ceremoniosamente llevarme a pescar. El día fijado, golpea mi cristal antes del alba. Su mujer encinta, a la que prefiero llamar Ann, y sus compañeras se zambullen en el agua helada y nadan como cachorros hacia las piraguas amarradas en las largas algas, luego las llevan hacia la ribera. Embarcamos con los arpones de largas bárbulas de hueso y cestos trenzados. Ann rema a popa, yo estoy en el centro, el lugar reservado a los niños y los viejos, y me encargo de alimentar la pequeña hoguera puesta sobre un lecho de arena húmeda. Aneki se ha apostado delante, de pie. Solo se oye el golpeteo del remo y el murmullo de las gotas que caen de él. Ninguna palabra entre ambos, ningún gesto, parecen en una total comunión. Flanqueamos lentamente la ribera, contorneando las extensiones de algas que dan una cabellera a la orilla. Los peces suben a la superficie para aprovechar el sol primerizo y yo no advierto nada pero, cada vez que el brazo de Aneki se dispara de pronto, un pescado se agita en la punta del arpón. Los yámanas son casi lampiños y los hombres, por una extraña coquetería, se depilan el rostro y el cuerpo. La lisa piel del joven, de un pardo claro, oliváceo, capta los reflejos del sol que ponen de relieve sus músculos longilíneos. Nuestra frágil canoa, esos dos personajes tan vulnerables, este lento acercamiento me revelan, de ellos, en unas pocas horas, más que todos los meses pasados. Permanezco pensativa, inmóvil y muda, con la embriagadora impresión de penetrar en un mundo nuevo. Esta jornada ha aumentado considerablemente mi prestigio entre los indios, ¡soy la primera mujer blanca que ha ido de pesca!

Mediado el verano, llega un gran tres palos francés: *La Romanche*. Se trata de una expedición científica colosal. Todos los sabios europeos y americanos unen sus esfuerzos para desvelar el misterio de las altas latitudes. Eso se llama el Año Polar Internacional. A Francia le han confiado nuestra región. Antes de ir a establecerse durante más de un año en la bahía Orange, cerca del cabo de Hornos, nos hacen una visita de cortesía y se muestran muy «franchutes». El comandante Martial, algunos oficiales, los sabios y el médico, el señor Hyades, llegan a casa impecablemente vestidos, con los bigotes encerados, y nos hacen el besamanos ante nuestra gran confusión. El comandante y el doctor hablan inglés y nos explican complacidos todo

lo que van a hacer: cartografía, estudio de la flora, la fauna, las rocas, observaciones de los fenómenos celestes y muchas cosas más que se me escapan.

El señor Hyades explica que se entregará a la etnología.

—Nadie ha estudiado nunca estos pueblos, muy extraños por lo demás. Tuvimos varios especímenes en París, en el jardín de aclimatación, el año pasado, unos alakalufes, capturados cerca de Punta Arenas, para ser estudiados. El público se divirtió mucho y había todo un dispositivo recreando su entorno, con una choza de ramas, armas y odres de piel. Personalmente, no era muy favorable a esta exhibición. Los visitantes estaban allí solo por las malsanas ganas de contemplar a unos supuestos antropófagos. Finalmente, aquellos pobres seres murieron en pocos meses del sarampión o de pleuresía. Algo extraño, pues el clima de Francia es más templado que el de aquí.

»Tengo la intención de hacer una gran campaña de antropometría. Desearía establecer, de una vez por todas, el lugar de estas razas en la escala del género humano. Su conciudadano el gran Darwin, que vino hasta aquí en el *Beagle*, los describió como seres repugnantes, parecidos a bestias, y piensa que se trata del límite del paso entre el mono y el hombre. Ya conocen su teoría de la evolución, que postula que cada especie brota de otra, más primitiva, y que la naturaleza selecciona a los más aptos, modificando poco a poco sus características. Aplicado al hombre, este punto de vista exigiría que descendiéramos de los monos y que nuestra evolución se hubiese realizado por el desarrollo del cerebro y de la inteligencia en beneficio de los miembros que permiten trepar a los árboles. Los yámanas, con sus largos brazos y su frente baja, parecen próximos a los primates. Pero estoy menos seguro de ello, pues la disección de su cerebro, tras su muerte en París, no reveló diferencia alguna con el nuestro, ni en volumen ni en fisiología. La medición precisa de sus miembros y su perímetro craneal tal vez nos ayude a clasificarlos en la escala que se extiende, de momento, desde los negritos pigmeos de la selva ecuatorial hasta nosotros mismos. En este punto, querido señor Bentley, sin duda recurriré a usted.

Nuestro pastor no parece encantado.

—Señor Hyades, nunca aceptaré la teoría del señor Darwin, aunque sea mi compatriota. No está lejos de ser blasfema. Pues Dios es la fuente de toda cosa y, por lo tanto, de todas las especies que pueblan la Tierra. Es del todo sacrílego pensar que su criatura suprema, el hombre, no haya sido el objeto de un designio específico. Si le escuchara, seríamos solo una forma de designio.

El médico se acaricia el mostacho, como sabré que hace cuando se zambulle en una de las discusiones científicas a las que adora entregarse.

—Perdóneme, querido pastor, no quiero ofender la religión. Sin embargo, es una teoría de la que hay numerosas pruebas. Es del todo admisible pensar que la mano del Creador sigue haciéndose sentir, sean cuales sean las vías que haya podido utilizar la

Providencia.

—Dejémoslo —sugiere el reverendo, conciliador—. De cualquier modo que sea, apruebo el estudio de estas razas. La medición de su grado de inteligencia y su aptitud para abrirse a las luces de la fe y de la civilización sigue siendo para nosotros, que intentamos ilustrarlos, una cuestión capital. Haré cualquier cosa para serle útil.

—Pues bien, necesitaría poder sacar unos moldes de su anatomía. Tengo cien kilos de escayola en las bodegas de *La Romanche*. Para llevar a cabo buenas medidas, los indios deben cooperar y aceptar el experimento. No quiero forzarles, pues eso convertiría la tarea en imposible y, a fin de cuentas, sin duda tienen también sus sentimientos. Me gustaría igualmente recabar el máximo de informaciones sobre sus prácticas, sus rituales y sus creencias. Usted los conoce mejor y podría ayudarnos a ganarnos su confianza.

Durante las dos semanas que el navío permaneció fondeado, reinó una intensa agitación. Gracias a mi conocimiento del yámana, acabo siendo, con Joachim, uno de los ayudantes del médico.

En primer lugar, hace todas las mediciones posibles de los indios. Para la cabeza, tiene una especie de casco articulado con reglajes que le permiten apreciar la forma del cráneo, el volumen de la frente, la separación de los ojos y los pómulos, la amplitud de la boca, la altura del cuello. Luego es preciso cubrir sus miembros con varios kilos de aquella escayola, y convencerles de que permanezcan sin moverse durante el secado, que dura por lo menos dos horas, luego recortarlo finamente todo para conservar los moldeados que se comparará, al regresar, con el de los demás pueblos.

Los yámanas están acostumbrados a permanecer inmóviles, y pueden hacerlo durante horas cuando cazan al acecho, pero detestan este cepo. Los primeros huyeron al cabo de pocos minutos y se tiraron al agua para lavarse. Comenzó a correr el rumor de que querían robarles su fuerza vital. Entonces, yo misma me presté al experimento, a la vista de todos. Sentada en medio de la aldea, con los brazos atrapados por esa ganga blanda y tibia, dejaba que todos me miraran como un animal curioso, o me palparan para verificar sin duda que yo seguía viva. Finalmente, y con muchos regalos, el procedimiento ha tenido éxito y los moldeados se amontonan, incluso los de las partes íntimas que parecen, no comprendo por qué, indispensables. Pero cuando he visto que los franceses han seleccionado, para medir a las mujeres, las tres más bonitas, con músculos llenos, senos puntiagudos, una piel de grano fino y un rostro hermosamente ovalado, me he preguntado dónde anidaba la ciencia.

El pleno invierno está de nuevo aquí. Los colores de la buena estación, las flores, las hojas, el agua esmeralda o ultramar del canal han dado paso a las ramas desnudas, a un universo blanco y negro con sus mil matices de gris, como si la existencia debiera simplificarse, hay que centrarse en la paleta de los colores para afrontar el rigor del clima. Envuelta en mi capa de paño, me llevo a menudo hasta la aldea. No es preciso anunciarse en casa de los indios, levantas la puerta de piel, te agachas, todos siguen con sus ocupaciones, como para mostrarte que no molestas en absoluto. A veces, la espera se prolonga más de media hora. Los observo. Las mujeres mascan tallos para ablandarlos y hacer con ellos cestos, los hombres rascan incansablemente un hueso con una piedra puntiaguda para modelar las barbas de arpón. De pronto, la conversación se pone en marcha: el tiempo, los parientes, los animales... Todos los pueblos se han ocupado, ante todo, de ellos mismos y de su gente. A veces cuentan una embrollada leyenda que me cuesta comprender, en la que se habla de los *hanushs* y de los *cushpijs*, esos hombres salvajes imaginarios que tanto asustaban a Beth. Para la conversación corriente, comienzo a arreglármelas bien y, con Aneki, hablamos una jerga de inglés y yámana que nos es propia.

Por estar más que los demás en contacto con los indios, yo he descubierto los primeros efectos de la enfermedad. Varias personas empiezan a tener fiebre alta y la nariz que gotea sin interrupción. Sus ojos enrojecidos, fijos, sin movimiento en los párpados, te hacen dudar a veces de que sigan vivos. Luego aparecen erupciones en la piel, empezando por el rostro, el cuello y extendiéndose por todo el cuerpo. Cuando murieron los primeros indígenas, no hubo una excesiva alarma. Pero la epidemia se ha extendido en menos de una semana. Todas las familias empiezan a tener a alguien en cama. Dorothy y Elisa afirman que es el sarampión, es una enfermedad grave pero que, normalmente, no afecta más que a los niños. Las muertes aumentan y en la aldea solo se oyen lamentaciones y gritos de cólera contra Watoineiwa, una especie de espíritu supremo custodio de las vidas.

La enfermedad ha tomado tales proporciones que nos hemos decidido a ir a buscar al doctor Hyades con el *Alenn Gardiner*, para sacarlo de su hibernada en la bahía Orange, y el buen hombre confirma nuestro diagnóstico.

—Los indios no están acostumbrados a nuestras enfermedades y los afectan de forma dramática. ¿Quién sabe si alguno de sus visitantes o incluso alguna de las prendas distribuidas no habrá extendido el mal sin saberlo? Desgraciadamente, no hay remedio para esta afección. Aconsejo una buena hidratación a fin de que baje la fiebre, una solución de azufre purificado y de belladona.

El médico se quedó diez días, no ahorró esfuerzos, pero la muerte siega con mayor rapidez que el remedio de su arte. Por la mañana, no es raro encontrar a un niño aterrorizado, tendido junto a sus padres moribundos. Los que se encuentran mejor, no tienen ya tiempo ni fuerzas para cavar sepulturas. Los cadáveres son

arrastrados fuera de las chozas y abandonados bajo la lluvia entre la maleza. La muerte no respeta las chozas de Aneki y de Okolo. Este buen muchacho fallece y el recuerdo de sus hermosos ojos alegres me hace romper en sollozos. Luego le llega el turno a la tía abuela de Aneki. Cuando Ann y su bebé caen enfermos, velo varias noches en la zona sacudida por el viento, empeñada en hacerlos beber y abrigoarlos con una manta. Mueren con pocas horas de intervalo, y la vieja Rosy comienza a aullar. Emprendo la huida, perseguida por su grito de loba.

Tras un mes, el mal remite por sí mismo. El desastre es total. Doscientos de los trescientos indios han sucumbido. Muchos han huido de este lugar de muerte, tanto por miedo como por la tradición de no frecuentar el lugar de un fallecimiento. Se murmura que los blancos los han envenenado. Todo lo que apporto para aliviarles, ropa o comida, es arrojado lejos de las chozas. Los que pueden, como Aneki y Rosy, huyen.

Antes de que nos abandone, tomo al médico en un aparte.

—Señor Hyades, ¿cree realmente que los indios están enfermos por nuestra culpa?

—Si quiere que le diga lo que en verdad pienso, señorita, creo que sí. Mis mediciones confirman que los yámanas tienen un volumen craneal similar al nuestro y, por lo tanto, teóricamente, la misma inteligencia, pero al parecer el conocimiento de una civilización mucho más avanzada que la suya provoca una sobreexcitación intelectual que no están en condiciones de administrar. Piense en todo lo que debe de parecerles extraño, mágico incluso: nuestros barcos, nuestros fusiles, nuestras casas, todos nuestros modos de actuar. De ello se sigue un agotamiento y un deterioro psíquico que provoca, a su vez, una degradación física que les predispone a la enfermedad. Lo que explica por qué todas las poblaciones salvajes tienen tan importantes índices de mortalidad en cuanto aparece el hombre blanco.

—¿Cómo remediarlo entonces, retirándonos y dejándolos en su salvajismo? ¿No es posible enseñarles a vivir en una casa, protegidos del frío, cultivando y criando ganado más que morirse de hambre en invierno?

El médico suspira.

—Durante nuestras excursiones, me he encontrado con muchos grupos de yámanas y alakalufes aislados de todo y que parecían más alegres y con mejor salud que los suyos. Estos pueblos han sobrevivido, sin nosotros, desde hace centenares de años, con sus propios goces y sus desgracias. Tienen una notable intimidad con la naturaleza a la que se han adaptado. La pierden con nuestro contacto, pues les ofrecemos algo que parece facilidad. Veo a los más ancianos de los yámanas, de quienes me han dicho que están en esta misión desde el comienzo, y no saben ya construir piraguas ni tallar arpones. Han aprendido a trabajar el huerto, pero se diría que es en detrimento de otras nociones ancestrales, como si no pudieran alojarse en

su cabeza demasiados conocimientos a la vez. Lo ideal, para nuestros sabios, sería tener una especie de reserva donde algunas muestras de cada pueblo se hubieran dejado en estado natural, para estudiarlas, pero sin duda es ya demasiado tarde. Para lo mejor y para lo peor, estos territorios son conocidos ahora por los pueblos civilizados que nadie detendrá en su expansión. Cuanto antes se adapten los indios mejor será para ellos. Pero se producirán grandes daños.

Pienso en la expresión de sencilla felicidad de Aneki y de Ann durante nuestras partidas de pesca, en una de las primeras frases que me dijo, con verdadera nostalgia en la voz.

—Es hermoso, mi país.

¿Por qué no podemos compartir esta belleza? ¿Por qué es preciso que la llegada de unos sea la desgracia de los otros?

Soy Cushinjizkipa. Soy una yekamush. Mi vida es larga, demasiado larga. Mi alma, este kespix, se ha agarrado a mi cuerpo como el mejillón golpeado por la tempestad y que sobrevive en su roca. Conocí joven el haya de torturadas ramas. He visto a los hijos de los hijos de la nutria y el zorro. Solo Hainola-la-orca ha tenido más vida que yo, pues lleva consigo los espíritus de los demás yekamush. Como yo, Hainola recuerda el tiempo de los hombres libres.

Cuando mi padre la ballena venía a embarrancar cantábamos para dar gracias por su buena grasa.

Cuando el grito de la lechuza anunciaba una fructuosa caza y el jugo del guanaco corría por nuestros labios.

Cuando la foca y la otaria entregaban sus sólidas pieles para la espalda de los hombres.

Desde que los hombres pálidos están aquí, han tomado más ballenas de las que sus bocas pueden comer y matado a más focas de las que pueden llevar sus espaldas. Hay ahora para nosotros días sin grasa en el hogar y niños que se apagan antes de tiempo.

Veo cuando hablan los blancos la nube pálida como la muerte que sale de su boca. Tienen libros en los que murmuran para llamar a su Gran Espíritu. Le solicitan un mal hechizo para los yámanas. El poder de su Gran Espíritu es grande, mayor que el de los yekamush.

La que habla nuestra lengua, a la que llaman Emily, es la única que tiene palabras que son verdes como los brotes de árbol y rojos como la mujer y el niño. Pero no tiene fuerza.

Está asustada de sí misma como el guanaco que se arroja al agua para escapar del perro.

Ayak era hermosa. Un día, en la playa, Kushteata, el viejo león marino de piel parda, la ve y la ama. Cuando está jugando en la resaca, él va a frotarse con ella y la arrastra a mar abierto. Ayak es buena nadadora, como todas las de su raza, pero está demasiado lejos de la orilla. Va a hundirse. Entonces se apoya en el cuello del león marino y él la lleva a su gruta.

Entonces viven juntos y tienen un hijo, medio hombre medio bestia.

Pero Ayak desea en su corazón ver de nuevo a sus padres y su país, Kushteata, tras haberse negado durante mucho tiempo, cede, pues ama a Ayak. Entonces, los de la tribu hacen una fiesta por su regreso, y las hermanas de Ayak la llevan a pescar erizos y mejillones. Ella no quiere ir pues Kushteata y su hijo no saben hablar y solo ella los comprende. Ella no quiere dejarlos solos. Pero las hermanas insisten y toma la cesta. Entonces los hombres ven buena grasa sobre el lomo del león marino y lo cazan, lo matan y lo despedazan. Cuando Ayak regresa busca a Kushteata. Pero le dicen que ha ido a bañarse. Entonces, su hijo le sirve buena carne y grasa. Ella come

y comprende de inmediato. Golpea entonces a su hijo y le arroja los erizos a la cara, su hijo que ha comido la carne de su padre, que le ha dado a comer la carne de su marido. Entonces, el hijo se transforma en Syuna el pez, que tiene aún la cabeza plana por los golpes con los agujeritos de las espinas del erizo. Desde entonces, Syuna vive junto a la gruta de su padre y Ayak llora a su viejo marido.

He regresado al país de Yeskumaala, donde el viento es tan fuerte que dobla las colinas. Quiero cerrar los ojos y escuchar el viento que me toma. Aneki quiere regresar al país de los hombres pálidos y yo lo llamo Aneki-el león marino. Cuando Aneki habla, veo el verde y el rojo y el blanco mezclados que salen de su boca.

Los buenos y los malos augurios son indisociables.

Algunos brotes han perforado la nieve, han aparecido placas pardas que se ensanchan con el paso de los días. Cierta mañana, veo de nuevo los ibis bajo mi ventana. Me gustan estos pájaros desconfiados, su plumaje ceniciento del que salen un cuello y una cabeza dorados. Sus largos picos curvos hurgan en la tierra a golpecitos, como distraídamente. Los pájaros son los primeros colores que vuelven a nosotros: rojo del carpintero y de la lessonia, amarillo de los fringílidos y los rayaditos, anaranjados de los somormujos. Me atiborro de esta primavera. Acaricio las hojas, cierro los ojos para concentrarme en los cantos de los pájaros, me sumo en la contemplación de un pez que zigzaguea bajo la superficie, de un insecto, de una gota de rocío en las hierbas.

A principios del estío, regresa Aneki. Reconozco a lo lejos su silueta inmóvil a proa de la piragua donde se amontonan, al menos, diez personas. Salta a tierra.

—Buenos días, Yekadahby.

El dolor le ha hecho hombre. Las comisuras de la boca descienden un poco, sus ojos se han hecho más grandes, pero conserva esa mirada dulce e interrogadora. Me lleva varias veces a pescar con él. Al principio con otra mujer de la aldea y, cuando considera que comienzo ya a saber remar, salimos los dos. De hecho es muy fatigoso permanecer horas y horas de rodillas. Nuestras morfologías de europeos no están acostumbradas a ello y sufro calambres. Me concentro en la presión que debo dar al remo según la altura de la marea y su dirección. Él puede permanecer media hora del todo inmóvil, levantando el brazo con su jabalina, tensando los músculos sin un solo temblor de fatiga. Como los niños, me fijo objetivos que debo alcanzar:

—Si no dejo de remar hasta el acantilado, entonces tendré... tendré...

Pero ¿qué tendré, a fin de cuentas? ¿El reconocimiento de un indio que ni siquiera ve mis esfuerzos? ¿Un mayor valor, ante mis propios ojos de Emily-soldado-valiente? No lo sé, pero no por ello dejo de respetar la apuesta.

Parte del ganado que habíamos establecido en Itulia, una bahía a una jornada de navegación de Ouchouaya, al oeste, ha pasado solo el invierno. Las ovejas deben de estar preñadas. Obtengo autorización para unirme al grupo que va allí. Harry, Simon, Aneki y Ufhtaradeka, al que llamamos Uf y que substituye a Okolo, además de Joachim y yo para reunir los corderos.

Lenta navegación, poco viento, bromeamos reunidos todos en cubierta, y por primera vez tengo la sensación de formar parte de la tripulación, de ser de esos que hacen del mar su segunda patria. Harry, nombrado capitán, se las arregla bien y ha aprendido a ojear las «negras», esas pequeñas ráfagas que se ensortijan sin futuro alguno. Charlo con Uf. Tiene cinco hijos de dos mujeres. Contratarlo no ha carecido de problemas pues el reverendo no quiere polígamos. Pero Uf es especialmente robusto y conoce la región como la palma de su mano. Me enseña cómo observar las

contracorrientes siguiendo el movimiento de las grandes algas laminarias. En un pequeño esquife, el menor detalle tiene su importancia y eso desarrolló su sentido de la observación. A cada escotadura de la costa, tiene una historia para contar. Aquí volcaron dos piraguas, hubo cuatro muertos; allí, una mujer se ahogó entre las laminarias al amarrar su embarcación; dos cayeron de ese acantilado donde anidan los cormoranes, uno de ellos el padre de Aneki; allí embarrancó una ballena y lo festejaron durante toda una luna. Los óbitos no parecen entristecerle más que el banquete. Cuando la muerte es lo bastante antigua, no hay ya tabú en convertirla en un tema de conversación como otro.

Al anochecer, fondeamos ante Itulia, a resguardo de un acantilado donde unos árboles retorcidos luchan valerosamente en la menor grieta. Se ve perfectamente, en el eje de la bahía, que el viento se encoleriza siempre y, por contraste, este rincón nos procura una sensación de paz y seguridad. Ante nosotros, al pie del acantilado, una playa de guijarros, hierbas rubias y colinas escalonándose tranquilamente entre las hayas. Pero esta dulzura se ve trastornada por Monseñor el Glaciar. El fondo del valle es solo una sucesión de sombras blancas y vertiginosas que se pierden en una permanente condensación. Las nubes deshilachadas por los vientos de altura se agarran allí en jirones que desvelan, sucesivamente, abismos y picos. El glaciar desciende de allí, potente, pulidor, arrancándolo todo a su paso. Ha excavado un amplio valle lleno de un caos indescriptible, una inmóvil cascada de blancos, azules, verdes insensatos. Nunca habría pensado que el hielo pudiera tener tantos colores. Todo no es más que grietas, agujas, improbables amontonamientos, fracturas, esquirlas, un montón de aristas vivas. El frente del glaciar mide más de veinte metros de altura y puede decirse que pare regularmente. Con un estruendo de trueno, pequeños fragmentos van acumulándose en la ribera opuesta al viento. Al fondo de la bahía, las aguas del deshielo adoptan un color del Veronés que se pierde hacia la desembocadura en largos trazos y curvas, en el seno de las más negras aguas. Diríase leche que se ha derramado en agua carbonosa. Del lado este, velan siete colinas iguales, suavizadas por la erosión. En sus laderas, anchas estelas de pinos y hayas derribados dan testimonio de la violencia de los vientos.

Las dos cabañas construidas el año pasado están justo más allá de la playa, tras un islote que las protege del oleaje y el viento del glaciar. Ciertamente, el paisaje es magnífico pero, aquí, no es excepcional. Soy incapaz de decir por qué me conmueve tanto. Fuerza, armonía, fragilidad, tenacidad, esperanza, las palabras que se me ocurren no hacen justicia a mis sentimientos. Tengo la impresión de haber llegado por fin a alguna parte. Años después de que una niña fuera arrebatada a sus colinas escocesas, en el extremo opuesto del mundo este paisaje, sin razón alguna, me dice que he llegado a buen puerto.

Esta noche solo se oye el parloteo de las golondrinas de mar en sus madrigueras

sobre las playas y el discreto zambullirse de un pez. El día termina en la dulzura con la que comenzó, y tengo paz en el corazón.

Nuestra pandilla estará alegre toda la semana. Hay que reparar las cercas que el viento y la nieve dispersaron y reunir a los corderos. Junto al glaciar se extiende una larga llanura donde corren dos hermosos ríos de aguas lechosas. Estos animales son de los más tontos y más solapados de la Creación. Se ocultan en los pliegues del terreno y detrás de los árboles. El menor obstáculo hace que el rebaño se disperse y todo deba empezar de nuevo. El valle resuena con nuestros aullidos.

—¡Por aquí, Uf, empujo tres hacia ti!

—¡Cuidado, Simon! Hay un grupo que escapa, a tu izquierda.

—¡Allí, la que está balando espera su cría, yo me encargo!

El sudor empapa nuestra ropa que un cálido sol seca de inmediato. Somos libres y felices, activos codo a codo, blancos e indios. Por la noche, para complacer a Harry, cantamos canciones. Aneki y yo interpretamos *Amazing Grace*. Me estremece oír su grave voz que se mezcla con mis agudos.

Tal vez entonces todo da un vuelco.

El penúltimo día, Aneki quiso ir a cazar el guanaco para hacer una buena comida de despedida, y le seguí. Caminamos en silencio a lo largo del río. Solo se oyen su glu glu y algunos patos a lo lejos. Procuero imitar su paso de gimnasta, pero mi vestido me molesta y envidio sus piernas desnudas. Como de costumbre, permanece atento a todo, se agacha para examinar una cagarruta o una huella, vigila el lindero de los bosques, se vuelve y señala silenciosamente un gran matorral de margaritas que, lo sabe, me gustan. Tres horas más tarde hemos llegado al extremo de la llanura y nuestras manos siguen vacías. Nos detenemos para comer, con los pies en el agua helada y la cabeza al sol.

—Aneki, ¿eres feliz con nosotros? ¿Te gusta tu vida en el barco y con los corderos?

—Aprendo todas las cosas nuevas que traéis.

—Sí, pero ¿te gusta, te parece mejor que tu vida de antes? ¿Eres más feliz ahora?

—Me gustan las cosas que sabéis hacer, «mejor» no sé qué quiere decir. El barco, los corderos, sí, es bueno. Pero los blancos cortan la foresta, que es la casa del guanaco y de los pájaros, toman todas las ballenas y las otarias, ni siquiera para comérselas, y los yámanas entonces tienen hambre. A mi pueblo le gustan los vestidos rojos, los cuchillos de hierro y las galletas. Pero los vestidos, los cuchillos, las galletas no son la felicidad.

Esta conversación me entristece, me recuerda lo que decía el doctor Hyades.

Aneki sonrío.

—Pero tú no eres como los demás. Tú cazas y pescas conmigo, aprendes mi lengua. Cushi dice que tienes el rojo de la vida y me gusta pasear contigo.

Nos ponemos en marcha hacia la foresta. Los viejos árboles lucen una pesada capa de musgo del lado sur y parece que los troncos sean bicolors. Cae en cendales desde las ramas retorcidas y hace que el lugar se parezca a una selva de cuento de hadas, de donde podría salir algún gnomo escocés sin que eso te sorprendiera. La marcha es incómoda, dificultada por los troncos muertos y las espesuras. De pronto, Aneki se inmoviliza en el lindero de un pequeño calvero, como hace antes de lanzar su arpón en el mar, y me tira de la muñeca para que me agache. Es bastante insólito, pues normalmente no nos tocamos nunca.

—¡Allí!

No es un guanaco sino una zorra y sus dos cachorros. El zorro patagón es grande como un perro, con un hermoso pelaje gris y rojizo y una larga y tupida cola. No es muy feroz y a veces vemos alguno en el lindero del bosque, venteando nuestros olores. El calvero es luminoso y calmo. La hembra juega y enseña el acecho a su progenitura. Brinca, se oculta tras una mata, se tiende y se deja encontrar. Como niños que se aplaudieran por haberse encontrado jugando al escondite, los tres se revuelcan entonces unos con otros, con el sedoso pelo de los cachorros sobre el recio pelo de la madre, en un silencioso encuentro. Intercambian golpes con sus patas de terciopelo, se huelen, se lamen, luego la madre se echa de espaldas y deja que mamen de ella antes de brincar para volver a esconderse. La alegría, la vitalidad y la ternura de la escena me arrancan lágrimas. Aneki sigue sujetándome la mano y estamos de rodillas, prietos el uno contra el otro.

—¡Ahí! Ahí está la felicidad, ¿lo ves? La felicidad de la zorra.

Las lágrimas empañan la imagen de los animales que se vuelven difusos como en un sueño. De pronto sé lo que quiero: permanecer allí, junto a Aneki, para que me enseñe la felicidad, en esta foresta, en este país. Comprendo que Aneki es indispensable para mí. Sin él, voy a marchitarme entre el huerto y el templo. Itulia, lo había presentido, es efectivamente el lugar de este florecimiento, y él es mi felicidad: este salvaje medio desnudo, de una raza que al principio me daba miedo; este hombre capaz de sumirse en la contemplación de unos zorreznos que no le suponen alimento ni bien material alguno. Me devora un fuego, me llena el vientre y el pecho, voy a consumirme allí. Nada se ha movido, solo hay, aún, el ruido del viento en las cimas y los rayos del sol en los pelajes rojizos. Sello este pacto. Pongo mi otra mano en su muñeca. Él me mira y no parece asombrado. Solo un poco de fuego se enciende, tal vez, en sus ojos y permanecemos allí.

Mientras los animales siguen jugando, no nos movemos. De pronto, la hembra levanta el hocico. ¿Un ruido, un olor? Se desprende brutalmente de su prole, permanece al acecho unos segundos, luego se aleja hacia las frondas trotando, justo a la velocidad suficiente para que sus pequeños la sigan. Podría creerse que estamos petrificados, como los humanos que han visto a los elfos de mis historias de niña. El

sol ha avanzado un poco y roza el hombro de Aneki. Quisiera ser este rayo. Nos levantamos, nuestras manos se separan y retoma el camino de la foresta como la zorra, él por delante y yo, tropezando, detrás.

Para que nos perdonen por regresar con las manos vacías, hemos vuelto por las colinas llenando el cesto de calafates. Los demás nos han recibido acusando de malos modos a Aneki de ser un mal cazador. Él se ha reído y hemos intercambiado, brevemente, la misma mirada que en el calvero. No, no he soñado.

No sé qué hacer. No duermo ya. ¿Es, acaso, amor lo que siento, como en las historias de los almanaques que leía a hurtadillas en casa de los Mac Kay? No lo sé. Eso me parece mucho más potente, extraño, indescriptible. ¿Qué amor puede existir entre una mujer blanca y un indio? ¿El mismo que entre el pastor y Dorothy, Elisa y Samuel? No, sin duda. ¿Qué más podemos inventar? Salvo en mis confusas divagaciones a bordo del barco que me traía a la Patagonia, nunca he pensado demasiado en el matrimonio. Hasta hoy no he sentido atracción por un hombre. ¿Estaré dispuesta a entregarme a este, a vivir con él como marido y mujer? A veces, esta idea me avergüenza y me siento ridícula al darme, incluso con el pensamiento, un esposo pescador desheredado, factótum de un grupo de pioneros. Pero solo algunas veces. El resto del tiempo me dejo invadir por singulares sueños y estremecimientos, por algunas humedades que el reverendo calificaría de concupiscentes.

Bajo cada día a la aldea con una bola en el vientre. Si se ha marchado en el *Alenn Gardiner*, acecho las velas blancas en la boca del canal, como todas las mujeres de marinero. Si está allí, me siento torpe y no sé qué decir. Él se comporta como si no hubiera pasado nada y de pronto siento miedo de haberme construido toda esta historia en mi cabeza. Y, luego, regresa esta mirada, insistente, tierna, una pizca burlona. Me ha regalado un collar como los que llevan las mujeres yámanas. Son pequeñas conchas blancas y pardas, enhebradas en un tendón de foca. Fueron elegidas con cuidado, exactamente del mismo tamaño y pulidas para que reflejen la luz. La vieja Rosy me ha mirado largo rato con sus ojos azulados y he tenido la impresión de que veía a través de mí. Era como un examen de paso cuyo resultado no conozco. Fiona Meesh, esa peste que mejor habría hecho abandonando la colonia puesto que sueña tanto en fundar su propia «estancia», y que ahora encuentra mil pretextos para denigrar nuestra vida, se ha fijado en el collar.

—Caramba, querida, ya va decorada como una salvaje, solo le faltan las pinturas de guerra.

Me he sentido descubierta con las manos en la masa como si mis pensamientos salieran a plena luz y he mentido.

—Oh, me lo han confeccionado los niños de la escuela.

Luego lo he escondido en un bolsillo y solo lo saco cuando voy a la aldea. Nadie

en la comunidad de los blancos podría comprender mi vinculación a Aneki. Incluso quienes sienten real caridad o interés por los indios solo podrían reprobar semejante unión. Lo sé. Estoy atrapada en una nasa. Tengo cambios de humor que Beth me ha reprochado:

—¿Por qué te ríes y luego me riñes? Incluso si no he hecho nada. Y a veces, pareces triste sin motivo.

—Es la fatiga, Beth, demasiado trabajo este verano.

Que está llegando a su fin. Me había prometido dejar pasar dos meses para ponerme a prueba. El tiempo ha llegado. Le propongo a Aneki una partida de pesca. Partimos hacia la primera bahía, al oeste de Ouchouaya, que los indios llaman Lapataia. Está protegida por los islotes y sus aguas son tranquilas bajo un cielo gris. Remo, Aneki lanza el arpón. Salvo por mis ropas europeas y mi piel clara, de lejos podrían tomarnos por una banal pareja pescando. Recorro a mi valor.

—Aneki, ¿podrías vivir en una casa sólida como la nuestra? ¿Podrías tener una mujer que no fuera de tu raza?

—Entre nosotros, el hombre y la mujer se eligen juntos. A veces, un yámana y una alakalufe se casan, e incluso sucede que una yámana se deje raptar por un ona, pues lo está deseando.

—Pero ¿entre los yámanas y los blancos?

—Un hombre es un hombre. Una mujer es una mujer. Los blancos han tomado esposas indias.

Tiemblo.

—¿Y si yo quisiera?

—Entonces, yo querría también.

Le contemplo y me gustaría obligarme a la crítica. Pero sus ojos negros levemente almendrados, sus altos pómulos, el flequillo de pelo oscuro en un óvalo regular, la boca demasiado grande, un poco, el cuerpo lampiño y musculoso me son irresistibles y capitulo sin condiciones. Toma mi rostro en sus manos y permanecemos inmóviles largo rato, nariz contra nariz, frente contra frente. ¿Así se corteja entre los yámanas? El cielo ya no es gris, mi corazón late lenta, gravemente.

¿Y ahora? Tengo que hablar con el reverendo. Le propondré que vayamos a establecernos en Itulia. Podríamos vigilar los rebaños, llevar a los pastos vacas y caballos, cazar, pescar y ser una especie de puesto avanzado para Ouchouaya. Titubeo durante noches y noches, intentando presentarle nuestro proyecto como benéfico para nuestra sociedad. Puedo jugar con su ambición de desarrollar no solo la ganadería, sino también el aserradero. Los bosques de Itulia se prestarían a ello, salvo el de la zorra que deberemos respetar, claro está. Pierdo dos ocasiones de hablar con él, corroída por la ansiedad. No consigo decidirme. Por la noche sueño en que soy perseguida. En cuanto creo haber burlado una amenaza, surge otra, despierto

sudando. Elisa, a quien he confiado estas pesadillas, dice que es señal de que tengo un problema que resolver. ¡En efecto!

La explicación no sale, finalmente, de mí sino del propio pastor. Tenemos pocas conversaciones, salvo por motivos materiales. Es así con todo el mundo y, supongo, también con su mujer. Nada de charlas frívolas o estados de ánimo. Está demasiado acaparado para eso. Esta noche, regresamos del aprisco donde un animal, que buscaba su cría, nos ha retenido largo rato. El aire es fresco y ascienden lentas brumas del canal.

—Emily, hija mía —esboza una sonrisa turbada como si dijera una palabrota—, permítame que la llame así, ya sabe usted que me es querida como una de mis hijas. ¿Qué le pasa? Todo el mundo la ve preocupada desde hace unas semanas. Dorothy me habló de eso y la he observado.

Tengo las palabras en la punta de la lengua, pero se me adelanta.

—¿Algo la hace infeliz aquí? ¿Siente nostalgia del país?

—Oh, no, reverendo, al contrario. Me veo aquí construyendo mi vida.

Se detiene y me mira. Debo de estar roja como una amapola, siento que el sudor brota de mis sienes. Hurga nerviosamente en su bolsillo.

—Claro, claro... Es usted una muchacha hecha y derecha. Comprendo que sueñe en fundar un hogar. Tal vez sea un poco joven, pero...

Saca las manos de sus bolsillos, vuelve a meterlas.

—Bien. John es un buen muchacho. No me opondré en absoluto...

—¡No, John no!

El grito ha brotado de mi corazón. ¿Cómo? ¿Ese tiparraco siempre demasiado pálido y amanerado? ¿Eso cree? Da un respingo y me mira ahora con gravedad y un fulgor de inquietud.

—¿Harry? Entonces, jovencitos, habrá que esperar. Harry es demasiado joven para fundar una familia. Quiero mandarle a Inglaterra para que le ordenen diácono, pero no antes de dos años. Si sus sentimientos, los de ambos, siguen siendo firmes cuando regrese, la recibiré con gusto como mi nuera, Emily.

No parece muy convencido de lo que dice y su fornido cuerpo se balancea murmurando, como para convencerse:

—Harry, Harry...

—¡Oh, reverendo! ¡No!

Esta vez, me lanzo. Las palabras brotan de mi boca como las aguas del torrente forzando un resalto. Intento poner en mi voz la fría convicción de quien ha reflexionado concienzudamente, pero siento las temblorosas sombras que la habitan aún.

—¡Reverendo, es Aneki! Quisiéramos casarnos. Él es viudo desde este invierno. Habla un buen inglés y yo también me expreso en yámana. Es honesto y trabajador.

Vendrá a la religión. Puede tener una excelente influencia sobre los demás indios, será un modelo...

Doy mis argumentos a toda velocidad mientras me queda valor.

El pastor parece fulminado por un rayo, ni siquiera sus manos se agitan ya. Intento algunas palabras más que parecen morir como pequeñas olas al asalto de una playa.

—Oh, reverendo, se lo ruego, si desea usted mi felicidad como un padre, deme su bendición.

Silencio. Tiemblo, él no. Me agarra de la muñeca, pero no es la dulzura de Aneki sino, más bien, una zarpa que me inmoviliza.

—Está usted completamente loca, hija mía. ¡Casarse con un salvaje! ¿Cree que me haría cómplice de semejante extravío? ¡Despierte! Dios nos ha traído aquí para traer las luces de la fe, no para la fornicación. —La palabra parece chasquear en su boca—. Nunca formará una pareja cristiana con ese individuo. Tal vez Aneki sea muy pillo y muy dotado para ciertas cosas, pero no tiene ningún valor moral. Permanece en el oscurantismo de su raza, siempre dispuesto a correr desnudo hacia no sé qué ceremonia descreída. ¡Dios del cielo! ¿Se imagina cargada de niños negros? ¿Le apetece pasar sus días en una choza maloliente, mordisqueando mejillones?

Estoy desesperada, me lanzo a una última batalla.

—Pero podríamos ir a Itulia, construir una casa de verdad. Un buen huerto y cuidar el rebaño serían una ayuda para todo el mundo. Estaríamos lejos de quienes pudieran escandalizarse por esto. Aneki está dispuesto a hacerse cristiano.

—¡Basta!

Se ha recuperado ya de su sorpresa, él es el jefe, el pastor y yo la oveja descarriada.

—Me reprocho haberle dado esa libertad de la que tan mal uso ha hecho. Me decepciona usted profundamente. ¿No habrá pecado, al menos?

—Oh, no, no reverendo. Nos consideramos prometidos.

—¡Prometidos! Ya solo faltaba esto. Va a regresar de inmediato a casa y le prohíbo que salga más allá del huerto. El trato con los indios, su apasionamiento en defenderlos que ya había advertido y su irresponsabilidad ya han causado muchos estragos. No se da cuenta de cuán artera y calculadora puede ser esta raza. Aneki solo piensa en obtener poder, gracias a usted, para reinar sobre sus semejantes y obtener todos los favores. Ha explotado su inmadurez que confunde benevolencia y ceguera. No informaré de esto al pastor Mac Kay, que se sentiría desesperado siendo la fuente de semejante trastorno. Pero sepa que, desde ahora, pienso en enviarla a Inglaterra, a menos que me dé usted pruebas inmediatas de que se corrige y pida perdón a Dios por estas culpables locuras. Ahora regrese, voy a hablar de inmediato con este criminal.

Me arrastra del brazo. Titubeo. No sé qué prevalece en mí, si la cólera o la desesperación. Bajamos por la colina, me arroja al interior de la casa y me refugio en mi habitación, atontada, llorosa, ante la mirada interrogadora de toda la familia. Apenas media hora más tarde, oigo de nuevo la puerta.

—¡A la mesa, Emily! Y abandone ya sus niñerías.

Nadie mira mi rostro abotargado. Esta hipocresía rampante me sumerge. Todos están con él, sin saber ni siquiera por qué. He vuelto a ser aquella a la que se tolera y que molesta. Ya no tengo familia. Al terminar la bendición, el reverendo remacha el clavo.

—Y roguemos por Emily, que Dios le dé fuerza para salir de su ceguera y de sus culpables proyectos.

Largo y pesado silencio. Incomprensión, tensión palpable. La sala está oscura como en pleno invierno, pues la cena se retrasa. El fuego ilumina la mitad de unas caras hoscas. Solo Joachim intenta una mirada de soslayo.

El alba me encuentra apoyada en la ventana. El día sufre, del todo gris contra el cristal. No necesito ir a verlo. Sé que una canoa se desliza ya entre la brisa del oeste, que la vieja Rosy ha tomado de nuevo el remo y una silueta está inmóvil, erguida en la proa. ¡Expulsados, como unos puercos, como criados ladrones, como seres inferiores! Ardo, siento vergüenza, tengo miedo.

Por primera vez en mi vida, quisiera estar muerta.

Los ibis se han marchado de nuevo al norte. Empieza una temporada de prisión. El pastor ha hablado con su mujer y, ahora, todo el mundo está al corriente de «mi locura». Los hombres fingen que no ha ocurrido nada. Tampoco Dorothy habla de ello, pero me lanza miradas inquietas como si yo fuera a metamorfosearme en india ante sus ojos. De hecho, sospecho que me reprocha haber traído a la casa un salvajismo que ella procuraba mantener fuera. Fiona suelta solapadas risitas y pone una cara falsamente compasiva. Elisa solo puede murmurar: «¡Mi pobre niña!», sin que yo sepa si lamenta mi desgracia o mi error. Lo que más me duele es que tampoco tengo ya derecho a ocuparme de las niñas, como si fuera una apestada o mi comportamiento pudiera ser contagioso. Solo por la noche, puesto que no hay otra habitación para mí, seguimos afrontando las tres el invierno en la misma cama. Ellas no se atreven a hablarme puesto que se lo prohíben, pero Beth continúa hundiendo su rostro en mi cuello y es uno de mis únicos consuelos. Por la noche lloro, pero durante el día no quiero ofrecerles la mínima demostración de su victoria y de mi sumisión. Cuando lloro, todo se mezcla, Aneki, el paraíso perdido de Itulia, mi padre muerto, Greg tan lejos que ya no le conozco, mi madre que nunca ha existido, la felicidad de la zorra.

El frío ha petrificado el huerto que no necesita ya mis cuidados y doy vueltas por la casa. Si me acerco a una cacerola, Dorothy me la arrebatada de las manos como si yo pudiera inocularle un veneno. Vuelvo las páginas de la Biblia, cuya lectura me impone el pastor para mi redención, pero mi espíritu no puede fijarse en los textos. Incluso los pasajes que tanto me gustan, la huida a Egipto o Noé, me parecen ridículas antiguallas. Me quedo horas y horas ante la ventana, fingiendo orar, mirando cómo cae la nieve, cómo vaga la niebla por las cimas. Ya no sueño. Pensar en él, pensar en otra cosa, todo me duele. A veces les odio a todos, un odio puro y brutal, frío, un desprecio por su mezquino pensamiento. A veces me odio a mí misma y no sé por qué. ¿Será por no haber luchado bastante, por no haber huido con Aneki? Sentarme en medio del huerto adormecido bajo la nieve es mi único recreo. A veces permanezco horas, como un viejo tronco a la intemperie. Nadie parece prestar atención a ello. Contemplo mi dolor, me lamo el alma como un animal lame su herida, expío mi debilidad, mi inconsistencia y mi odio. Sí, más hubiera valido que, de mi madre o de mí, la elección de Dios hubiese sido distinta.

Cierto día, Joachim se desliza hacia mí.

—¡Yekadahby!

—Cállate, Yekadahby ha muerto.

—Exageras, señorita. Te veo del todo viva. Triste, pero viva.

—Pero por dentro estoy muerta. Nada tiene sabor ya, ya no tengo ganas, ni siquiera las de levantarme por la mañana. Me siento como una piedra en la corriente. La vida pasa y yo ya no me muevo, hundida en el lodo. Eres demasiado joven para

comprender estas cosas.

—No tienes derecho a hablarme así. Comprendo muy bien que estás enamorada de Aneki y que padre está furioso porque una mujer europea no puede casarse con un indio. He comprendido, ¿sabes?, que tiene miedo de que eso le dé poder a Aneki, tal vez más que el suyo. Si se sienten poderosos, los yámanas podrían dejar de entrar en nuestros puntos de vista, negarse a aprender nuestras prácticas y nuestra religión. Podrían incluso hacernos la guerra para que nos marchemos y ellos recuperen su tranquilidad de antes.

—Imposible, Aneki no quiere la guerra, quiere vivir como nosotros. Si se lo pido, aceptará hacerse cristiano. Le gusta vivir como nosotros.

—¡Bueno! Tú debes de saber mejor que yo lo que quiere. Pero, mira, también nosotros queremos aprender de los indios, pero no por ello queremos vivir por completo del mismo modo. ¿Estarías dispuesta, tú, a vivir como ellos para seguirle? ¿En la choza humosa, comiendo mejillones todo el día, como dice mi padre? Sabes muy bien que no.

—La cuestión no es esta. En casa tienen prejuicios, son todos obtusos y no pueden tolerar que un indio llegue a su nivel. Los prefieren desnudos y dependientes. Prefieren burlarse de ellos.

—Eres injusta, recuerdo que cuando llegaste tú misma decías que los yámanas eran repugnantes e incultos.

—Estaba equivocada, no los conocía.

—¿Sabes, Emily?, te quiero como a mi hermana, no deseo verte triste. Si quieres, me informaré para saber qué ha sido de Aneki.

Es la primera vez que el muchacho me llama por mi nombre.

—¡Oh! ¿Lo harías?

—Puedo ir fácilmente a la aldea. Entre ellos, todo el mundo lo sabe todo. Pero, te lo aviso, vas a pagármelo con un incalculable número de púdines de calafates. No tendrás bastantes manos para cogerlos.

Dorothy nos observa por la ventana desde hace un rato y sale para saber lo que se trama, supongo.

—No os quedéis ahí, hace frío; solo faltaría, además, tener que cuidaros.

Entramos sin prestar atención al «además» inútilmente hiriente.

Por la noche, el reverendo, que ha sido informado, claro está, no riñe a Joachim, muy al contrario, me dirige la palabra por primera vez desde hace dos meses.

—Emily, habría que cortar chaquetas y pantalones para todo el mundo. La última estación fue larga y nuestra ropa está en lamentable estado.

Parece pues que han levantado parcialmente mi castigo. Me hablan de nuevo aunque solo para lo indispensable, lo práctico y, a menudo, con la boca pequeña. Sigo siendo la mala hierba, la réproba, la loca. Al menos tengo algo que hacer, aunque sigo

sin tener derecho a alejarme de la casa. Me sumerjo en los tejidos de paño azul, los patrones y las agujas. Recuerdo mi llegada, esa naturaleza salvaje que ha conmovido mi corazón, mis esperanzas de convertirla en mi aliada, todo lo que de ella he aprendido con Joachim y los indios. He sido apartada de ella, condenada a verla tras un pequeño cristal donde tamborilea la lluvia.

Unos días más tarde, Joachim me trae noticias. Aneki está enfrente, en la embocadura del canal Murray que lleva al cabo de Hornos, hay islotes que protegen la bahía de Wulaia. Algunos centenares de yámanas viven allí en invierno, y ahí llevan a cabo sus ceremonias. No sé nada más, pero eso me basta para imaginarle a pocos kilómetros, cazando y pescando. Su rostro y su cuerpo vuelven a obsesionarme. Soy yo, ahora, la que responde distraída cuando me dirigen la palabra. Me construyo una doble vida: está la Emily que maneja la aguja en una casa oscura y la Emily que rema y charla en la playa de Wulaia, una Emily libre.

Entonces, va formándose una profunda resolución. Voy a ir hacia él. Joachim tiene razón. Estos pueblos viven ahí desde hace siglos, en armonía con la naturaleza. Pienso también en lo que decía el doctor Hyades: lejos de los europeos, los yámanas son más felices y tienen mejor salud. Seré yo la que se escape. Voy a vivir con ellos y les ayudaré a mantener su vida salvaje. La idea es tan simple que me reprocho no haberlo pensado antes. Esta semana lisa y clara me devuelve el gusto por las cosas. Me someto a todas las tareas diciéndome que serán las últimas. Solo procuro ocultar el júbilo que me habita. Ahora, a lo largo de esas jornadas sombrías y estas frías noches, ya solo pienso en la organización de mi huida y de mi vida futura. Cuando salgo al patio, me empeño en reconocer los pájaros por las huellas de sus patas, en recordar lo que aprendí del tiempo mirando las nubes y el color del canal. Venteo el aire, toco los troncos de los árboles para percibir la savia. Me preparo para mi nueva vida. Tengo que hacer de Joachim un aliado definitivo para que lleve los mensajes y me ayude a hurtar y ocultar el material que necesitaré. Henos aquí de nuevo en el jardín donde, a veces, nos dejan solos, contando con su buena influencia sobre mí.

—Joachim, ¿puedo decirte mi secreto? No pienses que es una locura, lo he pensado mil veces.

—Creo que lo adivino. Estás preparando una fuga. Vas a marcharte y a reunirte con Aneki.

Este muchacho me deja muda, ¿no será un poco *yekamush*? Levanta su ceja izquierda en acento circunflejo, como hace cuando se dispone a dar un buen golpe.

—¿Sabes? Comienzo a conocerte —prosigue—, te observo. Veo perfectamente que esa calma, de pronto, no es normal. En fin, no para ti. Sí, estás loca, pero no tengo medios para curarte, de modo que te ayudaré.

—¡Oh, querido, mi muy querido Joachim! Te quiero como a un hermano, eres mi nuevo Greg, aquel con quien puedo contar ahora y siempre.

Quedan tres meses de mal tiempo, es bastante, Joachim hace llegar mensajes, esconde en una gruta, cerca de la ribera, lo que me será útil: algunas conservas, habichuelas y harina envuelta, perfectamente seca en un hule, cuchillos, una hachuela, ropa. Ahí está, eficaz, listo, con un brillo de excitación en los ojos. Nos forzamos a no mirarnos cuando el reverendo lanza sapos y culebras porque los yámanas le han vuelto a robar sus instrumentos. La conspiración va montándose prudentemente, Aneki estará listo en la luna nueva de octubre y la oscuridad protegerá nuestra huida.

Esta mañana, desde el huerto, veo pasar un grupo de orcas. Pocas veces se aventuran por la bahía. Las grandes aletas en forma de hoz parecen flotar en la superficie y se adivina la mancha blanca en su cuerpo negro y poderoso. Es una señal. Las orcas llevan las almas de los *yekamush* desaparecidos. Se acercan, giran, retozan. Imagino que están ahí para mí, como una aprobación a mi proyecto. Me gustaría conocer las palabras sagradas con las que los yámanas imploran su bendición. Intento captar mentalmente sus espíritus. Algunos indios las han visto también y oigo, brotando de la aldea, una efervescencia que ardo en deseos de compartir. Si se quedan hasta la hora de la comida, decido que será una señal favorable. A cada puntada levanto la nariz hacia la ventana que da a la bahía. Dan vueltas todavía, buscando otarias. Varias veces fingen alejarse y mi corazón deja de latir. Giran luego en ángulo recto y vuelven a inspeccionar las playas. Pesados y largos minutos.

—Emily, ¿estás soñando? Sentémonos a la mesa.

—¡Gracias!, oh, gracias, amigas orcas. Seréis mi suerte, estoy bajo vuestra protección.

A comienzos de la tarde, los animales acaban alejándose hacia el oeste, lentamente, merodeando.

Negra noche. Tiemblo en mi cama. Acecho la tranquila respiración de las niñas. Sin novedad. Será hoy. He oído la casa adormecerse, los crujidos del arcón que se cierra en la contigua habitación de John, las voces que se han apagado en la gran sala, las puertas que se cierran. No hay viento y el profundo silencio es turbado por algunos roces de insectos en el armazón y por los suspiros de una madera que trabaja. Lentamente, salgo del lecho donde estoy ya vestida. Saco de debajo los últimos efectos que no han sido aún escondidos en la gruta.

Queda lo más duro: abrir la ventana. Desprendo, milímetro a milímetro, la barra de madera que la cierra y tiro del batiente. El menor ruido me inmoviliza, correo sudor. El aire helado percute mi pecho, ¡siempre que no despierte a las niñas! Mi hatillo, mi capa... Aterrizo en el suelo blando aún tras la nieve que se ha fundido.

Imagino, a cada segundo, las llamadas, las lámparas encendiéndose, el chirriar de la puerta de entrada. A tientas corro hacia la gruta, el suelo es desigual, mis piernas de algodón, tropiezo.

Mis pasos hacen un ruido ensordecedor en las viejas hierbas.

—Emily, Yekadahby.

El susurro ha brotado de la oscuridad. Algo a mi derecha. Su mano me agarra.

—Espacio, espacio, allí, la piragua, todo está listo.

—¿Incluso el fusil?

—Todo.

Es la última hazaña de Joachim, por la tarde ha sacado discretamente del cobertizo uno de los fusiles y una caja de cartuchos. Me siento más segura llevándolo conmigo, aunque sería incapaz de disparar contra un ser humano, por muy feroz que sea. Aneki acerca como la primera vez nuestros dos rostros, el uno al otro, nariz contra nariz, frente contra frente. Está tranquilo, como si tuviéramos todo el tiempo. Recupero un poco de paz. Él toma el remo, solo él puede guiarnos cuando las nubes han devorado incluso el fulgor de las estrellas. La costa se adivina solo por su olor a madera vieja y por el chapaleteo del pequeño oleaje que va a morir en la ribera. La piragua corre por esa oscuridad de fin del mundo, acompasada solo por la pala que se hunde con un ritmo de reloj. No tengo ya miedo alguno, me entrego a la noche, a Aneki. Este viaje oscuro es un renacimiento. Como un niño abandona el seno de su madre para nacer a la luz, esta oscuridad me protege y va a abrirme una vida nueva. Hace ya un rato que hemos tenido que abandonar el abrigo de la costa pues, como los ciegos, detecto que el espacio se ha ensanchado a nuestro alrededor y que llegamos al canal. Durante horas, Aneki no da señales de fatiga. Avanzamos hacia el oeste. Nuestro proyecto es partir hacia el país de los alakalufes. Hay allí miríadas de islotes donde podremos ocultarnos. Sé también que Aneki no quiere huir hacia los yámanas y permanecer a la merced de cualquiera que quisiese quedar bien ante el pastor y denunciarnos. Pasan las horas, una franja lechosa se insinúa al este. Gradualmente, el

negro cede ante un gris profundo, más pálido luego y que se tiñe de rosa. Nace el día detrás de las nubes. Miro a Aneki, detalladamente, a aquel por quien he tomado esta decisión tan definitiva, por quien he elegido este camino sin retorno. Arrodillado, vestido solo con su taparrabos a pesar de la fría noche. Ha debido depilarse cuidadosamente, sus mejillas y su mentón lampiños ponen de relieve los altos pómulos. Los ojos negros, afilados, me contemplan con calma. No hay miedo, ni sorpresa, ni preguntas en esta mirada, solo se ha posado en mí, como en una evidencia. El flequillo liso baja hasta las cejas y el cabello se extiende por su cuello dándole un aspecto dulce, casi femenino, que desmienten los poderosos brazos que reman como si acabara de comenzar. ¿Qué pueden decir un cuerpo y un rostro del alma que los habita?

Nos zambullimos, el uno y el otro, en nuestras miradas. Su pupila parece una pequeña, muy pequeña puerta de entrada hacia un mundo interior. ¡Le conozco tan poco!

Tiene ese brillo divertido de chiquillo que hace una jugarreta, aunque también una pizca de gravedad. ¿Se da cuenta de la locura de esta empresa? Por mí, abandona su familia y su clan. Se arriesga a una vida de paria, perseguido sin cesar. Quiero también leer en su mirada la ternura, la búsqueda del otro a la que llamamos amor. Pero ¿qué es para él el amor? Nunca hemos intercambiado las palabras tiernas que al parecer se dicen los enamorados. Nunca nos hemos besado. En realidad, soy incapaz de ello, no sé cómo se hace. Ni siquiera estoy segura de desearlo. Estamos ahí, solos en esta embarcación, dispuestos a ser marido y mujer. Pero, con él, me desposo con una vida muy distinta.

—¿Adónde vamos?

—Allí, al final —dice, señalando el oeste.

—Nos buscarán.

—Nos esconderemos dentro de un rato, en los bosques, durante el día.

La fuga prosigue hasta media mañana. Hemos llegado a la mitad del camino de Itulia cuando se dirige hacia la costa. Con precaución, sacamos del agua la canoa de corteza y la ocultamos bajo el follaje. Mientras él reúne ramas para hacer un refugio, yo descargo la embarcación. Comemos pan y pescado seco que he robado. Es mi noche de bodas, bajo este irrisorio cobijo, sobre un lecho de hierbas, me dejo llevar, con su cuerpo sobre el mío, su piel sobre la mía. Cierro los ojos, acojo esos extraños olores, esos movimientos instintivos, ese nacimiento de un largo temblor. ¿De modo que es así? No puedo decir si es agradable. Es otra cosa, como si me fuera dado un sexto sentido que brota del fondo del vientre. Me duele un poco, él gime, un líquido tibio corre entre mis muslos. De modo que es así. Se ha levantado el viento que agita nuestro techo de hojas, un brillo de sol pálido juega entre las ramas. Me mantiene estrechamente abrazada. Ya no nos movemos. Soy una mujer, siento de pronto por

ello un extraño orgullo. Se duerme y me gusta este peso abandonado sobre el mío. Quiero grabar en mi cuerpo todas estas sensaciones pues este es un día único, una hora única. Unas briznas me picotean la espalda. Tengo frío en los pies y en las piernas, sus cabellos se deslizan por mi cuello y percibo la presión regular de su respiración contra mi pecho. Atrapada entre la tierra y este hombre me siento ligera. Cada centímetro de mi cuerpo está vivo. Mi espíritu escapa y contempla a esos dos seres, unidos en su madriguera como desde el alba de la humanidad. Oigo los sonidos de la foresta, el chirrido de un árbol, la llamada de un ganso, los roces de un roedor. Soy la foresta, soy el árbol y el pájaro y el animal que corre entre las hierbas. No tengo miedo.

Huimos cuatro días más. Dos de ellos son ventosos y lluviosos y nos deslomamos en el oleaje. Intento coger mi parte de remo, pero me cuesta, sin visibilidad, mantener la dirección adecuada y mis torpezas me avergüenzan. De modo que Aneki está muy a menudo a popa y yo alimento aplicadamente nuestra pequeña hoguera en su lecho de hierbas húmedas. Para encender el hogar, los yámanas utilizan pedazos de piritita de hierro, frotándolos el uno contra el otro sobre una alfombra de ese musgo verdoso que cuelga de los árboles. Cada familia cambia los preciosos guijarros a los alakalufes que los recogen no sé de dónde. Los llevan encima, en un estuche de piel. Pero es costumbre no dejar nunca que el fuego se apague. Lo protejo a trancas y barrancas con mi capa empapada. Hablamos poco. No es necesario, bastante lleno de presencia está el aire. Siento que derivo, inmóvil bajo la lluvia, sin ni siquiera advertir que tiemblo. No sé qué absorbe mis pensamientos, salvo el tamborilear de las gotas, seco sonido en el agua del canal, sonido mate en mi ropa. Esta embarcación es mi crisálida, no sé qué mariposa saldrá de ella pero, como el insecto, me economizo en el exterior para dejar que se consuma la revolución interior. Son días muy distintos de lo que imaginaba antes de partir. Tenía yo pensamientos materiales: víveres, fusiles, cuchillos, ropa, cuando lo que me ocupa son los impulsos de mi alma. He deseado esta zambullida en lo desconocido, la he preparado, pero me siento como un marino principiante que va a alta mar previendo una hermosa brisa y se encuentra con un huracán. Entonces, como él, me lanzo sobre el lomo de las olas y me dejo llevar por su espuma sin intentar adivinar a qué costa puede lanzarme este viento.

Ocultos por la noche, no nos encontramos con nadie y llegamos a la encrucijada de los dos brazos del canal. Por ciertos signos, Aneki quiere detenerse antes. Acostamos en el recodo de una gran bahía y nos estrechamos bajo los árboles, aguardando a que se levante el día para construir nuestra apresurada choza. Es un lugar magnífico, un puro arco que da la espalda al mal tiempo del oeste. Como él ha adivinado, el viento empeora rápidamente. Del lado norte se encoleriza contra un alto acantilado, ladra y ruge entre las piedras. Los árboles, por encima de nuestras cabezas, se doblan en ángulo recto y sus hojas jóvenes maúllan bajo las ráfagas, la

arena vuela. Del azul oscuro al abrigo de la orilla, las aguas viran al verde confuso para terminar, cuando la bahía se abre, en una maraña de olas blancas. Por primera vez en mi vida, estoy a merced de esta cólera. Me acuerdo de Doherty y de nuestras enloquecidas carreras bajo la lluvia para acabar brincando alegremente ante el fuego, con la ropa humeante. Me acuerdo de ese júbilo al oír el mal tiempo obstinarse contra los cristales, bien calentita en mi cama de Ouchouaya, protegida por la invencible piedra. Aquí, somos el pájaro en la rama o, más bien, la liebre temblando en su madriguera. Esta tormenta nos permite, al menos, encender por primera vez un fuego de verdad, pues nadie que pudiese vernos se arriesgará a salir. Una difusa tibieza llena la choza, arrastrada muy pronto, con el humo, por las permanentes corrientes de aire. Aneki, desnudo, se seca rápidamente, pero mi ropa de lana empapada de agua es para mí una ganga fría y viscosa.

—Quítatela, lleva la lluvia con ella.

Trae, no sé de dónde, un montón de hierba seca y me frota la piel hasta que se pone escarlata. Mi capa y mi vestido extendidos al sol y al viento, en la playa, atraen a un hermoso zorro que los olisquea con precaución. Solo por ello me gustaría establecerme aquí, pero Aneki piensa que estamos aún demasiado cerca de Ouchouaya y de las tribus que nos conocen.

Esperamos pacientemente la noche siguiente, luego pasamos el día asando mejillones y una pequeña liebre, comenzando a hablar, con prudencia, como domesticándonos. Le hablo de Doherty, de mi padre, de Greg, de mi vida en Grenook, él me explica cuentos, me habla de su padre, que era el mejor cazador de cormoranes que cayó del acantilado. Su mayor tema es su perro preferido, al que ha debido abandonar para huir y está ya añorándolo. Me cuenta detalladamente cómo brincaba de un modo distinto para indicar a su dueño el tipo de caza: cuatro patas a la vez y muy arriba, el guanaco; más bajo, una nutria en la costa; dando saltitos, era una liebre. Piensa ya en cazar un león marino para cambiárselo a los alakalufes por uno o dos de estos endiablados fox que pueblan siempre los campamentos.

Dos noches más de remo, el brazo norte del canal es tres veces más estrecho. Altas riberas abruptas, cubiertas de foresta, dejan solo una calle de estrellas por encima de nuestras cabezas. Regularmente, cruzamos un glaciar que reluce, azulado en la oscuridad, inmóvil río que sopla su frío aliento. Al sexto día, el canal se abre a un rosario de islas. Ahora debemos correr el riesgo de una navegación diurna para encontrar un puerto. Aneki no conoce estos parajes, zigzagueamos. Cierta lugar está demasiado expuesto al mar, otro a la sombra, cierta isla es demasiado pequeña, la otra no tiene foresta protectora. Observa el cielo y los pájaros. Por la tarde, llegamos a una pequeña bahía que se abre al este. Se hunde unos quinientos metros en la ribera y un islote con tres arbustos protege su entrada. En medio retozan algunas parejas de patos vapor. Estos animales no saben volar; cuando nos acercamos utilizan sus alas como

remos, cuyo chasquido resuena en el aire calmado. Una otaria se dora en la playa de guijarros, lánguida al sol.

—Aquí es.

Una fronda de árboles añosos, de los que cuelgan cabelleras de musgo verde pálido, flanquea de muy cerca la ribera. Les responde la maraña parda de las laminarias que serán el puerto de la piragua.

—¿Por qué aquí?

—Ocultos del viento, con la buena foresta y el sol de la mañana para despertar los huesos. El pato lo sabe, la otaria lo sabe, esta será Tushkalapan, la «bahía del pato torpe».

Tushkalapan. He aquí mi nueva vida, mi último estío hermoso.

Corren los días y no los cuento. El alba nos encuentra anidados el uno contra el otro, economizando nuestro calor, con nuestros cuerpos encajados en forma de «S», su mano en mi seno. Siento que su sexo despierta, que se despliega contra el final de mi espalda. Camina dulcemente, lo aguardo, me estremezco, me apacigua. Encuentro placeres ahora en estos incendios del cuerpo. Tal vez el pastor lo llamaría pecar, pero yo veo en ello solo la naturaleza que celebra la unión que ha deseado y que perpetuará la vida. Es demasiado gozosa para ser concupiscencia. A veces, durante el día pienso de nuevo en sus manos morenas sobre mi piel blanca, en la excitación de mis sentidos. Ignoro si lo que hacemos es normal o si es, también, un modo especial de los indios. Como con el resto de mi vida, he caído del lado de Aneki y no hay ya regateo posible. Soy una mujer yámana, aunque sea incapaz todavía de nadar en el agua helada o fabricar cestos de hierba.

Confieso que no todo es siempre fácil. Cada instante me impaciento porque me falta una jarra para traer agua, una especia para variar los eternos mariscos y pescados, un jabón. Me obligo a tragar goosh, esa baya esponjosa a la que encuentro un sabor a podrido y que Aneki parece degustarla. Sueño a veces en confeccionar los púdines de calafates que tanto gustaban a Joachim, y no tener medio alguno para conservar lo que la naturaleza nos da hoy y mañana necesitaremos, me sume en la desolación. He hablado a Aneki de construir una choza más sólida, levemente elevada para no estar en la humedad del suelo donde mi ropa de recambio se enmohece. Un verdadero hogar de tronco hueco para canalizar el humo y no tener que elegir entre toser y temblar. Me ha mirado con una sonrisa burlona.

—¡Eh, Yekadahbi!, ¿por qué todo ese trabajo si nos marchamos mañana? La choza es solo para dormir, la vida está fuera.

Tiene razón, pero a veces me domina la angustia al sentirnos tan vulnerables. Intento pensar en la parábola de los «pájaros del cielo que no siembran, ni cosechan, pero nuestro Padre que está en los cielos vela por ellos». Contemplo las grandes garzotas blancas. Las pacientes garzas o las hermosas gaviotas de pico rojo y me pregunto por qué no consigo tener ese abandono y esa desenvoltura cuando todo, en torno a mí, me ofrece su espectáculo.

Lo esencial de la jornada transcurre buscando nuestro alimento o preparando los instrumentos necesarios para su recolección. No es habitual para los indios permanecer mucho tiempo alejados del grupo familiar. Normalmente, una comunidad reúne de diez a veinte personas y permite la ayuda mutua. Ocultos por un tiempo indeterminado, debemos representar todos los papeles. Nuestra isla es grande y está cubierta de bosque en su mayor parte. Otras bahías más rocosas o más expuestas bordean las costas sur y oeste, y la vertiente norte es solo un gran acantilado. En el este, donde estamos, se encuentra nuestra pequeña bahía, una vasta playa de guijarros, propicia a los mejillones y a los erizos de mar y, por fin, un gran número de

estrechas cañadas por las que algunos riachuelos se arrojan al mar.

Me obligo a caminar descalza, y reservar así mis zapatos para el invierno. A Aneki le divierte mucho ver cómo me retuerzo al caminar y, por la noche, arranca con su cuchillo las astillas de mi piel excesivamente tierna. En cambio, no he cedido a vivir desnuda. La mayor parte del tiempo llevo enaguas y camisa, para acostumbrarme al frío. Me hace sufrir, sobre todo cuando es preciso permanecer al acecho durante demasiado tiempo. Los montones de hierba seca que Aneki me pone en las axilas, supuestamente para calentarme, no son de mucha utilidad.

Nuestro primer trabajo consiste en cazar una otaria o un león marino. En este inicio de primavera, los machos ocupan la ribera y aguardan a las hembras que van a parir y a las que, luego, cubrirán. Aneki aguza cuidadosamente su arpón con unas piedras. Es una punta de hueso de unos treinta centímetros con varias bábulas talladas, atadas con correas de piel sobre un largo astil de haya. Cuando nos acercamos a pie, el animal se yergue sobre sus patas y ruge como un perro. Aneki lo asusta golpeando dos pedazos de madera mientras yo me acerco a la canoa. No se recomienda cazar una otaria en tierra, sin perro. Es muy rápida y agresiva. Sus fuertes colmillos infligen heridas que curan mal. En el agua, está más tranquila, va y viene en los bajos fondos. Nos acercamos en silencio, el arma silba. En cuanto se ha clavado, el extremo del astil gira perpendicularmente al arpón. La sangre colorea el agua con un círculo rosado, el macho se debate e intenta llegar a mar abierto. Seguimos el rastro rojo y los remolinos. Da varios respingos, cada vez más lentos, a causa del astil que lo frena y de su herida. Le seguimos mucho tiempo, comentando esa vida que se agota. Aprovechando el momento en que sale a la superficie, Aneki le asesta fuertes golpes de bastón en la cabeza y lo iza a la canoa. Gritamos de placer. Estos animales se han hecho escasos, pero este se nos ha ofrecido y le damos gracias.

La sangre nos llega a los codos, está tibia aún. Despedazamos el animal con cuidado para conservar intacta la piel, y Aneki ha cortado trozos de carne, rasca ahora minuciosamente los huesos para que no se pierda nada. Corta con delicados movimientos de muñeca, como si no quisiera herirlo más, mientras canta una melopea llena de grititos y gruñidos que simbolizan la lucha del hombre y el animal. Le habla, le dice que es hermoso y bueno y que tomamos prestadas su fuerza y su vitalidad. Todo servirá, la carne, la piel, los tendones, los huesos, la grasa. Todo se convertirá en alimento o herramienta. El sol juega en el pelaje húmedo aún de la otaria. Dos caracarás atraídos por el empalagoso olor vienen a posarse en las ramas bajas, aguardando el encarne. Voy a buscar el fuego para poner de inmediato dos enormes pedazos en el espetón, gotea el jugo, la carne con sabor a pescado es firme. Reímos. Hace dos años, habría aullado de horror viendo a esa salvaje, con el moño alborotado, la piel enrojecida por el sol, la ropa manchada, desgarrando la carne a dentelladas.

«Salvaje un día, salvaje siempre», decía el capitán. ¡Y he aquí que una civilizada regresa a la naturaleza y se encuentra muy bien por ello!

Al día siguiente, a pesar del gris y el frío que han regresado, cargamos nuestro botín en el esquife y partimos hacia el norte y la gran isla donde encontraremos hombres. Por si acaso, he ocultado el fusil bajo los cestos.

Bordeando la costa, acabamos descubriendo una humareda. Nuestra llegada produce gran agitación. Algunos individuos van a la orilla, armados con largos palos. Pero levantamos las manos, con las palmas al aire, una señal de paz que todos los pueblos comprenden. Parecen hoscos e inquietos. Ofrecemos un gran pedazo de carne, en signo de apaciguamiento, que es puesto de inmediato a cocer. Los alakalufes son una especie de primos de los yámanas, como ellos son pueblos de pescadores que viven en sus botes y en las playas, en toda la costa oeste de la Tierra de Fuego. Las uniones entre ellos se hacen amistosamente. Los onas, gente de tierra, cazadores de guanacos, son sus comunes enemigos. Tienen una lengua bastante distinta de la nuestra, pero Aneki la comprende un poco y los gestos la suplen. El palabreo dura mucho tiempo. No es correcto ir enseguida al grano. Comprendemos que han sido atacados recientemente por los onas. Hubo un muerto, tres heridos y fueron raptadas dos mujeres. Los atacantes se acercaron en embarcaciones, lo que no es habitual en ellos. Debieron robar esas barcas en otra parte e intentan implantarse en el sector. Los ojos se desorbitan y las bocas se retuercen, los hombres imitan a los grandes guerreros disparando flechas. Mi presencia provoca también una oleada de preguntas salpicadas de risas y exclamaciones. Las mujeres tocan mis vestidos, la piel, los pechos para verificar mi género. Los hombres van a ver a los perros, instalándose en cuclillas. La conversación crece como una ola, refluye, deja paso a algunos silencios. El asunto se concluye de pronto. Un pequeño bastardo de pelaje blanco y negro es para nosotros, la carne y la piel son para ellos. Sube la bruma y nos ponemos en marcha de nuevo, entre el gris, hacia nuestro reino, atentos a los movimientos sospechosos en la ribera que indicarían un campamento de onas.

Se suceden los días, en gris, en azul, en viento, el calor asciende por el aire, las flores prometen sus frutos. La vida se reduce a lo fundamental: alimento, vestido, choza. Me acostumbro a lo no permanente. Aneki me enseña el lento acoso de los peces, dejar que la mano derive en la corriente, a contra sol, sentir las escamas rozándose la palma, pasar los dedos bajo el vientre del animal y arrojarlo de un golpe seco al fondo de la piragua. Me enseña cómo hacer sedales con mis cabellos, anzuelos con espinas de pescado. Pero comprendo, sobre todo, que el éxito de la caza o de la pesca reside en el hecho de que van a adivinarse las reacciones del animal, excitar su curiosidad, engañarle con la comida o la imitación de la llamada de un congénere. Para ello, soy bastante buena. Me siento verdaderamente cerca de esta naturaleza, y mis sentidos, desde que vivo en ella, me parecen increíblemente

exacerbados.

A menudo necesitamos tres cuartas partes de la jornada para atrapar nuestra comida. El indio no prevé, no amontona, no conserva. Si la caza ha sido buena y nos basta para dos o tres días, pasamos largos momentos de ocio en la tibieza del sol, tendidos como lagartos, o decidimos que la choza es demasiado vieja y nos alejamos algunos metros. Intento hacerme un manto de piel de otaria, pues algún día mis vestidos estarán demasiado gastados, pero el hilo de tendón y la aguja de hueso se rompen en mis manos y Aneki se burla como siempre, amablemente.

—Irás como una mujer, con la capa en los hombros.

Río algo molesta, pero de momento es verano y no necesito en absoluto manto.

Me dejo acunar por esa rutina que a otros les parecería aburrida. Unas veces es dulce y chusca como un juego de niños, otras me maravilla, a veces me enoja pero la cosa no dura. Cuanto más pasa el tiempo, más siento ese cuerpo a cuerpo, cara a cara, corazón a corazón con lo vivo que me rodea. Hablo con los árboles, con los insectos, con las plantas y, sin duda, en otra parte, me creerían loca. Pero, salvo Aneki, no hay nadie para conversar e invento personajes que se me hacen extrañamente familiares, hasta el punto de que tengo la impresión de identificarme con ellos. De vez en cuando me ahogo como el pescado que saco del agua, o siento que mi pulso se acelera cuando el lazo se cierra sobre la liebre. Le susurro entonces lo que me pasa por la cabeza, les explico que los necesito como hizo Aneki con la otaria, y me parece que eso los apacigua como un agonizante a quien se cuenta la vida futura de sus hijos y nietos, a guisa de consuelo. Me vuelvo tan atenta al comportamiento de cada animal que saco de ellos conclusiones que rozan el paganismo del que se quejaba el pastor. Me burlaba de la vieja Rosy que afirmaba ver en sueños si la caza sería buena, pero ahora la lechuza que grita, el perro que gime me son también signos del éxito de la pesca.

Estos pocos meses me han cambiado más que años de mi vida en Doherty o en Grenook.

Un día permanecerá grabado para siempre en mi memoria. Es una clara mañana, la luz es cortante, la playa está vacía en un aspecto de abandono e indiferencia. Aneki ha ido a por escorza de hayas para hacer una piragua nueva. Las embarcaciones no duran mucho más de un año con el rasposo contacto de los guijarros. Yo he decidido pescar sola y darle la sorpresa de una cesta de mariscos. Estoy desnuda, abandonando la última protección de los vestidos. Tiemblo, no de frío ni por un pudor que nadie puede molestar, sino por el sentimiento de que no soy nada, solo un cuerpo, un montón de piel, carne, músculos y huesos. Soy como esos animales que caen bajo la lanza de Aneki, solo mi espíritu me separa de ellos. Despojada de todo en esta playa perdida, estoy en el último estadio del desprendimiento de lo que había forjado mi

vida de antes. No es lo que yo había previsto. Había imaginado una mezcla que solo retendría lo mejor de cada modo de vida: una casa sólida, el cultivo y la ganadería, la religión, pero también el conocimiento de la naturaleza, las prácticas ancestrales, la posible comunidad de los pueblos. La huida no me ha dado otra opción que esta desnudez del alma y del cuerpo.

Me zambullo. El agua gélida me golpea en la caja torácica, me corta la respiración, agrede cada centímetro de mi cuerpo y, como un incendio, petrifica mis músculos. Con el cesto en una mano, un cuchillo en la otra, corro hacia la mancha sombría del grupo de rocas, batiendo pies y manos como un perro, incluso abrir los ojos es un sufrimiento. Desprendo uno a uno mejillones grandes como media mano. Me apresuro antes de que la falta de aire me ahogue o sufra un calambre. Es demasiado, voy a solidificarme allí, debo regresar a la orilla so pena de desaparecer, de disolverme en esta agua demasiado clara. Mi cosecha es magra. Es preciso volver una vez más, y otra luego. No tengo derecho a desmerecer, yo he elegido esta vida. Las aplicaciones de grasa de nada sirven, a la cuarta zambullida me siento blanda y débil como una medusa. Corro por la playa y me froto con hierbas para devolver la sangre a mis miembros muertos. Apenas tengo lo bastante para la comida de esta noche, pero estoy más allá de mis límites y sin valor para seguir buscando erizos. Vuelvo a vestirme y me agacho, con los brazos rodeando mis rodillas para dejar que el calor ascienda desde el hueco de mi vientre. La playa se entibia lentamente, el sol salpica el islote, la copa de los tres pequeños árboles parece untada de miel. Ahí estoy, tan inmóvil como las rocas de alrededor, las gaviotas que me rozan se engañan.

Con el cerebro vacío, todo el pensamiento entumecido por el frío o la fatiga, me dejo habitar por una multitud de sensaciones. Siento como mi cuerpo se dobla hacia el suelo, me parece que corre entre las piedras, rodea las raíces y las semillas, camina en la oscuridad de la matriz terrestre para arraigarse en las viejas rocas. Como una planta, chupo la energía de esta tierra y la veo enriqueciendo la corriente roja y cálida de mi sangre. Estoy habitada por los latidos de mi corazón que me hacen vibrar hasta la punta de mis dedos. La pulsación se retarda y acaba concordando con un pulso lento, el del universo. Oigo el zumbido de la ola y soy la gota de agua que espumea una fracción de segundo, cae, se infiltra entre los granos de arena, los maltrata, los lava y los aspira irresistiblemente en su reflujó. Miro el haya torturada que se tiende de nuevo al sol, circulo bajo la vieja corteza, soy la savia que se estrangula en unos vasos demasiado estrechos. Distingo el crujido del escarabajo pelotero que hace rodar su fardo, vacila, suspira, se pone de nuevo en marcha. Oigo el frufú del ala que bate el aire, el resbalar del rocío que abandona a regañadientes la hoja para aplastarse sobre el musgo. El mundo se hace un estruendo, de llamadas, de chirridos, de crujidos, de silbidos, los ruidos de una vida que corre directamente hacia delante. Algunos colores danzan ante mis párpados cerrados. Me parece que a cada matiz le

corresponde un sentimiento, un grito de alegría, de cólera, de sufrimiento, lanzado por los innumerables seres que me rodean, cada cual es un deseo o una añoranza. Soy asaltada por todas partes, olores, ruidos, tocamientos. Pierdo pie, la cabeza me da vueltas. Me siento como los funámbulos a quienes aplaudíamos en la feria de Grenook, pero bajo mi maroma de equilibrista se extiende un abismo sin fin, lleno de este rumor del mundo. No oigo solo con mis oídos, no veo solo con mis ojos, sino con cada uno de los poros de mi piel que, de pronto, se abren de par en par a todos los vientos. Quisiera que esto cesara, pero no tengo el poder de arrancarme de este universo como no lo tiene la rama de hacer cesar el viento que la agita. Permanezco allí, posada en la playa, impotente y abierta, abandonada a este desencadenamiento.

Ignoro cuánto tiempo he permanecido así. Oigo luego la voz de Aneki abriéndose paso en este estruendo, una llamada tenue y algodonosa, como cuando te sacan de un profundo sueño.

—¡Yekadahby! ¡Emily! ¡Vuelve!

Pongo toda mi energía en abrir los párpados. Todo es difuso e incierto, todo está sumido en una espesa niebla. Solo emergen los dos ojos oscuros de Aneki y su voz lacerante que me llama. Vuelvo a mi cuerpo. En la bahía, tres grandes aletas de orca merodean.

—He visto las orcas, he corrido, las he visto en ti. Te han elegido, te quieren.

Hay una especie de reverencia en su voz.

—¿Las orcas, por qué?

—Ellas eligen a los *yekamush*. Te tenían para ellas. Te daban el poder de fundirte en la vida de las plantas, de las bestias y de los hombres.

—No, solo me sentía extraña, creo que no he soportado el baño frío, estaba cansada, soñaba.

Las tres grandes dorsales se alejan en la bruma matutina.

—Te he llamado mucho tiempo, tú no oías, estabas en otra parte, allí donde te han mandado. Cushi me lo había dicho, hay cosas a tu alrededor. Todo lo que te ha sucedido es deseado.

Estoy demasiado fatigada para discutir. Esta historia de orcas es una pamplina, una superstición india. ¿No estaré volviéndome loca? Separada de mis raíces, de mis costumbres, de todo lo que era mi cotidianidad, ¿no estaré divagando? Me estremezco de miedo, o de fatiga.

Durante las semanas que siguieron al «día de las orcas», tuve la sensación de que me había abandonado una suerte de inocencia. Vine aquí para vivir una vida simple, de naturaleza, y soy como un niño cuyo juego tiene consecuencias inesperadas. ¿Ilusión o realidad?, siento ausencias, deslumbramientos en los que la avalancha de las sensaciones que vivía en la playa se apodera otra vez de mí. A veces me siento pájaro, con el pequeño y ligero cuerpo y las plumas erizadas y adivino adónde va a volar. Si digo que debe de haber una foca en la playa, ahí está, y siento su necesidad de tenderse al sol. Varias vidas parecen codearse en mi cuerpo. Aneki me consulta sobre el tipo de caza o pesca que es preciso emprender. Me atribuye sus éxitos, lanza a menudo miradas inquietas o asombradas como si yo pudiera, al igual que una hechicera, desaparecer ante sus ojos o guiar su flecha. Soy reticente a sus creencias, recuerdo a mi padre que contaba historias de hadas y tragos que hablaban con los animales. Pero son fábulas para las viejas y los niños. A veces me pongo a rezar cuando tengo esta sensación, para ponerlas a la prueba de Dios y expulsar de ellas un mal secreto. Pero Dios no se digna socorrer a su pecador.

Salvo por esos momentos que me producen una insidiosa angustia, la vida es bella. Hemos llegado con Aneki a un acuerdo hecho de pocas palabras pero de mil miradas, de carencias evocadas o intercambiadas. Día tras día, caminamos en armonía.

Llega el otoño, las borrascas y los chaparrones chasquean en el follaje. Los animales destetados, los pajaritos alimentados parten hacia tierras más hospitalarias. Los ibis han marchado. La oscuridad nos retiene mayor tiempo en la choza húmeda que huele a heno. De vez en cuando sueño en la chimenea, en los sólidos muros de piedra, en el olor de las sábanas frescas y la cera, en las conversaciones con Joachim y en el parloteo de Beth. Regreso, cada vez más a menudo, con las manos vacías de mi búsqueda de alimento, con el rostro azul de frío, la ropa pesada de lluvia formando un charco en el tipi, sin secarse en el parco fuego.

Es noche cerrada. Despierto y siento la presencia de la muerte. Lo veo todo blanco, un velo de leche parece cubrir cada cosa, apenas dibujando sus relieves.

—¡Aneki!

Da un respingo junto a mí, despierto de inmediato como hacen los pueblos perpetuamente en peligro.

—Ocurre algo, no sé qué, tengo miedo. Se acerca una amenaza, lo sé en mi corazón.

Repta hacia su arco y sus flechas sin discutir y yo tomo el fusil.

—Espera aquí, voy a ver.

Levanta con precaución la puerta de piel. Solo se oye el murmullo del arroyo y el viento que sisea muy alto, en los árboles.

—No veo nada, pero eres *yekamush*, sabes, sientes... No nos quedemos aquí. Vamos a escondernos en la foresta.

Soy la presa acorralada, mi corazón hace un estruendo de trueno. Somos tan frágiles, apenas protegidos por algunas ramas entrelazadas. ¿Quién lo sabrá si desaparecemos? Solo los caracarás y los zorros se darán un banquete con nuestros cuerpos abandonados. La amenaza es humana. Se acerca. La siento hasta en mis huesos. Nos arrastramos a cubierto. El cielo está despejado y una media luna disputa su débil fulgor al día que nace. Espera.

—¡Ahí!

Aneki ha murmurado en un soplo y ha aplastado el hocico del perro antes de que ladre. Una decena de siluetas se dibujan en la línea de la cresta que nos separa de la gran playa, altas, prolongadas por el gorro cónico y el inmenso arco que parece salirles de la cabeza: onas. Permanecen largo rato inmóviles, orientándose por la choza que creen habitada. Una claridad gris-rosada asciende lentamente con el alba. Espera. De pronto, se despojan de sus grandes mantos de guanaco y corren sin ruido a rodear la tienda.

—¡Salid! ¡Queremos la mujer! ¡La mujer blanca!

Hablan mal yámana, pero son cruelmente comprensibles. Nada se mueve. Uno de ellos se aparta, se agacha, produce una chispa e inflama una antorcha que lanza contra la choza, cuya madera poco seca aún se consume en humo, mientras ellos aúllan a coro. Gritos de guerra, gritos de odio, gritos de cazadores ávidos cuya presa somos. Han comprendido que habíamos huido, pero la piragua revela nuestra presencia en la isla. Se despliegan en semicírculo hacia la foresta, con los arcos tensados. Últimos minutos. Aneki coloca una flecha y dispara, pero los matorrales le molestan y falla el blanco. Tres maullidos responden de inmediato. Semiconsciente, me apoyo con el fusil contra el suelo para contener mis temblores, estoy empapada en sudor que hiede a miedo. El hombre más cercano reptaba hacia nosotros, está a cincuenta pasos, los demás empiezan a rodearnos. Fuego. Aullidos. Silencio. La masa oscura patatea. Vuelvo a cargar febrilmente y disparo de nuevo. Chasquido de ramas bajo los pasos que huyen. El día se afirma. En la paz de la rada, he matado a un hombre, yo que, pocos meses antes, pensaba que eso sería imposible. La sangre tibia humea aún sobre las hierbas y el perro la lame. El mundo es sombrío, los hombres están locos, se acechan y se tienden trampas cuando debieran ayudarse. Aun estando tan solos y frágiles como lo están estos pueblos del fin del mundo, pueden todavía hacerse la guerra. Me querían como presa. ¿Ha puesto el reverendo precio a mi captura? ¿Soñaban en capturarme como un trofeo, como talismán, como moneda de cambio o solo como una mujer blanca que da prestigio y poder a su dueño?

La choza ha ardido por completo y con ella cualquier plan de llevar algún día una vida tranquila, normal. Aneki está contento de que yo haya matado al asaltante, me

felicita y carga la precisión de mi disparo en la cuenta de esos poderes de los que, al parecer, estoy investida. Yo cargo para siempre con el peso de este cuerpo que regresa a la tierra.

El otoño reanuda su curso. Nos hemos trasladado a una cañada alejada de la orilla y ocultamos, cada día, el bote bajo los árboles. De noche tengo miedo y veo al hombre de la cabeza estallada balando ante la puerta. Sé ahora por qué el blanco es el color de la muerte entre los yámanas, pues en cuanto llega la nieve, la caza se hace escasa. Un día comemos, otro no. Permanezco horas y horas haciendo secar ramas para el fuego en el claroscuro de nuestra madriguera. Pensando que estoy dándole la razón al pastor: «Pasar sus días en una choza maloliente, mordisqueando mejillones». Me siento débil de cuerpo y espíritu, como si mi propia sangre se hubiera vaciado en el arenal. Aneki hace lo que puede para hacerme reír, imitando a los animales, los hombres de su clan, la familia del reverendo, pero de mi boca no desaparece el sabor a ceniza. Ya no sé rezar.

Tres violentas tormentas nos han impedido salir. Cae nieve fundida casi en horizontal. Mascamos tendones de foca para engañar al hambre. El hambre, ese torturador vacío, esa nada imposible de colmar. En Ouchouaya es el tiempo de sacar las confituras y las legumbres conservadas en vinagre, se abren los sacos de guisantes y de carnes secas. A nuestro alrededor el mundo es siempre suntuoso, cuando un rayo de sol hace flamear la rama cargada de cristales, cuando la hierba humea en el aire helado. Pero he perdido la connivencia con la naturaleza, su canto se ha extinguido en mí, como el de la fuente inmovilizada por el frío. Huela en el interior de la choza y me encojo en el sueño, buscando el calor de Aneki.

Esta mañana, salgo, me estiro para que los calambres pasen, me froto los miembros con hierba húmeda hasta que mi piel queda roja e, instintivamente, poso las dos manos en mi vientre. Tan simple como eso. Aneki me mira y se ilumina. He hecho el gesto de todas las madres. He arrebatado una vida y voy a dar otra. Hubiera debido sospecharlo hace ya unas semanas, pero rechazaba este don de Dios, como si tuviera que expiar una falta. Con los pies en la nieve, la cabeza en las nubes, soy presa de un gran estremecimiento, semejante al del día de la orca. En la oscuridad de mi vientre flota ese miembro de hombre, siento su tibia pulsación y su cuerpo que florece lentamente. Es el fruto de este estío salvaje.

Nieva en abundancia. A menudo, por la mañana, hay que cavar para salir de la choza y el cruel frío se infiltra por todas partes. Pronto se hace evidente que no podremos aguantar. A pesar de toda la ciencia de Aneki, nuestro alimento se reduce a unas hierbas marchitas y algunas conchas. Veo en sus mejillas hundidas y su tez pálida el reflejo de mi hambre. El acoso de un guanaco, en esta nieve fresca, exigiría varios hombres y perros y nosotros somos solo dos. Desesperadamente dos.

Un mes más tarde, comienzo a toser y el dolor me desgarrar el pecho. La fiebre me hace temblar noches enteras. Temo por el niño, demasiado débil aún, tal vez, para llevar esta vida, miedo de terminar como mi madre, con el vientre desgarrado en un último respingo. Hay que partir. Cierta mañana, entre oscuridad y alba, recogemos los cestos, los carcajes y nuestro pobre material de pesca. ¿Vencidos? ¿Hemos pecado de orgullo creyéndonos capaces de subsistir solos? ¿Somos castigados por haber querido liberarnos de las leyes ancestrales? Al salvajismo de la naturaleza, los yámanas oponen la tribu y los blancos su técnica. Nosotros carecemos de lo uno y de lo otro. Si hubiéramos tenido corderos, vacas, bocales y despensa, habríamos podido sobrevivir. Hemos elegido esta vida de pájaros del cielo, pero Nuestro Padre que está en los cielos nos ha olvidado.

—Ya verás, volveremos, la próxima primavera, con mis hermanos y sus mujeres. Entonces seremos una verdadera familia, cazaremos y no tendremos hambre.

No creo en sus palabras de obstinada esperanza. El viento y la nieve barren nuestras huellas en la playa antes incluso de que nos hayamos alejado de la ribera. Una fina capa de hielo cubre la bahía. Aneki, a proa, la resquebraja a golpes de remo, y la embarcación deja una herida oscura en la capa blanca.

Nunca volveremos aquí. No creo ya en nuestro sueño de libertad. La isla desaparece en la niebla y la naturaleza recupera lo que nos había prestado.

Durante cinco días, zigzagueamos entre las islas dirigiéndonos al archipiélago de las Wollaston, el país de los antepasados de Aneki. Rema solo, sin debilitarse, con el rostro ausente. Siento que me hundo, dormito bajo la capa que me sirve de concha pesada y húmeda. Salvo para echar maquinalmente brazadas de musgo al fuego, no tengo ya fuerzas para nada. Como el día de la orca, soy blanda al igual que una medusa abandonada por el reflujo. Sueño que camino sobre las aguas, llego a la costa, me atiborro de calafates, su azucarada pulpa estalla en mi boca, se desliza por mi garganta. El niño en mi vientre los toma y los aprieta contra su cara con los ojos cerrados. El estruendo ha vuelto a tomar posesión de mi cráneo. No distingo ya las palabras de Aneki que parece abrir la boca como un pescado seco. Estoy demasiado cansada, es preciso hacer que cese este ruido que me perfora las orejas, ya no quiero oír nada. No distingo nada ya. Cuatro largas noches, cuando nos detenemos, permanecemos agazapados como animales, en una maraña de ramas y nieve que huele a tumba.

Soy Cushinjizkipa, del país de Yeskumaala.

Al principio, las mujeres gobernaban el mundo. Teníamos la sabiduría y el poder. Hablábamos con el zorro y la nutria, con el ibis, y ellos nos enseñaban esta tierra.

Al principio, llegamos del norte, traídos por el sol. Allí, los hombres gobernaban en el furor, huimos entonces. Aquí el haya nos ama con todas sus hojas, con todas sus raíces; el pez nos ama con sus escamas y su carne.

Cierto día, la luna cayó en el mar. Se produjo una gran agitación y las islas de aquí se desprendieron del fondo y flotaron sobre el mar. Así fue como los yámanas se salvaron cuando todos los demás seres se ahogaron. Todo había desaparecido bajo las aguas, las forestas, las montañas, la isla estaba sola en medio del vacío. Y luego la luna acabó reapareciendo y las islas se posaron de nuevo en el mismo lugar y sus hombres, sus bestias y sus plantas volvieron a poblar la Tierra. He aquí por qué los yámanas son un pueblo especial que es el padre y la madre de todos los demás pueblos.

Cierto día, hubo una gran asamblea, la bahía era movediza por las piraguas, la tierra movediza bajo los pasos. Los hombres se pintaron de negro y blanco. Golpearon las piedras y las ramas para hacer ruido como el trueno, cantaron, gritaron, pusieron sobre su piel la máscara de corteza del furor. Querían la fuerza y el poder. Entonces las mujeres les dejaron, pues la fuerza no es solo la que anima el brazo, y el poder no es solo el que habla último.

El mundo es duro, el mundo es peligroso. Hay que protegerse de los hanushs y de los cushpijs, fuertes y feroces que atacan a los hombres.

El mundo es peligroso, están los lakoomas que aguardan a orillas de los lagos para arrastrarnos hacia el fondo.

El yekamush reconoce a los hanushs y a los cushpijs, pues tienen el cráneo calvo a fuerza de frotarse con los árboles. El yekamush sabe cuándo no debe frecuentar el lago.

Pero el yekamush nada puede contra el poder de los blancos que hablan a su Dios en libros de papel. No consigue ver su espíritu oculto en el hierro y la piedra.

Ahora su espíritu cubre la Patagonia con su velo blanco, con su velo de muerte.

Unos brazos me llevan, unos brazos me frotan, flota un olor a hierbas secas. Llegan a mi cerebro algunas sensaciones pero no tiene lógica. Un interminable canto se insinúa en mi cabeza que, en mi delirio, asocio a un color. Verde, rojo, blanco, amarillo, las notas se alternan, se enlazan y se funden. La melodía se hace como un paisaje, los gritos crean sombras o luces. El ataque del sonido, el impulso desde el fondo de la garganta, el trémolo, la disonancia, suenan como llamadas, órdenes, imprecaciones. Una boca se posa en mi vientre y mi pecho, los chupa largo rato, corre la baba, se infiltra a través de mi piel, me quema. La siento en mi carne, en mis huesos, provocando un terrible combate. Aúllo, y la boca vuelve a su trabajo. Todo es blanco a mi alrededor. Me percibo como un esbozo de difusos contornos. El olor es empalagoso ahora, es el de la sangre vieja y el agua estancada.

Estoy tendida. Detrás de mis párpados cerrados veo un gran fuego. Su calor me cuece el lado derecho. Unos hormigueos corren por todo mi cuerpo, mil pinchazos dibujan cada pliegue de mis miembros. Un poco de agua fresca corre entre mis labios, apaga el incendio, el canto sigue allí, se ha hecho imperceptible. Me duermo.

Abro de nuevo los ojos, una piel morena y ajada como una corteza tapa mi campo visual. Emite unos gruñidos, lentos unas veces, casi dulces, otras agudos como para perforarte los oídos. El canto parece girar con el humo de la choza en angustiantes volutas. De pronto, brinca como para capturar algo sobre el cuerpo extendido, luego se encoge de nuevo. Unos ojos blancos no se apartan de mi vientre. Es Cushi, la abuela de Aneki.

Cushi se detiene de pronto, vuelve su rostro hacia el mío y su boca desdentada se abate en una sonrisa.

—¡Aquí estás, hija mía! El *yekamush* de los onas te ha soltado por fin. He combatido contra él durante días y noches. Pero la vieja Cushi tiene su poder aún.

Ríe sarcástica, su aspecto contradice sus palabras. Tiene el aire huraño. Algo de espuma seca en la comisura de sus labios, una cinta de un blanco sucio sujeta sus cabellos que se han hecho escasos, su rostro está cruzado por una ancha raya blanca flanqueada por otras dos, rojas y más finas. Pero el sudor o las lágrimas han hecho chorrear la pintura hasta su cuello. Quisiera besar esta cabeza de espantajo. Sé que me ha salvado la vida. Lo recuerdo todo de esa huida, mis manos se posan en mi vientre y la sólida patada que responde me atraganta de alivio.

—¡Oh, sí, el pequeño está ahí! Ha luchado contigo, no quería partir antes de haber llegado.

Brota la luz cuando la piel de la puerta se levanta y Aneki ocupa todo el espacio. Toma mi rostro, frente contra frente, nariz contra nariz, como de costumbre. Siento los sollozos que agitan sus hombros. Es la primera vez que le veo llorar. Fuera, los perros, algunas voces, los golpes secos de una piedra contra una madera, la vida que rumorea.

El lugar se llama Uarutoaya, muy cerca del lugar donde los franceses habían levantado su campamento, y numerosas tablas, cajas de hierro y sacos demuestran que nada se ha perdido después de su partida. La aldea comprende seis chozas en buen estado y una docena abandonadas. Estamos en la linde de la foresta. Hacia el sur, el mar es de un gris pizarra y las islas Wollaston extienden al débil sol sus calvas cimas y su vello de hierbas de un amarillo pálido. Bandadas de albatros se atarean, se elevan y se zambullen en una masa móvil y compacta. Algunas piraguas dan vueltas en los remolinos de las algas. He querido arrastrarme hasta fuera para respirar el aire helado. Todos se acercan, me toman de las manos, me acarician el pelo, me traen mejillones y grasa gris que yo masco como una golosina. Las mujeres acucilladas en círculo hablan y hablan de nuestra llegada, hace seis días, cuando todos me creyeron muerta y de Cushi, que no ha dormido durante todo este tiempo, cantando para expulsar el espíritu del ona. Se bambolean, imitando los ojos en blanco de la vieja, sueltan la carcajada y los niños, indiferentes, se persiguen riendo. Recupero esos cuerpos desnudos, solo su taparrabos y una piel de nutria en los hombros para protegerles en pleno invierno, esas jetas redondas, esos pechos marchitos, esas largas piernas, esas pieles oliváceas a menudo surcadas por cicatrices. Este pueblo que es, ahora, el mío.

Durante quince días sigo débil, tosiendo a diestro y siniestro, vacía de mi fuerza. Tengo derecho a un tratamiento de favor, duermo tanto como quiero y en mi sueño siento la presencia de Cushi como un escudo contra las pesadillas. Continuamente pasa una mujer para depositar marisco o pescado en las calientes piedras del hogar. Cuando hace buen tiempo salgo y me obligo a caminar de un lado a otro por la playa. Al comienzo, cada paso me hace sudar. Pachaoelikipa y Chakaluchulupipa, que viven en mi choza, se han improvisado enfermeras. Me sostienen, me meten la comida en la boca, me obligan a hablar y a salir de mi letargia. Me entero por ellas de que el pastor me hizo buscar mucho tiempo. Durante todo el verano, el *Aleen Gardiner* ha recorrido las islas, prometiendo una recompensa a los indios que le dieran noticias mías y el infierno a quienes nos ocultaran. Varios yámanas, tentados por esas promesas, iniciaron la caza y solo debemos nuestra seguridad al hecho de que estábamos en territorio alakalufe, una débil protección pues las noticias acaban circulando siempre. Lo que extraña a las mujeres es que partiéramos solos.

—No es bueno vivir lejos de nosotros, eso arrebató un cazador al clan. Aneki es un buen cazador, a nosotros nos es útil también.

—Además, ya ves, nos necesitas. Sin nosotros estarías muerta.

Sé que tienen razón, pero echo en falta a menudo los meses felices y solitarios, aquella libertad de nuestra vida del estío. Aquí, cada choza forma una familia de complejo parentesco que tiene una suerte de independencia. Bajo nuestro techo de ramas viven Pacha, Chaka, sus maridos y sus cinco hijos, Cushi, Aneki y yo. La

seguridad del grupo se paga en promiscuidad. Por la noche, apretados unos contra otros en nuestro lecho de hierbas, en la humedad y el empalagoso olor de los cuerpos dormidos, sueño a veces en mi cama fresca de Ouchouaya. Siento una terrible turbación al oír los retozos de mis vecinos y pongo por excusa mi enfermedad y mi preñez para frenar a Aneki en sus impulsos. En cualquier momento los hombres pueden decidir que levantemos el campo para buscar mejores terrenos de pesca. De un día al otro, una familia se instala o se marcha. Es el reino de lo no permanente. Los grupos van y vienen y no se apegan a nada. Los únicos bienes personales son los que puede contener la piragua: sus cestos, su material de pesca y de caza y algunas pieles. Esos objetos pueden provocar un orgullo o una envidia enfermizos. Como si nada, se exponen y se reciben los cumplidos con aire de falsa modestia. Tanto es solidario el grupo para compartir una caza común y ofrecer alimento a quienes no lo tienen, cuanto el robo, la mentira, las disensiones son frecuentes. Las disputas a gritos estallan por cualquier cosa dejada sin vigilancia y que ha sido acaparada. Ni justicia, ni policía, ni siquiera jefe para resolver las diferencias, se insultan, gesticulan, se finge el combate, pero la conciencia de la debilidad común impide llegar a las manos. Entonces, se finge ceder restituyendo el objeto con un:

—Toma, te lo doy, soy tu amigo y quiero complacerte.

Y el honor está a salvo. Pues nada hay peor que ser tratado de ladrón o de mentiroso. Me cuesta defender mi ropa. Chaka se ha pavoneado, varias veces, con una de mis camisas alrededor del cuello y he tenido que fingirme enferma para que acepte «devolvérmelas». Hasta el punto de que ahora vivo con casi todas mis prendas encima y por la noche duermo sobre ellas. Aneki se marcha a menudo en compañía de algunos hombres, a cazar la foca y la otaria con los perros. Voy de una choza a otra, a preguntar por un niño, mordisquear marisco. No soy ya la blanca que viene a hacer caridad, soy como ellas. Juntas, hablamos de nuestros hombres, de los progresos de los bebés, del temor a la hambruna y los accidentes. Sienten mucha curiosidad por mi antiguo modo de vivir. A veces, tengo la impresión de haber regresado a las preguntas de Dorothy sobre las alfombras y la vajilla de Grenook. Otras, me cuesta responder.

—¿Por qué habéis venido aquí, en vuestros grandes barcos?

—Para descubrir riquezas y países nuevos, cazar focas, ballenas o guanacos, cortar árboles en las forestas para hacer tablas, casas y muebles.

—¿Por qué? ¿No hay forestas en vuestro país, no hay peces en el mar o animales para comer o frutos en verano? ¿Tiene hambre tu pueblo?

—Algunos tienen hambre, a veces, cuando las plantas que cultivamos o los animales que criamos mueren de frío o de sequía. Pero otros tienen para comer mucho más que vosotros y guardan el alimento en sacos, en sus casas de piedra como las de Ouchouaya.

—Te estás burlando de mí. ¿Cómo pueden unos tener hambre cuando otros tienen comida en sus casas de piedra?

—Bueno, algunos han trabajado más y tienen más cosas en sus casas, o quizá sus padres les han dado tierra al morir y esas tierras producen más.

—Pero la tierra no se da. Está ahí para el recolector y el cazador.

—No, entre nosotros no. Si, por ejemplo, yo poseo esta foresta o esta isla tú tendrás que darme algo para ir a cazar o a pescar.

—Entonces, aquí, vais listos porque nadie da nada para cazar o pescar.

—De momento, no. Pero quién sabe, eso podría cambiar algún día.

Pacha suelta la carcajada y se palmea los muslos. No cree ni una sola palabra.

He recuperado el placer de remar con Aneki. Degusto las largas horas al fondo de las radas, una pareja de pesados gansos caiquén turbados, el viento que riza el agua al volver un cabo. La naturaleza me apacigua de nuevo.

El fusil ha provocado mucha conmoción. Todos los hombres han querido probarlo, lanzando grandes aullidos cada vez que un pájaro caía muerto, pues son endemoniadamente diestros. El tema apareció de nuevo con ocasión de una comida en la que nos habíamos reunido todos. Pacha ha contado la historia de la tierra de los blancos donde hay que dar algo para ir a cazar. La conversación ha arrancado con vehemencia.

—¿Crees que los blancos harán lo mismo aquí? ¿Tomar la tierra y que se tenga que dar algo para cazar?

—Sí, si vais a los lugares donde tenemos cultivos y animales. Mira en Itulia, donde pusimos corderos con cercas. Puede decirse que, ahora, no debéis ya ir allí.

Eso provoca un gran jaleo.

—Pero siempre hemos estado allí. Si el guanaco va, nosotros podemos ir.

—Bueno, supongo que será preciso compartirlo, habrá lugares para vosotros y lugares para nosotros.

Tellapakacha, el marido de Pacha, es un hombre vindicativo. Es pequeño, flaco, con el pelo muy largo que le devora la cara, pero con músculos de acero que le convierten en un infatigable luchador.

—Ni hablar. Los blancos pueden venir, pero deben dejar en paz a los yámanas, de lo contrario los expulsaremos.

La conversación se convierte en un follón, todos quieren dar su opinión. Comienza a crecer una especie de rugido de cólera. Por un pelo no corren todos a buscar sus arcos para defenderse inmediatamente de un supuesto peligro. Aneki es el único silencioso. Mira el fuego alimentándolo metódicamente. Cuando el jaleo se apacigua, se yergue. Me mira a los ojos con una especie de turbación. Nunca habíamos abordado juntos este tipo de tema. Tella le apostrofa.

—¡Eh, tú, Aneki! Conoces a los blancos, viviste con ellos en Ouchouaya. ¡Tu

mujer es una de ellos!

En su voz se insinúa el desafío. Se hace un silencio ansioso, como si Aneki fuera a enunciar la verdad y resolver con una frase el problema.

—A mí —dice con voz insegura— el pastor me dijo que los blancos sabían utilizar mejor que nosotros la naturaleza, hacer tablas para sus casas con los árboles, hacer que crezcan los corderos para comerlos. Dice que serán más numerosos los blancos que vengan y que podrán enseñarnos.

Tella escupe, desorbita los ojos y ríe sarcástico.

—Ah, Aneki ya no quiere ser un cazador, tal vez su vista mengua. Además, no ha podido alimentar a su mujer y, afortunadamente, la ha traído aquí para que le demos de comer. Aneki hará de hombre blanco, con los corderos blancos. Que vaya, pero yo seguiré viviendo como siempre. Los blancos no saben nada. Tienen fusiles, pero no ven la liebre que corre sola por la nieve. Cortan la foresta y hacen huir a los animales, a los yámanas e incluso a los onas de potentes arcos. Toman las ballenas y las focas para meterlas en sus barcos y los yámanas ya no tienen buena grasa para pasar el invierno. Que se vayan de una vez y que Aneki se vaya con ellos, si quiere.

Aneki se estremece de cólera. Se inician movimientos hostiles, se forman grupos, dentro de un instante la discusión puede acabar en combate. Pero Cushi se ha levantado. Muy erguida, con sus ojos blancos clavados en los árboles, a lo lejos. Está plantada sobre sus viejas piernas que parecen dos troncos arraigados en el suelo, con los brazos levemente tendidos, con las palmas abiertas, como implorante. Cushi suele hablar poco, se limita a canturrear y a gorgotear, aparece, desaparece, sigue con lo suyo y no parece preocuparse por los demás. De modo que, a sus primeras palabras, ha prevalecido el silencio.

—Eres un idiota, Tella. ¿No lo comprendes? Los blancos no se marcharán nunca, vendrán cada vez más porque les gusta la tierra y el mar de aquí y encuentran con qué llenar sus barcos y sus casas de piedra. Tienen el corazón hecho para tomar y si algún día se marchan de aquí es que no habrá ya un solo pájaro en el cielo ni un pez en el mar. Los he visto y he comprendido. Cuando ya no tienen hambre, siguen cazando; cuando tienen demasiado, no dan a quienes no tienen nada. Nunca están en reposo. ¿Por qué han venido aquí si dicen que tienen tierras, plantas y animales en el lugar del que vienen? Afirman que su Dios se lo ha mandado. No sé quién puede exigir una cosa semejante, pero llevan el deseo en los ojos y eso los hace fuertes. Tienen los fusiles y sus miradas brillan cuando los utilizan. Los yámanas no podrán hacer nada, ni los alakalufes, ni siquiera los onas de poderosos arcos. Tomarán todo lo que quieran tomar. Y no habrá refugio para nosotros pues aquí es, ya, el fin de la tierra.

Se inmoviliza, con los ojos muy abiertos, levemente temblorosa, y un sordo lamento al fondo de la garganta. Solo el reflejo de las llamas parece ya animar su cuerpo petrificado. Cushi es *yekamush*, ve lo que ha sido y lo que será. Siento una

piedra en mi corazón, mis manos se enlazan alrededor de mi vientre para protegerlo de este desastre anunciado. Por un buen rato, solo se oye el ruido de la resaca, incluso los perros parecen petrificados.

—Entonces —dice Tella con voz sorda—, tomaremos sus fusiles y los arrojaremos al mar. Tenemos uno ya. Si hablamos con los demás hombres, nos agruparemos e iremos a Ouchouaya.

«Arrojarlos al mar», un torrente de hielo corre por mi pecho. ¿A los de Ouchouaya? ¿A Joachim, Beth, la buena Elisa e incluso al pastor? Intento intervenir.

—No, Tella, no todos los blancos son malos. Los hay que quieren la paz y están dispuestos a enseñar a los indios a plantar y a criar ganado, a tener una vida más fácil en la que se está caliente y se come todos los días. Algunos son malos, pero los blancos pueden hacerse mutuamente la guerra y expulsar a los malvados. Si los yámanas van al combate, provocarán la cólera y la venganza.

—Entonces, si son buenos, ¿por qué has huido de ellos?

Tella ha aullado, casi, su respuesta, escupe de nuevo y Aneki vuelve a tomar la palabra.

—Cushi ve lejos y el espíritu habla en ella. Los blancos no se marcharán. Pero también Emily tiene razón, no todos son malos. A nuestras mujeres les gustan sus tejidos rojos, nosotros nos disputamos sus duros cuchillos, nuestros hijos comen la carne de los corderos cuando tienen hambre. He visto piraguas reuniéndose en Ouchouaya, en invierno, a los hombres pidiendo trabajo al pastor. Si queremos seguir siendo lo que éramos antes de que llegaran, no hay que ir entonces hacia ellos y de ellos nada hay que esperar.

De nuevo se entrecruzan las conversaciones y nadie se pone de acuerdo. Algunas mujeres acarician con expresión pensativa las baratijas de tejido con que se emperifollan.

Tras esta velada, las cosas nunca han sido como antes. Una inquietud se ha apoderado de la comunidad. Cada familia que pasa, procedente de otro campamento, es objeto de conciliábulos, pero las voces se apagan cuando me acerco. Me siento perdida, ni de allí, ni de aquí; ni blanca, ni india.

La primavera crece, los días grisean antes y la nieve se transforma en puré cerca de la orilla. Pero en vez de la jubilosa actividad que normalmente se apodera de los yámanas en semejante período, crece una tensión malsana. Tella toma con frecuencia los hombres aparte y los veo gesticular recorriendo la playa. Aneki se encierra en el silencio.

Tengo miedo. Cushi me serenará y de una extraña manera. Cierta mañana, me lleva hacia el pequeño acantilado que flanquea la playa. El sol calienta ya, la foresta reluce de rocío, los pájaros se desperezan. Nos llegan los alegres gritos de los niños, los ladridos de los perros. Todo es sereno.

—Pronto entraré en la sombra. Mi *kespix* abandonará mi cuerpo. Es el orden de las cosas. No habrá que maldecir a Watoineiwa por ello. Pero siento, sobre todo, la gran amenaza. El mundo va a cambiar, veo el blanco de la muerte alrededor de todos nosotros, salvo de ti. A ti te ha hablado Hainola-la-orca. Aneki me lo ha contado. Lo supe desde que vi llegar tu barco, el primer día, a Ouchouaya. Lo sentí al inclinarme sobre ti cuando estabas enferma. Tienes la fuerza de los *yekamush*, debes aceptar la iniciación. Eres blanca, pero la sangre de los yámanas vive en tu vientre. Deja que te diga todo lo que me han enseñado el ibis, el zorro, el guanaco, las plantas y los seres de la tierra. Te enseñaré el modo de luchar contra Yetaite, o los espíritus de los *hanushs*, de ejercer tu poder contra el del ona y desbaratar sus hechizos. Entonces podré partir en paz, pues viviré en los hijos de tus hijos.

De pronto, esta mujer que me asustó y asqueó la primera vez que la vi, me llena de emoción. Su descarnada mano tiembla, posada en la redondez de mi vientre. Es la abuela que yo no conocí, es la mujer que ha recorrido años de tormentos, de alegrías y de incertidumbres, intentando proteger a su familia y su pueblo. Siento por ella respeto y ternura. Quién sabe si yo, la india blanca, no seré un primer signo de renacimiento y de unión entre los antiguos y los nuevos habitantes de la Patagonia. Frente a la guerra posible, aceptar su enseñanza es elegir la alianza.

Salimos a dar largos paseos para encontrar plantas y me enseña sus poderes. Cierta corteza hace bajar la fiebre, cierta raíz marinada alivia el vientre, ciertas hojas masticadas, mezcladas con grasa de foca, se aplican sobre las heridas. Canta continuamente y sus entrecortadas melopeas se me hacen familiares.

De un día a otro, me acucia cada vez más, parece sentir urgencia, me acecha en cuanto levanto la piel de la puerta y me toma nerviosamente las manos para arrastrarme.

Cierto día, me cubre con hojas muertas prohibiéndome moverme durante toda la tarde, mientras ella canta a mi lado. Otro, me pinta el rostro y el cuerpo, me enseña algunos masajes. Gran parte de los «ejercicios» se hacen para exacerbar mis percepciones.

—Pon tus manos sobre la corteza y siente la vida en el interior del viejo árbol. Como el día de Hainola, pero esta vez tú dirigirás la visión.

Esta mañana, ella se tiende y yo debo palparla.

—Tus dedos deben ver el color de mi vida. Cierra los ojos. ¿Sientes que mis rodillas son blancas pues han muerto de vejez? Posa tu boca encima y aspira su fatiga, luego escúpela.

Lo hago, no muy segura de sentir algo mientras ella masculla que no sirvo de gran cosa o empieza a imitarme, y rompemos a reír.

Paso a paso, entro en la cultura de los yámanas. No hay un dios único, creador y ordenador de todas las cosas. Son ajenos a la plegaria como nosotros la conocemos, a

la idea de pecado y de redención. No se interrogan sobre el comienzo o el fin del mundo, sobre el sentido que debe darse al universo. Watoineiwa no es un dios supremo, más bien una entidad que representa la naturaleza por completo, pero no da línea directriz del comportamiento. Este es fijado por signos de la naturaleza que permiten interpretar los elementos: has de permanecer silencioso en presencia de Lejuwa-el-ibis, que es un animal susceptible y puede enviar, para vengarse, una tormenta de nieve; el gorjeo de Lufenia-la-lechuza indica que mañana habrá carne; no debes hacer el amor antes de salir al mar pues eso contraría a Hainola-la-orca.

Me vienen a la mente las creencias escocesas que no son menos risibles. El hombre no es, para ellos, la obra suprema de Dios, destinada a reinar sobre todas las criaturas, sino un elemento más en medio de los seres vivos y los espíritus. Debe establecer con todos las mejores relaciones posibles, amansando a los fuertes, usando la astucia con los malvados, celebrando a los que son amistosos. Así se comulga con las plantas y los animales. Los *yekamush* no son sacerdotes, sino personas que tienen una sensibilidad suplementaria que les permite entrar en un contacto más profundo con todas estas entidades visibles e invisibles, dialogar con ellas. No puedo decir si «creo» en todas estas cosas. Absorbo estas nuevas nociones. Diríase que me llenan la cabeza al igual que mi vientre se tensa con una vida futura. No intento comprender, acojo. De todos modos, rezar como antes me parece irrisorio. Me siento dispuesta a todo lo que Cushie desea. Tanto me reconforta esta relación con la anciana. Ella siente por mí la ternura de una madre que acompaña los inciertos pasos de su hijo. ¡Una madre... por fin!

La primavera ha huido, la tierra se caldea y se acerca mi término. Es una noche como las demás. La calma está poblada solo por el rumor de las olas en los guijarros de la playa. Los perros se han puesto a aullar. Todo el mundo ha brincado fuera de las chozas. Justo en el reflejo de la luna, protegida por el acantilado, una goleta de pesca está anclando. Sobre la forma negra se agitan antorchas, gritos, ruidos de cadena. ¿Vienen simplemente a buscar reposo, a comerciar con pieles? ¿O conocen mi presencia? Dominados los perros, todo nuestro grupo se ha retirado en silencio hasta el lindero de la foresta para deliberar. Tella está exultante. Susurra con voz ardiente:

—Esta es la ocasión de conseguir fusiles. Esperemos a que duerman y nademos hasta el barco para atacarlos.

—Eres un ingenuo, hacen guardia y te verán venir —responde su hermano—. Aguardemos a mañana, más bien, para ver lo que quieren. Tal vez solo carguen agua y nos ofrezcan regalos.

—¡Puah! No quiero regalos de estos ladrones —se indigna Tella—, ¿somos hombres o liebres temblequeantes? Tenemos un fusil, no son muchos, la ocasión es única.

—Iré a hablar con ellos para ver lo que quieren —propone Aneki—. Luego, decidiremos. Emily, tú debes esconderte. Nos traerías desgracias si te vieran aquí. Ve a la foresta con Cushi y volved solo cuando partan. Nosotros nos quedamos, abandonar las chozas sería darles la alarma.

—Pero ¿y si nos atacan? —gime Chaka, apretando contra ella a sus dos somnolientos pequeños.

—No tienen razón alguna para estar contra nosotros —la tranquiliza Aneki—. Que Chifcunjiz, que es el mejor tirador, se agazape en el acantilado con el fusil, para defendernos si es preciso, pero no estoy preocupado. Tella, no iniciemos la guerra, conozco a los blancos, la perderíamos.

—¿Piensas entonces vivir oculto, toda tu vida, con tu mujer? ¿Oculto en tu propia tierra? —se burla Tella, imitando el tono conciliador de Aneki—. Te lo digo yo, si no entablamos la guerra, jamás seremos respetados. ¿Qué dices tú, Cushi? ¿Qué te dicen los espíritus?

Cushi, encogida, tiembla y calla.

—Bueno, ¿qué ves en este barco? ¿El mal o el bien? —se impacienta Tella.

—Mi alma está llena de niebla. No veo nada. Pero lo que deba ser, será.

Todo el mundo titubea. El alba verdea lentamente al este y brotan los primeros cantos de los pájaros. La silueta del navío sigue allí, sombría como una muda amenaza.

—Que quienes quieran partir, partan —decide Chifcunjiz—; que los demás vuelvan a las chozas antes de que llegue el día.

Me repugna alejarme, abandonar a Aneki, aunque sé que tiene razón.

Frota como de costumbre su nariz contra la mía, su frente contra la mía.

—Ve, esos blancos se marcharán dentro de unos días, como máximo. Cuando el niño esté aquí, partiremos todos hacia Tushcalapan u otra isla donde estemos tranquilos.

Huir, huir siempre, ¿tendrá razón Tella? En el fondo de mí misma, algo se desgarrar. Ya no soy blanca, ni india, sino solo una fugitiva, todavía y siempre. De pronto, me siento acorralada en ese extremo del mundo y ese inmenso océano. No veo ya porvenir, ni para mí ni para los yámanas. Para quienes no quieran pasar bajo las horcas caudinas, el territorio va a reducirse inexorablemente. La pesca, la ganadería, el talado de las forestas devorarán el espacio y los recursos. Viviremos cada vez más acosados, atemorizados, a merced de las decisiones que se tomen sin nosotros. No creo en la revuelta que Tella predica. Si estallan disturbios, los blancos se organizarán como sé que pueden. Un día, intervendrán los argentinos. Recuerdo lo que contaba Harry con respecto a las tribus del norte de la Patagonia, diezmadas, deportadas a campamentos. Llegará nuestra vez. Mi única esperanza es que el deseo de concordia y de respeto pueda prevalecer, a pesar de todo. Una loca esperanza.

Ahora penamos en los sotobosques viscosos de humedad. Cinco mujeres y una decena de niños. Cushi abre la marcha y, con el vientre preñado, me cuesta seguirla. A cada paso me digo que hubiera debido quedarme para servir de intermediaria y calmar los enfados.

Dos horas más tarde, llegamos a un altozano en el lindero de la foresta. Adosados al acantilado, nuestra vista domina desde arriba la playa. Ha atracado una ballenera pero no es visible agitación alguna, las chozas humean tranquilamente. Solo una señal sospechosa: ninguna piragua ha salido a pescar. A mi alrededor, las mujeres se atarean, cavan el suelo y cortan ramas para levantar un improvisado refugio por si debemos pasar aquí la noche. Estoy demasiado agotada para ayudarlas. Con dos niños en los brazos, me pongo al acecho. Es un día de fin de estío, gruñón, apagado y calmo. Un colchón gris llena de plomo el cielo. En la foresta, jirones de bruma se estancan y las peladas islas se pierden en un océano gris. El bote efectúa varias idas y venidas y, como hormigas, desembarcan unas quince siluetas. Creo ver relucir brillos de acero, pero tal vez solo sea mi angustia que me juega una mala pasada. Lentamente, las horas pasan. Estamos sentadas unas contra otras, mujeres, madres y hermanas impotentes. De vez en cuando brota un comentario, una suposición.

—Es Chifcunjiz, está hablando con los blancos.

—No, es Tella.

—Han desembarcado toneles, solo quieren aprovisionarse en agua.

—No, no veo nada, solo dos hombres que parecen montar guardia junto a las chalupas.

—Si te buscaran, hace rato que habría habido pelea. Hemos hecho mal huyendo, tal vez esos hombres nos habrían regalado vestidos u hojas afiladas.

El sol se infiltra, descendiendo por debajo de las nubes, los niños se impacientan por tener que permanecer tranquilos. De pronto, el mundo se trastorna. Un primer disparo desgarrar la calma, seguido muy pronto por varios más. Unas siluetas se agitan, entran y salen de las chozas y de entre los árboles. Imposible comprender lo que ocurre. En un mismo impulso, nos hemos puesto en pie de un brinco.

—¡Atacan, matan a los nuestros!

Un inmenso frío me invade hasta las extremidades, incluso el niño en mi vientre parece un peso muerto. Chaka escupe a mis pies.

—Tú traes la desgracia. ¡Te hemos salvado y mira! Por tu culpa, todo esto.

—Chaka, eres una imbécil —ruge Cushi—, los blancos no necesitan excusas para hacernos la guerra.

Siguen resonando los disparos por encima de la foresta.

—¡Voy, enseguida! Puedo hablar con ellos, me escucharán. No debería haberme marchado.

Bajo por la pendiente. Detrás de mí, oigo a Cushi y Pacha que me persiguen e

intentan hacerme entrar en razón, jadeando por la carrera.

—Vuelve, estás loca. Protege a tu hijo.

—Nuestros hombres tienen un fusil, van a defenderse. Tú no puedes hacer nada.

Sin duda no puedo hacer nada, pero me es imposible quedarme sin intervenir. Si soy, por poco que sea, causa de esta locura, entonces debo remediarla o expiar. Me basta media hora para bajar, resbalando sobre el barro y los tocones podridos, con el cuerpo azotado por las ramas. Entre los árboles, bailan ya las llamas. Los disparos se espacian.

—¡Alto el fuego!

Extrañamente, el grito que indicaba el fin de nuestros juegos guerreros, en Doherty, con Greg, ha subido a mis labios. Pero Em ya no es el buen soldadito, sino una mujer despavorida y sudorosa, con las piernas temblorosas y el corazón en ruinas. Mi grito tiene la ventaja de inmovilizar a todo el mundo. Por unos instantes, solo se oye el crepitar de las chozas incendiadas y algunos gemidos.

—¿Aneki?

Cuerpos tendidos, sangre y tierra mezcladas; lanzas y arcos en el suelo; gritos y chasquidos de ramas, testigos de una persecución por los bosques; hombres en armas, temblorosos, con los ojos relucientes, cubiertos también de sangre y de barro.

—¡Dios mío, una mujer!

—¡No se mueva, señora! ¡Hay todavía salvajes armados!

Una forma se yergue dulcemente en la playa, corro hacia ella pero chasquean simultáneamente dos detonaciones y la cabeza de Aneki estalla. Caigo de rodillas y vomito largo rato. A mi espalda, oigo los aullidos de Cushi y Pacha.

—¡Cuidado! ¡Estas hembras están rabiosas, dispara, Jim!

No tengo más recuerdo que el de las manos que me llevan, el olor a cerrado de la cabina y la sensación de una noche perpetua.

Subo lentamente la colina de Ouchouaya, sostenida por dos marinos. Como de costumbre, cuando un navío arriba, la pequeña comunidad se agrupa al pie del pontón, pero hoy no hay grito de bienvenida ni sonrisas. Dorothy, Joachim, Harry y todos los demás están inmóviles y mudos. Soy consciente de que parezco atontada, flaca y harapienta. Mi gran vientre sobresale como un desafío. Durante los dos días de nuestro viaje para llegar a la colonia, no he abierto la boca. El capitán ha venido a verme con frecuencia, intentando ofrecerme comida. Por sus palabras, he comprendido que no estaba al corriente de mis aventuras. Piensa que he sido raptada por los «salvajes», que me habrían apresado y violado.

—Es la primera vez que vengo por aquí. Me lo habían avisado... Malditos salvajes, ¡que Dios los condene! Pobre señora, todo se ha arreglado ahora. Algunos colegas me han dicho que un pastor tenía una colonia en el canal de Beagle, estará segura allí. ¿Cómo ha podido sucederle todo eso? ¿Iba usted en un barco? ¿Naufragó? Esta sucia raza le puso la mano encima en vez de socorrerla. No me extrañaría de esta pandilla de viciosos. Nos han atacado por la espalda, en cuanto hemos intentado inspeccionar sus madrigueras. Tenían un fusil. Vaya a saber a quién han degollado para procurárselo. Vamos, la estoy cansando con mi cháchara, intente comer un poco, está tan flaca que da miedo.

No hago movimiento alguno, postrada en la yacija húmeda. Ni siquiera deseo abrir los ojos para encontrar su compasiva o chocarrera mirada, y sobre todo no quiero darle explicación alguna, tan provisto de certidumbres está.

No, no quiero nada ya, ni moverme, ni hablar, ni abrir los ojos al sol o sentir el viento en mi piel. Me dejaré hundir como los ahogados que aceptan por fin dejar de debatirse y abren la boca al agua helada. Todos están muertos, tengo solo a mi alrededor la desolación de los cadáveres y una atroz soledad. Quiero reunirme con ellos en el olvido. La vida en mi vientre se me ha hecho insoportable. La madera del casco rechina contra mi oreja. La lámpara danza en su cardán. No sé ya si duermo o velo. Solo quisiera que todo se detuviese.

Por orden del pastor, me llevan hacia la casa de Samuel y Elisa. Esta, con el delantal siempre de través y los ojos enrojecidos, desnuda la muñeca de trapo que soy, sus manos rugosas se demoran en mi vientre.

—Pobre pequeña, pobrecilla. Y veo que el niño llegará pronto. ¡Ah, el pobre, pobre pequeñuelo!

Soliloquia frotándome con una toalla seca, me pone un camisón, me tiende en uno de esos colchones que recibían, en otro tiempo, a sus protegidos, me mete a la fuerza caldo entre los labios. En poco tiempo, heme aquí de nuevo en manos de una anciana, pero esta vez no tengo ya el valor de luchar por mi vida, no tengo ya felicidad que defender. El niño no tendrá porvenir. Elisa se vuelve y huronea en la estancia. Con los

ojos cerrados, la oigo trastear con las cacerolas y detenerse para suspirar. Finalmente, se sienta en el borde del jergón y apoya mi cabeza en su regazo. Su olor seguro me invade, sus marchitas manos me acarician el rostro.

—También yo quise morir un día. Solo tenía ya vergüenza y desesperación, solo noche en mi cabeza, como la siento en la tuya. Y luego Samuel me tendió la mano. No quería agarrarla, no me creía digna de ello. Pero Dios me iluminó, Él debe decidir nuestro tiempo aquí abajo. Querer decidirlo nosotros mismos es pecar por orgullo.

Hace más fuerte su abrazo, sus manos se crispan y siento dos lágrimas que se aplastan y enfrían en mi brazo.

—Dios del cielo, no he vuelto a hablar de ello desde todos estos años, pero no he olvidado nada. ¿Sabes lo más difícil? Fue aceptar el amor de Samuel, decidirme a sonreír de nuevo, a que me parecieran hermosas las flores de los campos que me ofrecían, a sentir el placer del sol del verano, el frescor del arroyo, el olor del fuego en la chimenea. Yo cultivaba mi desgracia, me envolvía en mi soledad. Ya ves, al hacerlo daba la razón a quienes me habían forzado.

La sacuden ahora los sollozos y sorbe ruidosamente. Quisiera huir de ella, su solicitud me importuna. Sé que ha sufrido, pero eso no puede compararse con el asesinato de Aneki ante mis ojos, con mi vida rota por este horror. El sol, el arroyo, el fuego, nada de todo eso contará ya nunca, incluso sería una obscenidad complacerme de nuevo con ello. Soy cuerpo y alma en abandono, a pesar de las pequeñas patadas que me agitan el vientre. Elisa prosigue su monólogo pero ya no la escucho.

No llevo ya la cuenta de los días y las noches. Apenas me levanto para las necesidades ordinarias y para tragar una sopa. Nadie viene a verme, ni siquiera el pastor, como si ya no existiese, como si hubiera pasado ya del lado de las sombras. Cuanto más rápido vaya, mejor será. La muerte me sigue: mi padre, mi madre, el ona, Cushi, Aneki... Sueño en extinguirme dando la vida a mi vez y redimir así mi falta original.

Cierta noche, llega el parto. Las sombras de las mujeres que se atarean se proyectan como formas diabólicas a la luz del fuego y de las lámparas que han acercado. Flota un olor asqueroso de lienzo hervido. El dolor llega a ráfagas, sube a lo largo de mi espalda, me quita el aliento. ¿Es eso morir? ¿Ese incendio que impide pensar? Cada desgarrón me acerca a la madre agonizante de Doherty, al hombre herido en la playa. Sus rostros pálidos y serenos se inclinan sobre mí. ¡Esperadme, ya voy!

No sé ya si pasan minutos u horas. Las viejas mascullan, suspiran y me suplican. Sus manos se apoyan sobre mi vientre sin vergüenza. A veces, un paño fresco va y viene por mi frente. Las crispaciones son cada vez más violentas, mi fin se acerca. Sé que aúllo pero no me oigo y un paquete mojado se desliza entre mis piernas. Sigue un largo y doloroso respiro.

Sigo ahí, en esta casona, en lo más hondo de la Patagonia, viva. Más aún, acabo de dar la vida. Elisa y Sarah han abandonado mi cabecera, las oigo exclamar y chismorrear como si estuvieran en el mercado.

—Más de tres kilos, ¿no?

—Seguro. Normal, es un chico.

—Vamos, tiene buen aspecto, no era evidente teniendo en cuenta de donde viene.

Se ríen y tengo la sensación de no ser más que una vaca tras haber parido, con el cuerpo magullado, manchado, pero que no vale ya atención alguna. Finalmente, Elisa se acuerda de mí y me acaricia el pelo.

—Tienes un hermoso muchacho. Será como mi nieto.

Por un instante sus ojos se llenan de lágrimas, que seca con un movimiento del paño, y empieza a palpar mis dolorosos pechos.

—Bueno, creo que lo de la leche funcionará. Espera, ahora te dejaremos limpia y te lo daré.

El bebé ya está vendado, solo deja ver un rostro enrojecido y arrugado. Dos ojos negros, como almendras, algo rasgados y extrañamente abiertos de par en par, me miran. El niño no llora, no grita, me mira. Las lágrimas me inundan al instante, por primera vez desde hace largos meses. No es ya mi derrota y mi sufrimiento lo que estoy viendo, sino al hijo de Aneki. Años de rebeldía en Grenook o en Ouchouaya, meses de vagabundeo y de libertad en las islas, tantos seres queridos perdidos se concentran en esas calmas pupilas. De pronto, sé que tendré que estar a la altura. Debo dejar de compadecerme, tragarme los lutos y las penas. La imagen de la zorra de Itulia se me impone. Tomo con la mayor delicadeza que puedo el cuerpecito y froto mi nariz y mi frente contra las suyas. Fuera, una plancha golpea al viento, el día se infiltra con dificultad bajo las nubes.

He visto por la ventana al pastor que se acerca pesadamente. Entra sin llamar y Elisa desaparece de inmediato en el desván. Sin dirigir una mirada a la cuna, se sienta con la espalda recta. Va vestido de domingo, como cuando íbamos al templo. Le encuentro envejecido. Bajo el bronceado aparecen manchas rojizas, las venas de sus manos sobresalen y se retuercen como serpientes malvas. Sus ojos están levemente inyectados. Hay en su voz fatigada lentitud.

—He rezado mucho para que el Señor la ilumine y la lleve de nuevo a Él. He reflexionado mucho también y he aquí mis decisiones. Exijo se someta a ellas. Es lo menos que puede hacer para redimir sus faltas. Estaba decidido a enviarla a Inglaterra y dejar al niño en un orfelinato.

Una oleada de angustia me sofoca pero, antes de que yo diga nada, prosigue en un tono seco:

—Silencio. Esta solución tenía el inconveniente de airear el escándalo y podía

acabar con los subsidios de los que vivimos. ¡Imagine a nuestros bienhechores sabiendo que nos revolcamos en la desvergüenza gracias a sus donaciones! Tampoco quiero soportar los gastos de su pasaje hasta allí. El Señor ha iluminado a John y he aceptado su caritativa proposición. Se casará con él este fin de semana y partirá a establecerse, con él, en Itulia. La casa es habitable. No falta trabajo. Tendrá usted prohibido abandonar el lugar sin mi expresa autorización y se someterá a él en todo. Le está prohibido intentar ponerse en contacto con miembros de la tribu de... — vacila—, del indígena que es el padre. John se encargará de expulsarlos si se presentan. Su vida de plegaria y sumisión no redimirá la enormidad de su falta, pero al menos no será un peso para nuestra comunidad. Eso es todo.

Por una vez, no me ha mirado a la cara. Se levanta, se dirige a la puerta y suelta de paso:

—En su gran bondad, John acepta que conserve usted al niño. Encuéntrele un nombre cristiano, ya puestos a ello lo bautizaremos.

Suena un portazo en el silencio, una bandada de patos pasa gritando. Heme aquí, pues, casada, no es ya tiempo de rebeldía, estoy sola con un bebé. Si rezongo, me lo arrebatarán. Me pregunto sobre John. Vuelve a mi memoria la discusión con el pastor, cuando le dije que quería casarme con Aneki. Espontáneamente, había mencionado a John. ¿Una casualidad?

Sin amor, este sacramento es una farsa. Sin embargo, esa mañana, prometo ante Dios someterme a este hombre, y la promesa me obliga. Pocas ceremonias han debido de ser más lúgubres. Hace un frío hiriente en el templo. Una luz macilenta atraviesa a duras penas los cristales. Pero solo han destinado una vela para las lecturas. Los rostros son tristes. La reprobación, el desprecio, la compasión en el mejor de los casos, se leen en esas miradas que me evitan y se clavan en el pastor. Tengo la sensación de ser transparente, incluso cuando avanzo sola hacia el altar, con un vestido verde oscuro, reformado, que me da el aspecto de una penitente más que de una novia. Unos pasos resuenan en la estancia casi vacía, acompañados por un fuerte olor a agua de Colonia, una voz casi ahogada repite a mi lado las fórmulas sagradas. He pedido que bautizaran a mi hijo como Lucas. No he confesado a nadie que el padre de Aneki se llamaba Lukka.

Mi última noche en Ouchouaya es tranquila y algodonosa, envuelta en las brumas que se arrastran hasta la playa. La humedad se condensa de inmediato en pequeñas perlas sobre mi ropa. Sigo meditando, como agotada por esta sucesión de acontecimientos a cual más improbable. En muy poco tiempo, la Patagonia me habrá dado un amor, un período de vida salvaje, un hijo y un esposo. ¡Qué ingenua era la muchacha de Grenook cuando se veía dispensando caridad, rodeada de buenos salvajes! Este nuevo país, estos nuevos pueblos han despertado en mí una nueva vida. No sé dónde va a llevarme, siento que vivo al día, como Aneki me enseñó a hacer en

plena naturaleza.

Antes de entrar, me he sorprendido murmurando en la oscuridad, he pedido a Watoineiwa que elija a Asapakaila como espíritu custodio del niño, pues simboliza el cielo y el Sur. Quisiera que le comunicaran su indomable inmensidad, la que me hace vibrar con esta felicidad postrera. ¿Lo hago por real creencia o por superstición? No importa, lo he hecho.

El *Alenn Gardiner* se empecina contra la brisa del oeste, pero la tripulación tiene ahora ese dominio que da la experiencia. Se siente cómo adivinan lo que el barco espera, demasiado trazo aquí, demasiado ceñido allá. Maniobran sin hablar, sin ni siquiera mirarse tan seguros están de que los demás efectúan los gestos complementarios. A cada lado del canal, juegan a rozar el acantilado que conocen de memoria, con sus zonas sanas y sus traidores bajos fondos. El tiempo es bueno de nuevo y el viento arrastra el olor de la foresta y del sotobosque. Al abrigo de la cabina, en mis brazos, Lukka se ha dormido pero yo sigo murmurándole una de las melodías que Cushie me enseñó. Este canto es hoy el único regalo que puedo hacer a mi hijo mestizo. Despierta en mí esas sensaciones casi sobrenaturales de connivencia con la naturaleza, esa impresión de ser la ola y de estallar contra la borda, de ser la rama y doblarme bajo la brisa. Cierro los ojos y me absorbo en la danza de puntos oscuros que bailan bajo mis párpados. La embarcación sigue su ruta hacia Itulia y acabo adormeciéndome soñando que soy la zorra.

—¡Emily!

La voz es ronca y el tono casi suplicante. Desde nuestra boda de ayer, no nos hemos hablado. El pastor exigió que yo fuera a dormir a casa de Elisa y Samuel y prohibió que me despidiera de nadie. Cuando llegué a la embarcación, mi baúl estaba ya a bordo y nadie me esperaba en el muelle. John me condujo hacia la cabina y se absorbió en cubierta. Al llegar, todo el mundo se ha apresurado a descargar los escasos muebles, las herramientas y los víveres, luego el *Alenn Gardiner* fue a fondear para aparejar de nuevo al alba. Bajo el sobradillo de la casa, hay un banco, de cara al sur, mirando al canal. Las crestas de los Siete-Hermanos prolongan su sombra hacia la foresta, la bahía está animada solo por el chapaleteo de una bandada de patos vapor. Me invade la sensación de estar de vuelta en casa.

John se sienta. Ni demasiado cerca ni demasiado lejos.

—¡Compréndame! —resopla con demasiada fuerza—. Desde el comienzo, desde que llegó usted a Ouchouaya, yo... en fin... me turba usted, Emily. Dios no ha querido que el hombre viva solo. Tomé conciencia de ello cuando usted se marchó. Creo que, antes de su partida, su mera presencia y mis quimeras bastaban para

hacerme feliz. Sepa que le he perdonado todo. Usted es hoy la señora de John Doodle, acepto a su hijo y nadie le faltará al respeto. Si usted lo desea, Emily, arraigaremos aquí. La tierra es buena para el ganado, hay madera y agua suficientes para hacer girar un molino y un aserradero. Apoyados el uno en el otro, daremos testimonio del Señor haciendo fructificar este país.

Su voz se afirma a medida que se aleja de los temas sensibles para él. Dentro de un minuto, me hablará de máquinas de vapor. Estallo justo antes.

—¡Jamás, no lo olvidaré jamás! No le he elegido, John, lo sabe. Se ha casado usted con una viuda. Le estoy agradecida por haberme tendido la mano. Me he comprometido ante Dios y no le traicionaré. No pida más. Este país es el de los yámanas, de los onas y de los alakalufes, de quienes cayeron en la playa de Uarutoaya. ¿No lo comprende? ¡No son más salvajes que nosotros!

John se agita sin atreverse a acercarse y adopta el tono del que habla con una enferma.

—Tranquílcese, Emily, el tiempo apaciguará su dolor y rezaré por usted. Entremos ahora, las noches son frescas.

La puerta rechina. La luz se apaga en una niebla rosada. Emergen las estrellas, parpadeando primero a través de la bruma, luego cada vez más brillantes a medida que ascienden por el horizonte. Justo en el eje de la bahía, la Cruz del Sur brilla por encima de las montañas. John tiene razón, una corriente de aire desciende ahora del glaciar y el frío me sube por las piernas. Por un instante imagino que voy a dormir en una choza de ramas. ¡Quimeras!

No es ya el momento de construirla y, ahora, nadie me calentará en ella. Entro procurando no hacer rechinar la puerta.

A través de la tela, unas manos se excitan y me palpan. John me ha pedido que me pusiera el camisón de casada, que Dorothy me confeccionó a toda prisa, una especie de saco que solo deja sobresalir mis pies, mis manos y mi rostro, con una hendidura a la altura del sexo. Ven en ello un signo de castidad, reservando la unión carnal para la procreación. Pero yo veo en su furia el alivio de una excesiva espera y la frustración por no poder tocarme realmente. Por lo demás, ¿soy yo real? La envoltura de tejido me aísla. Esta muñeca blanda, a quien solo se atribuye ya un carácter utilitario, es la que sufre sus asaltos. Mi verdadero cuerpo, mi piel, su olor y su sabor se han quedado en la choza de ramas, y el hombre que penetra en mí murmurando agradecimientos me es indiferente. No siento ninguna proximidad con él.

El yámana es un pueblo del tacto. Se estrechan, se abrazan, se espulgan, combaten piel contra piel, cuerpo contra cuerpo. ¿Cómo podría olvidar que es posible dormir unos contra otros, rozarse las manos al compartir la carne, frotarse de placer o revolcarse juntos de rabia, sin sentirse turbados y avergonzados? Mientras él hipa de deseo, me dirijo a la piedra tibia donde Aneki y yo, acurrucados sin pudor,

mezclábamos cháchara y caricias. Y sé que este mundo ya no existe.

Soy Cushinjizkipa, del país de Yeskumaala, cerca, muy cerca del fin de mundo.

Mi cuerpo está en la playa fría, no tengo sepultura.

Aneki, Pacha, Tella y muchos más están también allí. Cae la lluvia que pudre los cuerpos, el sol que los seca.

Las cenizas de las chozas se mezclan con las olas.

Los zorros y los cóndores me devoran y haré crecer sus retoños.

Nadie enciende fuego en la arena para que, cuando las brasas ya no rojeen, podamos ir a caldear nuestras almas y nuestros huesos muertos.

Estoy en un ala de martín pescador, en la flor de la hierba cana bajo la nieve, en el pelo rojo de una zorra que pasa.

Nadie de nuestro clan podrá evocar ya a Akainix, el arco iris, ni a Hainola-la-orca, ni a Yetaite.

El tiempo ha pasado, sin descendencia, y no he podido dar un yekamush a mi tribu.

Emily no tiene fuerza y veo muy bien otras tormentas en el cielo.

Seguiré llorando y perderá poco a poco el espíritu que yo quería transmitirle.

Pues el tiempo ha pasado y ya no regresará.

¿Qué decir de los diez o doce años que siguieron? Poco, tan poco. ¿Cuántos días y noches se necesitan para olvidar lo que os ha hecho vivir, lo que os ha importado más que cualquier cosa? Los acontecimientos pasan por mí y me he convertido en la piedra inmóvil que se cubre, poco a poco, de este líquen de un brillante amarillo. Desde el exterior, para los muy raros visitantes, pescadores o aventureros que pasan por Itulia, nada es anormal, salvo tal vez la piel café con leche, los ojos almendrados y los lisos cabellos de uno de los tres muchachuelos que juegan ante la casa. Encuentran una pareja de pioneros piadosos, empeñados en la tarea, entregados a sus ocupaciones. Al abrigo del acantilado se ha construido un pontón, luego una de esas casas de ladrillo y plancha habituales en la Patagonia. Detrás, un gran corral se llena en la época del esquila y, a un lado, el jardín ha aguantado y los frutales resisten. Por el valle serpentea un camino de traviesas de madera que lleva a un aserradero impulsado por una máquina de vapor. A uno y otro lado de la playa, las habituales chozas de los yámanas con su mezcla de abandono y vitalidad. Un observador más atento advertiría, como máximo, que la dueña de la casa pasa más tiempo de lo habitual cuidando a los indios y que, a veces, desaparece en largos paseos, mientras los niños se refugian junto a la vieja Elisa. He aquí lo que deben de percibir de Itulia, ahora que han pasado más de diez años desde el nacimiento de Lukka y que se acerca el fin del siglo.

Ouchouaya, al parecer, ha cambiado mucho pero jamás he regresado allí, de acuerdo con mi promesa. En los pocos meses que siguieron a mi partida, la familia del pastor vio aparecer un bajel de guerra argentino. Tras haber sometido definitivamente a los pueblos tehuelches, prosiguieron su avance hacia el sur, en una carrera contra sus vecinos chilenos que hacían lo mismo al otro lado de la cordillera de los Andes. La colonia protestante representaba el último objetivo de la conquista. Me dijeron que el pastor los había acogido con deferencia y había reconocido su autoridad. Pero ¿tenía otra opción? Tras muchas salvas de artillería e izados de bandera, Ouchouaya se ha convertido en una subprefectura argentina en la que reina el gobernador Félix Paz. Numerosas construcciones crecieron luego al norte de la bahía, edificios administrativos, hangares, algunos comercios y las casas de los colonos, cada vez más numerosos. La rada sirve de estadía para los barcos de pesca que trabajan en el Antártico. Tras haber agotado los recursos de las aguas patagonas, la caza de la ballena se ha desplazado. Hay que aprovisionar en agua, leña y carne salada a los navíos. Han aparecido incluso embarcaciones movidas por una máquina a vapor y para ellas se ha renovado un almacén de carbón. Se ha construido también una prisión para algunos marineros borrachos e indios camorristas.

Por lo demás, una oleada de locura cayó sobre este sur patagón cuando en la arena de las playas, a la entrada del canal de Beagle, se encontró oro. Ochocientos buscadores, al menos, invadieron la zona, dando paletadas como locos, tamizando

toneladas de arena hasta la roca para arrancar escasas pizcas de oro. A fin de cuentas, los filones no son muy ricos. A medias antiguos reos, a medias europeos que no hicieron fortuna en Buenos Aires, estos pobres diablos carecen de fe y de ley. Los disturbios no tardaron en estallar. Robos, riñas y, a veces, crímenes proliferaron, tanto entre ellos como con los onas y los yámanas que han sido expulsados de las zonas mineras. Para su desgracia, estos descubrieron el alcohol junto a los recién llegados. Su constitución, al parecer, lo resiste peor que la nuestra. Los indios de Ouchouaya se sumen en la más completa decadencia.

Paul y Sarah Smiley, igual que el bueno de Samuel, entregaron sus almas a Dios y he acogido a Elisa a nuestro lado. Simon y Fiona, la arpía, han logrado que les atribuyeran una concesión ganadera, como la que soñaban, hacia el cabo San Pablo, allí donde divisé por primera vez la Patagonia. Al pastor le han llegado otros catequistas más jóvenes. Harry ha vuelto casado de su diaconato en Inglaterra y ayuda a su padre. Beth y Mary están en un internado, en Buenos Aires, y la pequeña Jane se acerca ya a los catorce años. Solo veo a Joachim, siempre con la misma alegría, cuando el *Alenn Gardiner*, del que es ahora el patrón, viene a recoger nuestros animales y nuestras tablas. Es un hombre más bien apuesto, ahora, alto y fornido, con el rostro curtido por el mar y pequeñas arrugas que ponen de relieve sus hermosos ojos grises. Sin embargo, no parece sacar partido de ellos y le embromo con ello.

—Vamos, Joachim, acepta ya regresar a Inglaterra. Satisface a tu padre que sueña con que algún día seas pastor; ve a estudiar allí en vez de pasar días y días bajo la lluvia y noches y noches angustiándote por si tu ancla aguantará en un fondeadero perdido. Estoy segura de que alguna damisela no se mostraría insensible al aventurero sudamericano.

—Demasiado tarde, Emily, hoy soy argentino, he nacido en esta tierra y vivo en este mar. ¿Me ves con un traje al fondo de un coche de punto? Ningún lugar del mundo me dará la profunda belleza de la Patagonia. Tienes razón, es una tierra de angustia, pero incluso tras una noche insomne, cuando veo levantarse el día con su luz tan pura, el reflejo exacto de los acantilados en el agua calma, una bandada de golondrinas marinas..., me siento mil veces recompensado. Te confesaré que, a veces, brotan lágrimas de mis ojos, pero de felicidad. Siento en eso que un corazón late, más atractivo que el de las damiselas, y si el Creador debe ser alabado por su obra, debe serlo aquí. Además, en ninguna parte tendré tanta libertad. ¡No serás tú, Yekadahby, la que me reproche mi gusto por la libertad!

Solo cuando habla de los indios, que se han convertido en su tema favorito, su mirada se vela.

—Este invierno hemos sufrido el sarampión, como hace dos años. Ochenta muertos más, por lo menos. Ni un solo indio va a cazar, diríase que ya no saben. Se

limitan a mendigar pequeños trabajos y el alcohol los debilita. Emily, se desarrolla un drama ante nuestros ojos. He calculado que, en quince años, la población yámana ha perdido un tercio de sus miembros. Este pueblo está desapareciendo con sus costumbres, su lengua. Entre los onas es peor aún. Todo el norte de la Tierra de Fuego se ha entregado a los ganaderos. Cazan a los indios cuando estos hurtan algunos corderos a los que llaman «los guanacos blancos». Me han contado atrocidades. ¿Puedes creer que algunos pagan a asesinos que deben probar sus fechorías mostrando las orejas? ¡Una libra por cada par! ¡Te das cuenta! ¡Orejas humanas, de hombres, de mujeres, de niños incluso! Un tipo presumió de haber conseguido catorce en una sola jornada. Y no decimos nada. ¡Somos cómplices! Supliqué al gobernador Paz que les concediera tierras a las que pudieran retirarse pacíficamente. Dice que es imposible, pues harían falta demasiadas para que fueran verdaderos territorios de caza. De hecho, le importa un pimiento. La mano de obra fácil conviene a todo el mundo, y cuando hay follón, llena la cárcel. ¿Qué hacer, Emily, qué hacer?

Da nerviosas patadas a un banco, con su gran cuerpo sacudido por la rabia.

—¿Qué quieres hacer? ¿La guerra? Y más sufrimiento, muertes, huérfanos. Recordarás que el doctor Hyades decía que cuanto antes se adaptaran mejor sería para ellos. Ya has visto a dónde me ha llevado mi revuelta. Disfruta tu libertad y no sueñes. Acepta este país como es y encontrarás ahí tu felicidad.

Contemplamos, en silencio, la bahía. El mar desciende, descubriendo el banco de limo irisado aún de humedad en el que hurgan delicadamente los ostreros con sus largos picos rojos. Junto al islote reina una gran efervescencia de mujeres y niños. Han hecho una barrera de ramas y tendones y recolectan ahora pequeños peces. En el aire calmo, los gritos y las risas parecen muy cercanos, llenos de una feliz evidencia. Las hayas agarradas al acantilado se cubren de un rojo otoñal y llamean al sol matutino. Todo está tranquilo, aquí, pequeño puerto de paz en el océano de tormenta que Joachim describe. ¿Hasta cuándo permaneceremos al abrigo del mundo?

Ya no combato. Desde hace diez años vivo al día, disfruto cada momento como un frágil cristal. He pagado su precio. De hecho, tengo dos vidas. Como mujer de catequista, soy irreprochable, dividida entre los cuidados de la familia y los de la casa. Cedo casi cada noche mi cuerpo al señor John Doodle y le he dado dos muchachos, Elie y William. Nunca he sentido placer en este ejercicio de carne, pero no siento ya repugnancia, solo el tedio de unos torpes abrazos que mi indiferencia no ha contribuido a hacer florecer. Acude a mi cuerpo y luego se va, es el inconveniente de la relativa independencia que me concede. Desde nuestra lejana conversación en el banco, nunca ha intentado hablarme de nuevo de sus sentimientos. Me trata con indefectible cortesía y sigue regándose con agua de Colonia. Se obstina todo el día alrededor del aserradero y su sacrosanta máquina de vapor.

De la playa de Uarutoaya solo han quedado con vida las mujeres y los niños que se habían ocultado en la montaña. Luego se dispersaron y nunca he vuelto a ver a ninguno. No me he movido ya de Itulia. Miro cómo crecen mis hijos, cómo se desarrolla la granja, me veo envejecer, sin demasiado interés. Mi recurso me ha llegado de estos lugares, de esta Tierra de Fuego que es, sobre todo, paradójicamente, una tierra de agua y de viento. No sé decir por qué sigue dominándome la fascinación que sentí al llegar. Hay aquí, en los elementos, una potencia que puede asustar a algunos, pero que se comunica a otros, a quienes la aceptan y la acogen. Sola revivo, cuando las largas marchas me agotan, cuando sin aliento, con el corazón desbocado, llego a la meseta y el viento del oeste está a punto de arrojarme al suelo. Respiro a pleno pulmón ese olor a tierra y sal mezclados, tan típico de la Patagonia, y me lava por dentro. Me tiendo entonces entre las bolas de musgo, de un tierno verde, siento los guijarros que entran en mi piel y la humedad que atraviesa mi vestido. No quiero moverme ya, apenas formar un solo cuerpo con esta tierra que, no sé por qué, ejerce sobre mí semejante influencia. A veces me reprocho haber sido demasiado torpe, demasiado ignorante, no haber combatido bastante cuando estaba sola con Aneki. ¿Qué habría pasado si hubiéramos superado el primer invierno? Por mi culpa tuvo que renunciar y devolvernos a Uarutoaya. Yo, la europea que no veía en esta naturaleza más que un vasto terreno de juego, un estuche para el amor. Jamás sería una verdadera mujer yámana. Jamás tendría esa intimidad perfecta, esta aceptación, esta evidencia, este abandono al medio que da el hecho de haber nacido en una choza, de tener solo ante los ojos este endiablado océano y esta foresta sin fin. Sé que, a pesar de todo, necesito recuperar los tranquilizadores muros de piedra, encender una lámpara, leer un libro, todas esas cosas que me enseñaron mis semejantes. Soy Emily, campesina escocesa, hija adoptiva de pastor. Sigo zambulléndome en la Patagonia, como en los ojos de un amante, sin jamás conseguir sondear lo que se oculta tras sus pupilas. De vez en cuando, recupero los deslumbramientos del «día de la orca». Soy inexplicable, brutalmente poseída por una connivencia perfecta con las plantas o los animales, hasta el punto de ponerme en su lugar. Eso me serena de nuevo, me incita a pensar que, poco a poco, podré evolucionar aún hacia un conocimiento secreto, aun sin la ayuda de Cushi. Pero por mucho que cultive estas intuiciones con largas meditaciones, siguen siendo relámpagos sin futuro.

Merodeo a menudo alrededor de las chozas, dividida entre la nostalgia y la esperanza. Me maravilla siempre su aptitud para prever el tiempo, para imitar el grito del pato vapor o para reír por cualquier cosa. Los hombres y las mujeres van cada vez más vestidos. Desdeñan la corteza en la construcción de canoas, prefieren construirlas más sólidas, con troncos, ahora que tienen herramientas para ello. Cada vez parten menos para vagabundear entre las islas y permanecen aglutinados aquí durante el invierno, a la espera de un pequeño trabajo en el aserradero. Algunos se ejercen en el

cultivo. Debiera alegrarme de ello, viéndoles salir de la edad de los primitivos. Pero veo, también, menos fiestas, menos cacerías colectivas, cada vez más disensiones por una posesión material, menos hospitalidad, y cada vez se comparte menos. Yo había soñado en una sociedad mezclada, pero advierto que es imposible. Una cultura sustituye a la otra, lenta, inexorablemente.

La salud de los indios me preocupa también. Como en Ouchouaya, cada invierno trae su porción de epidemias, sarampión, viruela, tos ferina, todo les afecta. En cuanto oigo una tos, sé que pronto veré cráneos afeitados en señal de luto y las tres columnas de humo brotando de la choza del difunto. Con frecuencia, al amanecer, me despiertan los largos lamentos y recriminaciones contra Watoineiwa cuando se descubren los cadáveres. Muchos yámanas me toman por una *yekamush*. Mi aprendizaje se interrumpió brutalmente, pero consideran que he sucedido a Cushi. Me he convertido en una especie de madre y de recurso.

—Yekadahby, ven a cantar para mi pequeño, aparta al espíritu maligno.

Me agoto en largas letanías, buscando cierta correspondencia, en el fondo de mí misma, con ese cuerpo sufriente. Mis cantos reconfortan más a los parientes que curan al enfermo.

Poco a poco, veo extinguirse a las familias y, cuando las tribus de las islas vienen de visita, tengo ganas de expulsarlos para que no extiendan el mal en otra parte, por otras tierras.

Lukka es un niño silencioso. Está sano pero parece carecer del resorte de la vida que anima a sus hermanos en ruidosos juegos. Nunca ha conocido sus orígenes y sin embargo, a veces, sus ojos negros se clavan en mí como un reproche. Tiene la habilidad y la paciencia de su raza. A menudo encuentro su oscura cabellera emergiendo de las hierbas secas, con su larga vara provista de un nudo corredizo en la mano, silbando como un somorgujo o una pequeña garza, hasta que el pájaro pone su cabeza o su pata en la trampa. Suelta entonces una risa silenciosa en la que, por un instante, me parece encontrar la malicia de Aneki.

Tengo con él connivencias que no tengo con mis otros hijos. Tenemos en común esa atención a las más pequeñas cosas. Cuando paseamos juntos, señala silenciosamente con su dedo, como hacía su padre, el imperceptible estremecimiento del agua provocado por algún pez, el rastro de una liebre, mientras que los demás solo piensan en gritar y tirar guijarros. A John le parece lento y demasiado soñador, pero no se atreve a decirlo, sin duda para no reavivar viejas heridas. Una invisible fractura atraviesa la familia, dos mundos se rozan y se codean con las prudentes maneras de un constructor de pirámide de naipes milimetrando sus gestos. Por un lado están un padre y sus dos hijos, conquistadores y seguros de sí mismos, por el otro una madre y su hijo, como una viuda y un huérfano, apoyándose secretamente el

uno en el otro.

A menudo siento deseos de hablarle a Lukka de su verdadero padre. Compartir mis recuerdos, esas mil anécdotas, me ayudaría a mantener viva su imagen. Quisiera que se sintiese orgulloso de sus orígenes. Sueño en que no sea un bastardo de indio, como dicen abiertamente en Ouchouaya, sino un nexo, la esperanza viva de una Patagonia ideal. Eso supondría, sin duda, hacerle llevar un pesado fardo. Me limito a aprovechar todas las ocasiones para llevarlo hacia los indios, enseñarle su lengua, ayudado por su «tío Joachim», cuyo diccionario contiene ahora más de veinte mil palabras. Lo acepta con entusiasmo. A veces estamos ambos en una piragua, en la buena estación, él a proa, adolescente de torso desnudo, con la lanza apuntando hacia el menor remolino de las aguas; yo, atrás, remando como una india, diciéndonos escasas palabras en yámana. Pienso de nuevo en la frase del viejo capitán:

—Salvaje un día, salvaje siempre.

Sin saber por qué, los años de cifras redondas debieran estar asociados a acontecimientos excepcionales, un tipo de superstición, claro está. Desde este punto de vista, el año 1900 tendría que ser un hito singular. Es el decimosexto año de mi reclusión en Itulia. Advierto que, ahora, he vivido más tiempo aquí, en la Patagonia, que en Escocia. Hasta hoy, yo veía correr el tiempo en la edad de los niños. Esta cifra redonda me hace tomar de nuevo contacto con una forma de realidad, me sugiere un nuevo comienzo. ¿O es una vieja premonición debida a mi aprendizaje *yekamush* que me asalta y me despierta por la noche, segura de que algo va a acontecer pronto?

Celebramos con desacostumbrada alegría y una pizca de solemnidad esa entrada en el siglo xx. Los indios a quienes hemos invitado a las oraciones para que esta época sea la de la concordia y la prosperidad no comprenden nada de ello. Les divierte mucho que pueda medirse el tiempo. Para ellos no tiene origen ni fin. Como antaño, les hago cantar *Amazing Grace*, distribuyo luego pasteles y ropas advirtiéndoles que, ahora, no las desgarran ya para ceñirse con ellas la cabeza. Las mujeres más jóvenes se entregan a pruebas dignas de talleres de costura, buscando las telas más coloreadas y peleándose ruidosamente. Les cedo parte de mi guardarropía personal. Nunca ha sido muy rico, pero cada vez me complazco menos en mí misma y en los cuidados de la coquetería. Por lo que a mí se refiere, tendría solo dos vestidos, alternándolos por semanas.

Con casi treinta y cinco años, sigo estando tan flaca, aunque de una delgadez más seca, como curtida por el frío y el sol. Mi única elegancia es la cabellera de mi juventud, y la cuido maniacamente. Mis secretos son las cien pasadas matinales de cepillo y otras tantas por la noche; el emplasto de huevo batido con una pizca de aguardiente, el licor que nos llega del norte, cada semana. Ese inútil cuidado solo

beneficia a John. Hunde en mi pelo el rostro después del amor. Pero ¿debería llamar así nuestros retozos? Suelta entonces discretos hipos que parecen sollozos y siento compasión de él. Yo, durante años, he seguido pensando en Aneki por la noche, hasta despertar con el cuerpo en trance. Cada vez me sucede menos, ahora, y lo cargo en la cuenta de la edad o de la resignación.

Tras los años de rebelión interior, me apaciguo poco a poco. Recorro menos la montaña y los fuertes vientos, prefiriendo los cortos paseos abrigados por la foresta. Me gustan estos viejos troncos descarnados, doblados, retorcidos por los vientos de los que, a veces, solo subsiste un copete de ramas en la copa que guarda, desesperadamente, algo de vida en el viejo árbol. Me reconozco en ellos, no del todo muertos y no del todo vivos. Apoyo mi mejilla en la corteza gris y rasposa e intento, como antaño, sentir la savia que corre todavía y contar las antiguas leyendas sacadas de la tierra. Las que hablan de un hábil cazador que murió por el hermoso cabello de una mujer blanca. Tras haber degustado todos estos años el salvajismo de estos paisajes, descubro en ellos la fragilidad y una suerte de ternura. Me maravilla como a una niña ver los polluelos en su nido y me enojo cuando los yámanas los capturan para dejarlos piar y atraer a los padres. Permanezco horas y horas contemplando la alfombra de minúsculas flores multicolores que se han abierto en la meseta, en el seno del musgo, y forman un sorprendente jardín en miniatura. En invierno aprecio más los sombríos momentos de calma, cuando apenas se oye cantar el riachuelo bajo la nieve, que los aullidos de la tempestad que antaño me llenaban de excitación. Me satisfago cultivando el huerto y cuido maniacamente mis cosechas.

Elie y William, que tienen nueve y doce años respectivamente, han recibido de su padre una piel pálida, pero son más fornidos, robustos, como arraigados naturalmente en el suelo para luchar contra ese viento que doblega los árboles. Pasan su tiempo en el aserradero que funciona a todo tren y no es raro que los encuentre alrededor de la máquina de vapor, con el sudor dibujando regueros claros en su rostro cubierto de virutas. Tienen el carácter simple y feliz de los hijos de pioneros, aptos ya para todo como lo era cierta niña en los altozanos de Doherty.

Lukka, que se acerca a los dieciséis años, me da más preocupaciones. Es un muchacho de gran belleza. Ha heredado el pelo negro y liso, los pómulos prominentes y los ojos negros, rasgados, de su padre. Con el transcurso de los años, la diferencia con sus hermanastros se ha acentuado tanto que, frecuentemente, sorprende la mirada turbada de los huéspedes de paso, cuando presento a los tres juntos. Por debilidad, o por no privarle de lo que habría podido ser su cultura, le he dejado frecuentar tanto como ha querido las chozas indias y construirse, incluso, una pequeña canoa.

Poco a poco, el niño tímido se ha convertido en adolescente tozudo y rebelde, pareciéndose en eso tanto a su padre como a su madre. Desde sus doce años se puso a

refunfuñar ante los trabajos de la granja que, sin embargo, domina perfectamente y tomó mi relevo en los vagabundeos. Por vez primera, el año pasado, no regresó por la noche. Velé hasta el alba en la ventana. Había aumentado la llama de la lámpara para que viera una señal si se había perdido pero, en el fondo de mí misma, sabía que no era así. En esa noche sin luna, los cristales devolvían la luz como un doble fantasmagórico, como si alguien sujetara la misma lámpara, allí, muy cerca, en la oscuridad exterior, alguien imposible de alcanzar. Durante horas hablé a ese reflejo, a ese hijo al que sentía lejos ya de mí. A veces, estaba segura de su muerte, ahogado en las inmensas algas que te aprisionan las piernas, agonizando en un barranco, presa de los espíritus *hanushs* y *cushpijs*. Como Beth antaño, habría querido poder acurrucarme contra un cuerpo tibio y apaciguador, olvidándolo todo. Otras, sentía cólera y frustración, acusando a Lukka de ser indigno de la confianza que había depositado en él dejándole en relativa libertad. Finalmente, recordaba mis impulsos de la infancia, cuando trepar a los árboles y disparar el arco me importaba más que permanecer en casa y le perdonaba.

Cuando regresó, dejé que John le castigara. Porque no se sentía su padre, jamás había blandido contra él la fusta, algo de lo que no se priva con los pequeños. Su educación era cosa mía pero ahí, yo había fallado. Lukka no protestó y le miró sin parpadear ni emitir un lamento, como si se tratara de una prueba iniciática. Yo estaba más trastornada que él.

Dos días más tarde, se fugó de nuevo y decidí hablar con él a solas.

—Bueno, ¿adónde vas así?

—Paseo, cazo, pesco.

Adopta el aire terco que tenía su padre al negarse a ir a cortar la leña del pastor.

—Pero si no vale la pena, aquí hay de todo para comer y te necesitamos.

—Mamá, este trabajo me aburre. Siempre es lo mismo. Cuando me voy, por el contrario, es la verdadera aventura, nunca sé lo que me aguarda. La semana pasada, divisé una hembra de guanaco que amamantaba a su pequeño. Es raro, ¿sabes? Acostumbran a ser esquivos. Oh, mamá, eran tan hermosos, tan tranquilos. A veces me voy con Kuanip y su familia, y les ayudo a coger pájaros en el acantilado. Por eso no regresé la otra noche. Hay que ir con antorchas. Se cubre la luz con cortezas y se descubre de pronto. Si lo vieras, se aterrorizan todos y caen al mar. Basta con zambullirse para recogerlos. ¿Sabes?, los yámanas son fantásticos. Saben muchas cosas de la naturaleza que nosotros ignoramos. Con frecuencia se les trata de idiotas pero es injusto.

Escucho con una mezcla de melancolía y envidia. Recuerdo la felicidad de la zorra y los zorreznos que me había conmovido tanto, en mi placer al descubrir la habilidad de los indios, en mi sed de recorrer a mi guisa este país. Conozco en exceso

esta suerte de carácter para saber que no lo domas con castigos. Sin que yo le diga nada, Lukka se siente atraído por la vida de sus antepasados. Impedírselo sería renegar de Aneki. Cedo pues a sus escapadas, negociando su presencia en el parto de las ovejas y el marcado de los animales jóvenes, en el esquila y la carga del *Alenn Gardiner*. De hecho, no hubiera debido poner esta última tarea en la balanza, pues está entusiasmado por aquel a quien llama «mi tío Joachim» y que le corresponde del todo. Apenas unas semanas después de este pequeño regateo, Lukka vino a verme con una jeta de conspirador.

—Mamá, quisiera autorización para partir varias semanas con Joko.

Joko es un viejo *yekamush* que está con frecuencia en Itulia. Esmirriado, desdentado y afligido por una perpetua peladera, es muy respetado y le considero sabio.

—¿Y qué quieres hacer con él todo ese tiempo?

Se retuerce y, también aquí, creo sentir mi antigua turbación cuando había sentido la necesidad de confesar mis proyectos de boda al pastor.

—Me ha dicho que podía ir al Ciexos, la ceremonia de iniciación para hacerte adulto. Todos los jóvenes de mi edad van. ¡Sería formidable, mamá! Luego podría participar con ellos en todo. Es la vida que quiero, pero para eso debo ser de los suyos.

Por primera vez debo oponerme, impedirle ir demasiado lejos. Yo sé muy bien, por haberlo intentado, que no te conviertes en indio. Como mucho es posible acercarte a técnicas, conocimientos, pero el espíritu de un pueblo no se aprende.

—Lukka, tú no eres yámana. El Ciexos es cosa suya, no tuya. Ve a cazar o a pescar con ellos, ten amigos, si lo deseas, pero te equivocarás yendo más lejos. No te dejaré actuar así. Sabes cómo te quiero y cómo conozco las tribus. Confía en mí, todo esto es solo un sueño.

Hablamos largo rato y acabé ganando al poner en la balanza todo mi peso de madre. En ciertos momentos, como cuando contó que todos los extraños a la aldea le tomaban por un indio, tanto se parecía a ellos, he tenido la desagradable sensación de que sabía más de lo que quería decir. Ninguno de nosotros dos, sin embargo, ha dado el paso de hablar del pasado.

Esta mañana, escardo las coles absorbiéndome en el ruido craso y el olor de la tierra pacientemente removida. Acaba de llover y un vientecillo acerbo seca mi piel a medida que voy sudando. Las nubes tienden como un pelaje de leopardo sobre la tierra y la bahía, jugando con el sol. Una muy fresca primavera ha llegado. Me gustan esos momentos en los que el espíritu se ausenta, dejando que el cuerpo se entregue a sus rituales. Repaso en mi cabeza la última conversación con Lukka, la mañana está muy avanzada. Un clamor interrumpe el curso de mis pensamientos, en la playa reina

gran agitación. Veo que se arrojan las piraguas al agua con precipitación y unos gritos de alegría que no he oído desde hace mucho tiempo, del lado de las tiendas.

—¡Wapisa! ¡Mi padre-Wapisa-la-ballena! ¡Allí! ¡A la entrada de la bahía!

¡Una ballena! Se ha hecho tan raro que se aventuren por el canal. Me han hablado tanto de esas memorables cacerías. Corro hacia la ribera.

—Ven pronto, Yekadahby, los hombres han visto una ballena. Hainola-la-orca nos la regala. Buena grasa para lunas y lunas.

Salto al bote. A media hora de allí, el animal se ha refugiado en aguas poco profundas, visiblemente herido, nadando con lentitud entre olas rojizas. Las pequeñas embarcaciones se despliegan en arco a su alrededor para cortar cualquier retirada. Vuelan las azagayas y, a cada impacto, la bestia sufre un estremecimiento que huele a agonía. Dos hombres saltan sobre su lomo cortando directamente pedazos de grasa, se libra de ellos pero, apenas caídos al agua, vuelven al ataque, como abejones en una carroña. Los cazadores aúllan de excitación. De pronto, soy presa de uno de mis antiguos trances, soy yo misma la herida, cuya carne se desgarran y que agoniza. Aúllo con ellos, pero de dolor. Un velo blanco oscurece mi visión. Cuando vuelvo en mí, dos niñas me velan en la arena.

—¿Estás enferma Yekadahby? No es el momento, ¡Wapisa es nuestra!

Los cuerpecitos están manchados de sangre y sus ojos están desorbitados. Una se retuerce, imitando a la vencida ballena. Sueltan esa risa ácida y triunfante de los vencedores. Al borde del agua, el animal que está siendo despedazado ya se agita en los postreros respingos. Unas treinta personas se apretujan con las manos en la grasa y la boca chorreante. Siento de nuevo, por un instante, el horror de mis primeros días ante unos seres salvajes.

Rápidamente, las mujeres construyen chozas, pues la aldea va a instalarse aquí hasta que nada quede de la bestia, ni carne, ni huesos. Todo es un regalo de mi padre-Wapisa-la-ballena y de Hainola-la-orca que la ha herido. Dejar una sola migaja sin utilizar sería hacerle una afrenta. Los hombres alimentan un gran fuego de leña verde y cuatro señales de espeso humo avisarán a todas las tribus de los alrededores. Semejante ganga debe ser colectiva. Me acerco y, de pronto, el enorme ojo me mira, lleno de angustia y reproche.

—¿Por qué me miras? Nada tengo que ver. No he sido yo quien te ha herido.

Dicen que los árboles se sobrecargan de frutos, justo antes de morir. La agonía de este animal me parece una parábola, un último regalo de la naturaleza a este pueblo exangüe. En medio de los gritos de excitación y de los cantos de victoria, tengo ganas de llorar.

Bajo la lluvia, apenas apunta el alba cuando los niños sobreexcitados me suplican que los lleve a ver la ballena. Lukka no ha esperado mi permiso. Ahora hay más de cien

personas atareándose alrededor del animal muerto. No han debido de dormir pues estridentes modulaciones han recorrido la noche, infiltrándose en plena casa. Parecen agotados y sus gestos son lentos. Los hombres cortan metódicamente pedazos de grasa y las mujeres trenzan a toda prisa cestos para meterlos. Serán enterrados como reservas de grasa en pleno invierno. Pero una buena parte es devorada ya, en permanentes ágapes. Es para preguntarse cómo meten tanta comida en sus flacos cuerpos. De vez en cuando, uno de ellos va a vomitar, regresa luego con la sonrisa en los labios para emprenderla con un nuevo pedazo. Veo en ello todo el goce de pueblos a menudo hambrientos tomando su revancha. Lukka ha puesto de inmediato manos a la obra, manejando el cuchillo como un hombre. No tarda en cubrirse de mucosidad, barro y sangre cuajada. Los dos pequeños permanecen apartados, fascinados y vagamente inquietos, negándose a probar la carne cruda. Por la noche, evidentemente, Lukka se queda a dormir con la tribu. Por la ventana, contemplo largo rato el fulgor de las hogueras que se refleja en las nubes bajas como regueros sanguinolentos y difusamente amenazadores.

El despedazamiento ha proseguido toda la semana. El cadáver de la ballena hiede y el olor que da náuseas flota hasta la casa. Pero eso no molesta en absoluto a los indios, que son cada vez más numerosos, más de ciento cincuenta ahora. Me paso todo el día comprobando el cambio de mi hijo. Salvo por su superior estatura, poca cosa le distingue ahora de los demás.

Hoy es uno de esos gloriosos días que la Patagonia sabe ofrecer. La primavera es tibia ya. El canal es de un azul-gris profundo, agitado por las olas salvo en la rada donde, al abrigo, las aguas son calmas, negras y lisas, turbadas solo por los centenares de gaviotas y golondrinas de mar que se zambullen en busca de algunas migajas del festín. Hacia mediodía, resuena un grito de cólera.

—¡Los onas!

En la línea del acantilado, ha aparecido una hilera de hombres. Las siluetas, más altas y macizas que las de los yámanas, no engañan. Se detienen como para evaluar la situación. De pronto se hace entre nosotros el silencio. La luz parece repentinamente cortante como una navaja de afeitar. El mundo se ha petrificado en este cara a cara mudo y tenso ya. Van casi desnudos, pues han dejado las largas capas de piel de guanaco que, a veces, les hacen parecer animales. En la distancia, el sol recorta a contraluz su poderosa musculatura. Las pinturas blancas con las que se han untado relucen. Ese lenguaje del cuerpo se basta a sí mismo. El blanco es la guerra, la muerte. El pasmo se ha apoderado de los yámanas, petrificándolos como estatuas. Entregados a sus ágapes, habían olvidado este peligro secular. Los onas tienen hambre también. Tienen mujeres y niños que van a penar para pasar el invierno. Los guanacos se hacen escasos, ahora que los bosques desaparecen por las talas y que son

expulsados de sus tierras. Vienen a tomar su parte del regalo de la orca y han decidido no perder tiempo en discusiones. El llanto de un bebé resuena extrañamente en el silencio, como la llamada de las generaciones por venir, y los yámanas se sobreponen. No se trata solo del simple rapto de una mujer sino de defender el alimento de toda la tribu, la supervivencia del grupo. Estallan los gritos, los hombres corren hacia los arcos y las lanzas, las mujeres arrastran a los pequeños hacia la espesura. Unas manos tiran de mí y me obligan a agacharme bajo un matorral.

Durante los primeros momentos, ambos grupos se limitan a mantenerse frente a frente, agitando sus armas, sacando la lengua y estirándose los ojos como niños que se desafían. Se apostrofan para burlarse o darse valor. Las pieles se estremecen, algo de baba corre por las barbillas, todos dan brincos como impacientes por llegar a las manos. Uno avanza, vindicativo, luego vuelve la espalda de pronto, mascullando, y se instala una suerte de respiro. Diríanse gatos que permanecen horas cara a cara, con el pelaje hinchado de cólera, para largarse por fin. Los yámanas no son guerreros. Entre ellos, a menudo, todo queda en ese estadio y, luego, siguen largas discusiones. Pero en los ojos de los onas leo el placer de la caza y del combate por venir. No transigirán. Recuerdo el ataque que sufrimos con Aneki. Estaban igualmente decididos a no dejarnos posibilidad alguna. Solo el fusil nos salvó. Hoy no tengo armas. Vuela un bastón que alcanza a un ona en un hombro. Entonces los cuerpos se precipitan unos contra otros, chocan con un ruido mate, ruedan por el suelo. Los gritos se convierten en gruñidos, jadeos en lo más hondo de la garganta que huelen a rabia y furor. Silban las flechas y las lanzas. Estoy aterrorizada, veo de nuevo las chozas que arden y los cadáveres abandonados de Uarutoaya, la violencia de aquellas muertes brutales.

Distingo a Lukka en un grupo de tres que la ha emprendido contra uno de los asaltantes, va armado con un bastón y golpea con rabia, pero el otro le hace caer y blande una especie de hoja. Mi sangre se hiela. Suenan entonces unos disparos. John y dos de sus ayudantes aparecen a caballo, disparando en todas direcciones.

—¡Emily! ¿Está usted...?

No ha terminado su frase cuando una flecha le alcanza en el pecho. El caballo, aterrorizado, cocea y le desarzona. El centro de la batalla se vuelve hacia esos recién llegados. Capto inconscientemente los disparos que se multiplican, pero solo veo a Lukka, tendido, cubierto de sangre. El ona la emprende ahora con sus dos compañeros. En medio del jaleo de la batalla, tengo la impresión de oír solo el siseo de un líquido que corre, de una herida que se vacía y de una vida que se pierde. La tierra bebe la sangre de mi hijo como hizo con la de la ballena, con la del hombre que maté quince años antes, como la de Aneki y la de Cushí. Me arrastro, aprovechando la confusión, tomo a Lukka por debajo de las axilas, con una fuerza que no sospechaba, tiro de él hacia el refugio de los árboles. Tiene una profunda herida a la

altura del omoplato derecho, pero respira. Desgarro mi vestido para venderle apresuradamente. Sí, lo confieso, en momento alguno se me ha ocurrido socorrer a John.

Entretanto, la batalla ha cambiado en favor de los yámanas, que tienen la fuerza del número. Los onas han sobrestimado su poder o subestimado la rabia de los otros, defendiendo la primera presa de una ballena desde hacía muchos años. Veo unos veinte que huyen. Los vencedores aúllan su alegría sin preocuparse por los muertos y los heridos. Allí, en medio de los cuerpos que cubren el suelo, yace John. Visiblemente el primer golpe ha sido fatal, luego ha sido pisoteado sin vergüenza. Su rostro contusionado muestra aún la expresión de la sorpresa. La muerte ha dulcificado su rostro anguloso, le ha devuelto una expresión infantil. De pronto siento ternura por este hombre que ha perseguido sus sueños sin jamás alcanzarlos. Sueño de conversión y de reinado de Dios entre los indios, sueño de una vida acomodada a la cabeza de una explotación próspera, sueño del amor de una mujer.

El discreto ruido de las cucharitas contra la porcelana contrasta con el estruendo de la tormenta que se desencadena en los cristales. El gobernador Paz se muestra apuesto, ceñido aún en el uniforme con el que ha asistido al oficio celebrado por la muerte de John.

—Usted decide, señora. Yo debiera incitarla a permanecer entre nosotros. Ha tenido usted una suerte loca y su hijo también. Ahora está viuda y no me tranquiliza saberla aislada, a más de una jornada de barco. La sangre llama a la sangre. Los onas intentarán vengarse. Si vende usted sus rebaños, la ayudaremos a establecerse aquí. Pero conoce a los indios mejor que yo y dejo que juzgue. Sé su apego por su propiedad. Si me lo pide, pondré algunos hombres a su disposición a la espera de que la situación se calme. Por lo demás, voy a iniciar la caza de los asesinos de su marido y haré la más severa justicia. Hay que enviar una señal a las tribus. Ahora deben cumplir la ley. La ley de su país, Argentina.

Desde mi llegada a Ouchouaya, él y su mujer Eugenia me han llenado de atenciones. Me alojo en la «gobernación», una especie de casa burguesa que destaca de los edificios que el viento y la lluvia han destartelado ya. Ver de nuevo ese lugar, tras todos estos años, me resulta extraño y, para decirlo todo, no muy agradable. El pastor es un anciano enfermo y Dorothy tiene el aspecto de un ratón acartonado, pero son venerados por todos como pioneros y eso los llena de suficiencia. Se las han arreglado para no tener que acogerme cuando llegamos con los niños. El reverendo casi no se ha dirigido a mí, ni me ha pedido noticias de Lukka que, lentamente, se recupera de su cuchillada. Solo Elie y William han recibido sus favores, los colma de regalos y les ha propuesto, incluso, quedarse a vivir con él, pretextando que tendrían una mejor educación y relaciones más adecuadas a la grandeza de su padre mártir.

Algo que a los niños de su edad les importa un pimiento.

En la misión, la versión es que soy responsable, con mi «bastardo», de la muerte de John, obligado a intervenir en una pelea india en la que su mujer y el hijo que había tenido la generosidad de adoptar se habían metido.

El gobernador es más perspicaz, o tal vez le sea políticamente ventajoso dar una lección al pastor. No ha mordido el anzuelo de esta historia. Caritativamente, han debido de ponerle al corriente de mis antecedentes, pero es un hombre pragmático. Está ahí para desarrollar una Patagonia argentina, que proporcionará animales, lana y madera a Buenos Aires. La granja de Itulia, puesto avanzado en el oeste de la civilización, no le disgusta precisamente. La muerte no asusta a este antiguo soldado que venera el valor. Le han contado que yo había combatido físicamente para recuperar a Lukka, herido, y luego para sacar el cuerpo de John de la refriega. Me ha recibido pues con la consideración de un general por sus valerosas tropas.

«¡Bravo, Em, serás un buen soldado!», el lejano recuerdo de la voz de Greg me viene a la memoria y, con ella, la inocente ceguera de la niña. La guerra no es ese cuadro glorioso de las gacetas de mi infancia. Es el medio que te intoxica, el barro, la sangre.

—Sepa también, señora —prosigue el gobernador—, que seré muy feliz recibiendo su petición de ciudadanía argentina. Hace casi veinte años que vive usted aquí. Su afecto por este país nos honra. Unas pocas formalidades permitirán regularizar sus posesiones de Itulia.

Las ráfagas mugen, como siempre, con ese salvajismo seguido de un inexplicable respiro. La lluvia cae en un redoblar de tambor sobre las planchas. Me absorbo en su ruido, dejando en suspenso la conversación. ¿Hacerme argentina, permanecer aquí, volver a Itulia, marcharme a otra parte? De pronto me sumerge la nostalgia. Quiero regresar. Ver de nuevo Escocia. ¿Encontraré Doherty con el techo derrumbado y los muros invadidos por los abrojos? ¿Habrá todavía alguien para recordar a la huérfana o me habrán olvidado definitivamente? ¿Tengo esperanzas de reencontrar a Greg tras estos veinte años? ¿Podrán jugar mis hijos con unos primos en zuecos y hacerlos soñar en pueblos salvajes, desnudos bajo la nieve? ¿Será considerado Lukka un extraño? ¿Cuál es mi país? ¿El de mis orígenes o esta Argentina donde he construido una vida caótica? La súbita libertad que me procura la muerte de John me produce vértigo.

De nuevo un día de viento. Las olas muestran los colmillos y rompen en arco iris a lo largo de la ribera. El *Alenn Gardiner* es un valeroso caballito que muerde las salpicaduras, sin inmutarse bajo su desconchada pintura. Tan abierto y luminoso, casi pacificado, es el bajo paisaje hacia el este, cuanto al oeste es sombrío, cargado de nubes agarradas a altas montañas.

Muy pronto, las casas de Ouchouaya parecen juguetes abandonados. Están acurrucadas en las colinas, sus tejados verdes y azules destacan contra el dorado de la hierba y el verde oscuro de la floresta que las domina, apretadas unas contra otras para mejor defenderse. Recupero mi primera impresión de muchacha al descubrir esta Patagonia. Somos tan pequeños y este país es tan grande. El viento azota mi moño deshecho y las partículas de sal se incrustan en mi piel. Me siento regenerada. Apoyada en la batayola, rumio las preguntas que he dejado sin respuesta. Me gustaría que uno de esos deslumbramientos que a veces tenía y que me hacían identificarme con la naturaleza haga de nuevo presa en mí y me imponga la evidencia de un destino. De momento, he decidido regresar a Itulia donde el parto de las ovejas va a comenzar, y he contratado a un alto tiparraco escocés y pelirrojo, como cada vez los hay más por aquí, para que me ayude. De momento discute a popa con Joachim, dejándome, sin duda por respeto a mi viudez, a solas con mis pensamientos. Lukka, que ha recuperado su vigor, se ha apasionado primero por las maniobras de salida de la rada. Ahora está acurrucado a mi lado, mudo. Se parece tanto a su padre, la piel apenas más clara y los ojos algo menos rasgados.

—Lukka, ¿te gustaría que fuéramos a Escocia, a conocer la tierra de tus abuelos? Es también un hermoso país.

No responde, como absorbido por las costas y los árboles desgredados por el viento. Procuro tener un tono ligero.

—He pensado que tú y tus hermanos podríais recibir allí una educación mejor que la que me empeño en daros. Hay allí muchas cosas que descubrir, grandes ciudades llenas de luces, numerosas personas a las que podrías conocer, muchachos de tu edad.

—Mamá —habla con una voz aguda que no le conocía—, ¿acaso no tengo abuelos aquí también?

Sus ojos negros se clavan en los míos.

—He oído algunas cosas en Ouchouaya —prosigue—, yo no me parezco a Elie o a William sino mucho más a un yámana. Lo advertí hace ya tiempo. ¿No es verdad, mamá? Dime, ¿era John mi padre? ¿Eres tú mi madre? ¿Quiénes son mis parientes? También he oído la palabra «bastardo» y sé lo que quiere decir este insulto.

Su voz está asustada, es suplicante, vagamente colérica. Tomo valor del rayo de sol que forma una mancha dorada y móvil entre las nubes.

—Eres hijo de un hombre y una mujer que se amaban. Nuestra unión no estaba bendecida por la Iglesia, aunque eso habría acabado por hacerse, pues Dios es misericordioso para con el verdadero amor.

—Mi padre era indio, ¿no es cierto? ¿Dónde está ahora? ¿Por qué no me has hablado nunca de él?

—Murió, poco tiempo antes de que tú vinieras al mundo. John nos recogió y te crió como a su hijo. Debes venerarlo por eso.

—¿John mató a mi padre?

Ahora hay que decírselo todo, jugarse el todo por el todo, antes de que reciba migajas del pasado de bocas malevolentes. Cuento a chorro: el joven tan diestro en la pesca, los sueños, la huida, la vida libre, el combate, la muerte. Son tan pobres las palabras. Hubiera querido, para él, la belleza de las cosas y el mundo. Me sorprende disfrazando la verdad, para suavizar su pena, hablo de malentendidos, de situaciones que habrían acabado arreglándose, de la vida que hubiéramos tenido a medio camino de dos culturas, destrozada por la equivocación de unos marineros que se sintieron amenazados sin razón.

Sigue callando, clavando los ojos en la línea del acantilado como si buscara allí un apoyo.

—Entonces, yo habría podido ser un hombre indio. Si mi padre no hubiera muerto, ¿viviríamos como ellos? Ahora somos libres. No tenemos ya necesidad de quedarnos en Itulia, podemos marcharnos a las islas. Mi padre, el de verdad, tiene sin duda una familia. Quiero conocerla, es preciso.

—No, Lukka. No es posible ya. Hoy está la granja y tus hermanos. Y, además, creo que la vida que llevamos es mejor para ti. Piensa en qué difícil es la existencia de los yámanas.

Se vuelve de pronto hacia mí, con aire terco, y prosigue, sumido en su razonamiento.

—Tal vez para ti era difícil. Pero yo tengo sangre india. Lo noté cuando despedazábamos la ballena, hacía yo todos los gestos necesarios, como si los hubiera hecho ya mil veces. Durante la batalla, no he tenido miedo, no vacilé. Mi padre es yámana y yo soy yámana. Tú puedes quedarte con Elie y William, pero yo quiero conocerlos. Quiero marcharme a las islas.

Me imagino a su edad, enterándome de esta terrible realidad. Mi espíritu me dice que le aparte de estos proyectos, pero mi corazón los comparte. Prohibir que se reúna con su tribu va a incitarle. Mejor será dejarle partir, pues sé ya que volverá. La educación que ha recibido le hará sentir pronto nostalgia de los libros, de las herramientas y de las técnicas que hoy parece desdeñar. Lo siento estremecerse a mi lado, dispuesto a la revuelta, y cedo, para ganar tiempo también.

—Eres ambas cosas, Lukka, yámana y blanco; quiero pensar que es una suerte para ti. Ve a los canales, aprende de los tuyos lo que desees y luego volverás.

—Ya lo veremos.

Por primera vez, no es ya el niño quien me habla. El tiempo ha pasado tan deprisa. Lukka tiene casi la misma edad que su padre cuando nos encontramos. Me doy cuenta de que no sé cómo dirigirme realmente a él. He intentado protegerlo, dejar siempre para más tarde el momento de revelarle sus orígenes, como si fuera posible eludir para siempre la cuestión. Hoy lo pago. Permanecemos uno al lado del otro,

comulgando ya solo en la fascinación por la ola de roda que muere y renace sin cesar. La voz alegre de Joachim rompe el silencio.

—Lukka, ven a echar una mano para la llegada. Te enseñaré cómo preparar el fondeo.

Lukka, visiblemente aliviado por la distracción, huye hacia la barra, sin decir palabra.

La vida se ha reanudado, una vez más, tan parecida y, a la vez, tan trastornada, como después de cada uno de los dramas de mi existencia. He ofrecido la gerencia del aserradero a dos familias que han venido a construir alrededor de nuestra cabaña, trayendo a seis niños que encantan a William y Elie. Empleo también a un segundo escocés, tan pequeño y encogido como el otro es alto y flaco. De nuevo doy el pego, representando mi papel de dueña de granja. Somos argentinos y se me han concedido treinta mil hectáreas de tierras y bosques. El gobernador Paz lo ha arreglado todo para mí. La antigua y pequeña campesina escocesa es ahora potencialmente rica. He hecho todo eso sin creer realmente en ello, como una huida hacia delante. Lukka no está casi nunca en casa. Siempre se ha negado a hablar del pasado. Se ha construido una piragua y desaparece semanas enteras. Los yámanas de paso me han indicado su presencia, vagando por los canales, uniéndose temporalmente a las tribus. Sé que ha pasado por Uarutoaya. Cuando está entre nosotros, permanece fuera todo el día cuidando el ganado. Por la noche, alrededor de la mesa solo hay discusiones con los escoceses sobre el cuidado del rebaño, digresiones de los dos pequeños y los crujidos de la casa atormentada por el viento. De él, ni una sola palabra y menos aún miradas. Cuando le veo coger comida y su fusil, sé que al día siguiente la canoa será solo un punto bailando en el lindero de la bahía.

Los indios son cada vez menos numerosos, cada vez están más enfermos. Ahora ni un solo grupo se libra. Incluso los más aislados han acabado contaminados por una enfermedad u otra. Un poco como yo, no parecen rebelarse, deslizándose día tras día hacia el abandono de sus tradiciones. Tres onas de los que nos habían atacado han sido apresados y colgados en Ouchouaya y el resto de su tribu ha sido confiada a los padres salesianos que han abierto algunos albergues. Joachim maldice aún:

—Esos lugares son morideros, Emily. Dicen que los recogen para educarlos. Si lo vieras, ¡es lamentable! Van harapientos, están enfermos, amontonados, yámanas, onas, alakalufes, todos mezclados. Es absurdo hacer vivir juntas estas tribus que siempre se han combatido. En cuanto pueden encontrar alcohol, las peleas son interminables. He visitado dos de estos centros, he creído morir de vergüenza. Obligan a las mujeres a tricotar y a los hombres a escarbar la tierra. Están atontados y embrutecidos. Unos años más y estos pueblos no existirán ya en la superficie de la Tierra. Mi diccionario se convertirá en un objeto de antropología.

—Pobre amigo mío, ¿y qué quieres hacer?

—Nada, sin duda. Pero ya ves, si fuera indio no me dejaría envilecer así. Me extraña que no tomen las armas para defender sus territorios.

—Cállate, estás divagando.

Joachim viene a menudo a visitarme, más de lo necesario para cargar la lana y la madera. No pasa ni una sola vez por el canal sin dar una vuelta por aquí. A menudo nos instalamos, después de la cena, en el banco de madera delante de la casa. A veces se inflama por la causa india, pero la mayor parte del tiempo charlamos, bromeamos por naderías durante horas. Siempre acaba haciéndose el silencio, es un dulce silencio, respetando cada cual el recogimiento del otro. A las primeras estrellas, nuestro común placer es desafiar el frío y seguir oyendo los crujidos del glaciar, la llamada de las lechuzas, el refunfuñar del viento en el acantilado y, por encima de todo ello, el sordo canto del océano que brota de más allá de las islas. Sin duda yo solo tendría que decir una palabra. Lo noto en su mirada, en su forzada alegría conmigo, en sus atenciones para con la granja y la familia, dignas de un padre. Pero resisto sus alusiones, estoy fatigada.

Hemos sufrido una sucesión de inviernos muy duros. Por la noche, me despierta el estallido de las ramas que se rompen bajo el frío. Por la mañana, no es raro que el hielo recubra, como antaño, el interior de las ventanas e, incluso, parte del mobiliario. Hemos tenido que intervenir varias veces para intentar liberar a los corderos de una ganga de nieve. Para calentarse, los animales se agrupan y acaban asfixiados bajo el manto nivoso. A menudo sacamos a la luz una carnicería que llena de júbilo a caracarás y cóndores.

Elisa nos ha abandonado. Se apagaba poco a poco como la llama de una lámpara. Una mañana la encontramos muerta en su cama. Echo en falta a mi pequeña yekadahby más de lo que imaginaba. Al alba, la oía hurgando en la chimenea, procurando que la familia se levantara con una buena llama, luego se adormecía esperándonos. A menudo he contemplado ese rostro ajado preguntándome cuáles eran las claves de este destino que nos lleva a envejecer en el otro extremo de la tierra, y quién recordaría un día su discreta bondad.

He reanudado mis paseos solitarios. Camino sin objetivo, contemplando la llanura helada e inmóvil, surcada solo por los vapores procedentes de los ríos. Este universo negro, gris y blanco me conmueve aún. Trepo por el acantilado, a trancas y barrancas, con la nieve reciente hasta las rodillas, imponiéndome recorridos cada vez más alejados, cada vez más altos, como pruebas iniciáticas. La pendiente es tan empinada que el paisaje no aparece poco a poco, como cuando se trepa a una colina. Me agarro a los matorrales, me arrastro a veces por el acantilado y, de pronto, he desembocado en la altiplanicie, me posee la inmensidad del cielo. Si el viento sopla del norte, se

arrastran altos zarpazos de nubes resplandecientes y, a veces, rosadas por un cielo de un azul profundo. Si sopla del oeste, son pesados amontonamientos de tortas llenas de agua y tormenta. Siento ese aliento helado abrasándome los pulmones y, una vez más, me dejo atrapar por la energía que de él se desprende. Percibo los latidos de mi corazón enloquecido que repercuten hasta la yema de mis dedos y un fresco bienhechor que me invade el cerebro. No tengo ya, entonces, preguntas sin respuesta, sino solo una certeza jubilosa e inexplicable.

No son ya las marchas llenas de cólera y rencor de mis comienzos aquí. No busco ya divisar señales, he abandonado mis quimeras de ser *yekamush* e incluso yámana. Andar, estar atenta solo al crujido de mis pasos, al *toc-toc* de un pájaro carpintero, a una charca que adivino bajo las hierbas por su olor empalagoso. Todo eso focaliza mis pensamientos. Me parece que mi alma, en reposo así, lo aprovecha para cicatrizar viejas heridas.

Desde Itulia no se ve el mar, pero lo siento allí, envolviendo con su violencia ese extremo del mundo. Dirijo un pensamiento a los marinos cuyos cuerpos descansan en alguna parte, en el agua negra, más allá de las islas, sin sepultura. ¿Cuántos sueños, cuántas esperanzas de descubrimientos o riquezas les condujeron aquí? Tienen razón los indios cuando se extrañan de que vengamos a morir en estos parajes hostiles cuando nuestros países tienen climas y recursos infinitamente más ventajosos. Partir es una idea que supera su entendimiento y allí, jadeando ante la desgredada bahía, comparto esta evidencia.

Los tres años siguientes han fluido como un respiro. Me he instalado en mi nueva rutina. Ha tardado este verano en plantar sus cuarteles, contrarrestado sin cesar por un regreso de lluvias violentas y frías, traídas por el viento del sudoeste. Por fin ha llegado la calma. Han nacido doscientos corderos. Más de los que nunca hemos tenido. Y hay ahora treinta personas trabajando en la propiedad. He hecho montar una forja y un taller de tejido y me entrego al juego de ver cómo se amontonan en las calas del *Alenn Gardiner* las tablas y las telas. Cuando se aleja del pequeño pontón, de él solo se distingue la mancha parda de las velas y, debajo, la blanca de los corderos apretujados en cubierta. Ouchouaya se ha desarrollado y los precios suben para nuestro beneficio.

Hace casi seis meses que no he visto a Lukka. La última vez que vino, tuvimos nuestra primera pelea de verdad. Poco a poco se había suavizado conmigo. Pasaba durante unos días, montando jaleo con sus hermanos y, a veces, estrechándome en sus poderosos brazos de hombre joven. Apoyar mi cabeza en un hombro es un lujo que no creía ya poder disfrutar. A un período de aspecto austero ha sucedido, sin que yo supiera por qué, cierta euforia. Parecía feliz viviendo en la naturaleza, me explicaba con aires de conspirador que por fin había sido iniciado como debe serlo un yámana.

Le gustaba, con una pincelada de fanfarronería, deslumbrarme con su habilidad en la caza y en la pesca. Me hablaba a menudo de las mismas personas y parecía haberse tejido la familia que yo no había sabido ofrecerle. No me habría asombrado que, un día, me trajera una mujer y un hijo. Pensaba que, tras el golpe del descubrimiento de su filiación, se había poco a poco acostumbrado a ello, como un adulto acaba aceptando las realidades de la vida. Se encontraba en una fase donde, a fin de cuentas, quería saberlo todo de su padre, de nuestra breve existencia común y de su trágico fin. Me preguntaba sobre los detalles de lo que el pastor me había dicho al oponerse a nuestra boda, sobre lo que pensaba el doctor Hyades de los indios, sobre lo que había ocurrido cuando yo había vuelto encinta. Uarutoaya salía a menudo en nuestras conversaciones. ¿Cuánta gente en el barco de pesca? ¿Quién había disparado primero? ¿Había luchado Aneki? A cada una de mis respuestas, inclinaba la cabeza como quien ve confirmarse sus deducciones. Hubiera debido desconfiar de esa curiosidad mortífera, pero creía ayudarle a hacer su luto y no le ocultaba nada.

Aquel día me pareció hora ya de llevarle a superar este pasado.

—Lukka, tengo que hacerte una proposición. Stew, el contraamaestre escocés, me ha anunciado su partida cuando termine la temporada. Las grandes granjas del norte tienen atractivos pecuniarios contra los que no puedo combatir. El puesto está libre y tienes edad de establecerte. Sé cómo te gusta vagabundear por los canales, en su tiempo disfruté de ello. Pero debieras reflexionar. Llegará pronto el momento en el que fundarás una familia. La vida india no te bastará, la conozco. No os protegerá del frío, del hambre y de las enfermedades. Te daré libertad para que contrates a tantos yámanas como necesites. Contigo, tendrán también una seguridad y un porvenir.

Le vi apretando de inmediato las mandíbulas, pero proseguí mi alegato como alguien que intenta sembrar una semilla.

—Confieso que sería tan feliz teniéndote de nuevo junto a mí. Y, además, he soñado tanto en encontrar una reunión posible entre estas culturas. Tú, que perteneces un poco a ambas, tendrás éxito donde yo fracasé.

—Mamá, ¿qué sabes tú de la cultura india?

Se había levantado brutalmente evitando mi mirada y contemplando a través de los cristales la bahía que resplandecía bajo el sol.

—Viviste solo unos meses de vacaciones indígenas. —Había escupido con rabia estas palabras—. Yo vivo con ellos desde hace tres años. Sí, tengo frío y a veces hambre, pero soy libre y estoy de su lado, ahora y para siempre.

—Vamos, Lukka, no vayas tan deprisa. No te pido que renuncies a corretear por el canal. El ganado necesita cuidados sobre todo en verano, nada te impedirá recuperar tu libertad de vez en cuando.

—¡No!

Había gritado y, de pronto, me había dado miedo.

—... Nunca participaré en lo que estáis haciendo de este país. Talar la foresta, correr tras los corderos, amontonar pieles y tablas, ¿es ese el porvenir que me propones? Conserva pues tus escoceses que tan bien saben contratar, como tú dices, indios por un salario de miseria que se beben en Ouchouaya. ¡Yo, nunca! Soy yámana, mi mujer y mis hijos serán yámanas y viviremos como nuestros antepasados hicieron siempre.

—Hijo mío, estás soñando y yo soñé como tú. Mira el fondo de tu corazón. Sabes muy bien que la vida salvaje está llegando a su fin, lo quieras o no. Hace veinticinco años que vivo aquí. Creo saber más que tú sobre la Patagonia y sus habitantes. He visto las tribus prefiriendo, poco a poco, nuestro modo de vida. Muchas de ellas trabajan ahora en las estancias. No se lucha contra el tiempo que pasa y la vida que cambia. Reflexiona tranquilamente y volveremos a hablar de ello.

—Todo está decidido. Estoy al lado de mi pueblo. Hay aún en las islas gente que vive libremente. He hablado mucho en el canal de lo que ha ocurrido, no solo en Uarutoaya sino en otros muchos lugares y del mismo modo. Tú misma me dijiste qué cobardes y asesinos habían sido los marineros, cómo el pastor y su pandilla nos consideraban animales. ¿Que vuelva a vivir aquí, codeándome con quienes asesinaron a mi padre? ¿Con quienes nos desprecian y nos meten en zoos? ¿Con quienes me tratan de bastardo?

—No digas eso, eres injusto. No olvides tampoco que eres blanco también. Contigo, en la granja, se abre una ocasión única de establecer un puente, de olvidar los combates, de suavizar la suerte de parte de este pueblo al que amas, de sacarlo de la miseria.

Me plantaba cara, agitado por temblores de cólera, como lo son los guerreros.

—Hay otros medios de supervivencia distintos de la granja. Algún día expulsaremos a quienes nos destruyen. La cólera ruge. Yo no soy blanco, he elegido la sangre de mi padre, mi padre que fue masacrado por haber creído en buenas palabras. Me has dicho bastante como para saber que jamás seré de los vuestros. Y si debo defender mi campamento con las armas en la mano, me sentiré orgulloso.

—No digas locuras. Te lo repito, los tiempos han cambiado y el pasado ya no regresará. Ahora Argentina es tu país y ya no se trata de tribus sino de una nación donde estaremos todos mezclados: indios y europeos. Créeme, las armas me dejaron viuda dos veces, no permitiré que mi hijo sucumba también.

—Entonces prescindiré de tu permiso. Adiós, mamá. Yo no soy argentino.

Había salido como una borrasca, le había visto echar su canoa al agua sin volverse, dejándome exangüe, ahogando un dolor sin lágrimas, como no lo había conocido desde la muerte de Aneki.

Desde entonces, a pesar de mis artimañas para hacerlos hablar, ningún indio parece tener noticias suyas, y solo puedo rezar para que su rabia se agote o una

esposa sensata le haga recobrar otros puntos de vista.

Los dramas han caído sobre mí siempre con el buen tiempo, y hubiera debido desconfiar de esta mañana gloriosa.

En el alba rosada, difusos echarpes de bruma ascendían de los valles. La bahía estaba tan apacible que oí a lo lejos el petardeo del navío a vapor del gobierno, que de vez en cuando viene a visitarnos.

El oficial, embutido en su uniforme, se mordisqueaba el bigote.

—Señora, el gobernador desea verla urgentemente. Tenga la bondad de tomar algunos efectos, la reclama en Ouchouaya, sin duda por algunos días.

—¿Qué ocurre, teniente? Estamos en pleno trabajo, me es difícil ausentarme ahora.

—No estoy autorizado a decírselo, señora. Pero sin duda aprobará usted esta diligencia cuando conozca el motivo. De cualquier modo que sea, he recibido la orden de llevarla a toda prisa.

Era la autoridad dirigiéndose a la ciudadana argentina, solo quedaba obedecer y, además, yo sabía, adivinaba, que se trataba de Lukka.

El hombre que me indica ahora un asiento en el gran despacho no es ya el gobernador afable y compadecido, difusamente admirado de hace tres años. Es un militar en ejercicio. Una profunda arruga cruza su frente. Sus grandes cejas casi se unen, tan fruncidas están, sus ojos me escrutan como los de un fiscal.

—Señora, ¿sabe usted dónde está su hijo mayor?

La sangre se hiela en mis venas. Farfulto:

—Dios mío, no, gobernador. A decir verdad, no lo he visto desde hace algunos meses. Es muy aficionado a las aventuras y corre con frecuencia por la naturaleza. ¿Le ha sucedido algo?

Sé que su respuesta va a aniquilarme. Quisiera retener el tiempo, permanecer todavía unos minutos en la feliz ignorancia.

—Pues bien, mejor habría hecho vigilándolo de más cerca. Su afición por la aventura, como usted dice, le ha conducido a muy culpables extremos. No solo corre por la naturaleza sino, sobre todo, entre las tribus para levantarlas. No me andaré por las ramas. Lukka va a pasar de inmediato ante el tribunal militar que yo presido, por asesinato.

Aúllo, pero él lo espera. No se inmuta, ni siquiera el menor parpadeo. Es inhumano, bajo el pecho condecorado no late su corazón. Me produce el efecto de una máquina, un engranaje insensible, sobre el que mis súplicas, lo adivino de antemano, van a romperse.

—Vuelva a sentarse y sobrepóngase. Comprendo su angustia —dice con un aire falsamente cortés—, pero la situación es gravísima. Su hijo, todos los testigos lo confirman, se puso a la cabeza de una horda que atacó a los granjeros a quienes acabábamos de conceder la isla de Gable. Una pareja y sus dos hijos fueron asesinados. Avisados, enviamos un destacamento. Estos bandidos nos tendieron una trampa. Asesinaron al explorador indígena y a tres de mis soldados e hirieron a cuatro más. Habríamos podido terminar allí con ellos, pero yo había dado órdenes de atraparlos vivos y que actuara la justicia. Solo la ejemplaridad de la pena restablecerá la calma. Tendrá derecho, como sus ocho cómplices, a un proceso en toda regla. He nombrado a un oficial como abogado. Nuestro gobierno debe proteger a sus ciudadanos, estará usted de acuerdo, y castigar a los criminales. —Hace una leve pausa y finge suavizarse—. Lo lamento mucho, señora, decididamente los indios le habrán ocasionado muy grandes tormentos.

El «proceso» se celebra dentro de tres días. Solo tengo derecho a ver a Lukka una vez, en la penumbra rayada por los barrotes. Un cuerpo tendido, marcado todavía por los golpes, un rostro hosco y dos ojos negros que no parpadean, como los del gobernador; eso es todo lo que queda de mi hijo.

—El granjero disparó primero. Esa tierra no era suya. Era de noche. Luego los militares atacaron el campamento. Despanzurraron a hombres sin armas. Nos defendimos. Si tengo sangre en las manos, es la de los asaltantes. No tengo miedo de ellos. Pueden colgarme, otros llegarán para arrojarlos al mar.

—Lukka...

No se levanta, ni siquiera intenta tomar la mano que le tiendo. El muro invisible entre ambos es más palpable que las rejas que nos separan. El silencio solo es roto por el viento que ronca entre los barrotes. No levanta la cabeza. Su voz se hace lenta y grave. Ha construido su razonamiento, lo ha afilado, pulido, aunque sea irrisorio y quimérico, tiene que agarrarse a él para justificar ese estropicio. Y yo nada vi venir de ese arrebató, cuando habría estado en condiciones de apartarle de él antes de cometer lo irreparable.

—Mamá, tú eres la única, con Joachim, por la que siento compasión. Todo lo que me contaste me ha abierto los ojos. No hay lugar para la paz entre nosotros y los blancos. Tú lo soñaste pero ya has visto cómo su odio y su desprecio arruinaron esas esperanzas. Ahora es cuestión de vida o muerte. Os expulsamos o desaparecemos. Hoy es solo el comienzo del combate. Muchos yámanas tienen miedo aún, pero son valientes. La injusticia que se prepara va a despertarlos. Conocemos este país mejor que vosotros. No tendréis reposo y, si conseguimos establecer alianzas con los onas y los alakalufes, tendréis entonces que subir de nuevo a vuestros barcos. Los tiempos que se anuncian serán sombríos. Sí, se derramará la sangre. Prométeme que

abandonarás la Patagonia, llévate a Elie y William a Escocia. Vuelve a tus ancestros y yo regreso a los míos.

¿Qué más decir de un hombre que solo ve la muerte como porvenir y que se encuentra aún en las exaltaciones de la juventud? Me arrojé a los pies del gobernador, incluso pedí socorro a la misión, en nombre de la caridad, de la justicia, del perdón. Me apartaron como a una sarnosa. Tengo el cuerpo roto, el alma rota. Ese hijo de la desgracia acaba en la desgracia. No tengo recursos ya. Maldigo, yo, la antigua insurrecta, ese espíritu de guerra. Desde hace veinticinco años me he engañado, incapaz de comprender, muerte tras muerte, que esta tierra era solo la del desgarró. Demasiadas riquezas, demasiadas avaricias, un muro que es imposible derribar entre los pueblos del agua y la foresta y el del acero.

«Que la gloria del Señor brille hasta en esos rincones olvidados del mundo y lleve hasta Él a los pueblos de la Tierra», decía el pastor. Pues bien, sí, los ha llevado en forma de cadáveres, pues no hay otra alternativa. Estoy acurrucada sobre las mismas rocas donde un día el dulce Aneki había soltado: «¡Qué hermoso es mi país!». El paisaje de hoy le daría la razón. Más allá de los detritus que mancillan ahora la playa, el canal es más espléndido que el día en que lo descubrí. Hace viento y el mar es de un verde lechoso, rasgado por los rompientes. Las nubes pasan tan rápidas sobre las montañas que produce vértigo mirarlas, pesadas masas llenas de los olores del Pacífico. Boquetes de luz incendian esporádicamente los islotes, como fulgores de faro. El viento gime, aúlla, ruge, dobla hasta el suelo los árboles. Pero estos resisten, dejándose inclinar por la tormenta, levantando de nuevo la cabeza a cada calma, agarrados con todas sus raíces. Los albatros han tomado posesión del cielo y se alegran de las ráfagas que les mandan danzando hacia mar abierto.

Una pequeña mancha parda ha aparecido en la esquina de la bahía, una cagada de mosca penando en el horizonte. Diríase que las olas van a tragárselo, a aplastarlo, pero reaparece cada vez, chorreando espuma. El *Aleñ Gardiner* lucha por su vida. Permanezco petrificada, sincronizando mi respiración con las esporádicas apariciones del pequeño navío. ¿Por qué no ha esperado prudentemente fondeado que acabe la tormenta? Creo que adivino la razón de su prisa.

—Carajo, he creído que las cuadernas iban a encallar, tanto nos han sacudido hacia Remolino. ¡Buen barco, todavía tiene agallas!

A la luz de la lámpara de petróleo, Joachim ha recuperado el aire malicioso de su juventud. Su pelo es ya solo una bola de crin y su rostro una placa de sal. Con sus agrietadas manos, rompe metódicamente el pan y sirve en primer lugar a su tripulación, compuesta por tres jóvenes yámanas.

—Pero somos una buena pandilla. No erramos ni un cambio de amura. Debo decir que estábamos motivados, de lo contrario nos hubiéramos dirigido directamente

a los guijarros.

Les dirige un guiño y ellos le imitan, al estilo yámana. Me cuesta contener mi impaciencia, pero sé que es preciso darles este momento de júbilo puesto que han arriesgado su vida para encontrarme. Cuando he visto la goleta anclando muy cerca de tierra y echar el esquiife al agua, yo estaba ya dispuesta a embarcar. Joachim solo me ha estrechado con fuerza en sus brazos.

—Ya sé. Los indios me avisaron en Puerto-Toro cuando estábamos cargando agua. No se lo permitiremos.

El viento gime aún y el casco es sacudido por los tirones de la cadena del ancla. La camareta, en comparación, es un remanso de paz bajo la lámpara que humea.

—He comprendido bien lo que me has dicho. No hay que esperar clemencia del tribunal. La venganza y el miedo los guían. Si no aplastan de raíz la rebelión, les va a costar años y lo saben. Paz quiere conservar su puesto. Hay pormenores contantes y sonantes que valen ampliamente la vida de algunos indios.

Joachim habla lentamente, como si fuera madurando su plan. Pero con tanta calma que tengo la impresión de que está contándome una historia ya vivida.

—Me extrañaría que alguno de los guardias se resistiese a una buena suma. Conozco a estos tipos. Pobres diablos, campesinos que nunca pidieron venir aquí. Se alistan para no morir de hambre. Un pequeño peculio, lo necesario para volver al norte y comprar una estancia donde dejar pasar días tranquilos, los tentará endiabladamente. El tiempo se calmará un poco esta noche y la danza se reanudará mañana al anochecer. Conozco esa música. Es perfecto. Tiempo justo para que hagas una ida y vuelta a Itulia, con la tripulación, y vuelvas con los muchachos y todo el dinero de tu caletín. Yo permaneceré en tierra y me encargaré de ser convincente para que la puerta de la jaula esté abierta la próxima noche.

Suelta la carcajada.

—¿Por qué juego al conspirador siempre por tu causa?

Su mirada se demora y evalúa la camareta con una mirada circular.

—Bah, estaremos un poco apretados. Conozco un buen rincón, en las Falkland, para cazar y aprovisionarnos de agua. Luego, con los vientos del oeste, nos quedan tres o cuatro semanas, directamente hacia África del Sur. Siempre he soñado en este país. Dices que son nueve los de la cárcel. Más nosotros cuatro, Elie y William. A fe mía, entre todos no tardaremos mucho en plantar cuatro paredes y un corral allí.

Ignoro si debo reír o llorar, apoyar la cabeza en su hombro, aquí, ante esos hombres, como no hago desde hace tanto tiempo, desde los tiempos de Aneki, descargar por fin mi miedo y mi pena, la que nunca me ha abandonado desde la jornada de Uarutoaya.

Itulia, Itulia aún y siempre, me miro en el espejo, veo a una anciana. La cabellera negra que era mi orgullo se ha teñido ampliamente de blanco, indelebles arrugas me surcan la frente, la piel comienza a colgar bajo el mentón. Solo los ojos conservan cierto fulgor, a pesar de las bolsas.

El parloteo de una niña me saca de mi huraña contemplación. La vida prosigue en esta niña rubia y pálida como lo era Beth, la tercera que me han dado Elie y Sarah, su mujer. ¡Abuela en el fin del mundo! ¿Lo habría imaginado cuando abandoné la alta casa de Grenook, para convertirme en «gobernanta» en la Patagonia?

¿Qué he hecho de esta vida que Dios me ha dado? Ahora que, por mil pequeños tormentos y renunciaciones del cuerpo, sé que se acerca la muerte, ¿es tiempo todavía de hacerse esta pregunta? Siento una vez más la necesidad de trepar por la colina que está detrás de la casa. Adosado a un haya centenaria, me he hecho construir un refugio, un simple sobradillo de ramas donde me refugio ahora que me agotan las largas caminatas. Todos saben, cuando me ven allí, que no deben molestarme, que estoy ausente del hoy, cara a cara con mi pasado.

¡Itulia! Desde aquí, domino el río que holgazanea en cien brazos, acarreado de vez en cuando su hielo translúcido. Aguas arriba se percibe una lengua del glaciar constantemente anieblado, salvaje, inquietante; aguas abajo, la bahía estrecha, prudentemente velada por sus siete montañas. Volviéndome, veo a los hombres y su industria: la gran casa que ha reemplazado la cabaña de antaño, rodeada de otras casitas y jardincillos de las familias que trabajan para la estancia, los edificios de la granja, los corrales, el gran huerto, los vergeles. Cuando hace buen tiempo, este paisaje es bucólico como una campiña europea cualquiera. Solo la silueta de las hayas muy inclinadas, cuyas ramas parecen peinadas por el viento, revela la Patagonia. En los montículos, cerca de la playa, a un lado y otro del pontón, quedan aún algunas chozas yámanas aunque a menudo solo son simples rastros hundidos en la tierra, testimonio de antiguas habitaciones.

Desde lo alto de mi pequeño promontorio, estoy en la encrucijada de estas sendas, naturaleza en bruto por un lado, labor de los hombres por el otro. Es el único lugar donde me siento apaciguada, sin necesidad de elegir entre una y otra, tan feliz de ver cómo huye un guanaco, de oír su risa sarcástica, o de ver girar un cóndor que desciende en amplios círculos hacia una carroña, como de oír el chasquido de una vela, los balidos y los relinchos tranquilizadores de la granja. Nunca habré sabido, pues, elegir entre mis dos vidas, sacudida por los acontecimientos, mi única certeza es este país. No es hora ya de preguntarse por qué, y desde hace mucho tiempo no busco ya la respuesta. ¿Se comprenden alguna vez las razones de un amor? Aquí está, indecible, inevitable. Fue el primer flechazo de la muchacha que se impacientaba en la batayola de un navío. Será, lo sé, mi postrer fragmento de felicidad, en el umbral del gran paso. He soñado que los indios me dan sus llaves, que gracias a compartir su

ciencia atávica puedo yo, también, fundirme en estos paisajes. A veces he pensado que lo conseguía en esos fulgores de presciencia en los que me creía *yekamush*. He imaginado que, siguiendo a Aneki, cambiaría mi naturaleza profunda, borraría cualquier huella de mi educación, como si bastara con desnudarse y pintarse el cuerpo para convertirse en yámana.

Cuando, a consecuencia de nuestro pequeño complot, el *Alenn Gardiner* desapareció en la noche, cuando me quedé sola en la playa con el canto del viento por toda herencia, yo sabía que actuaba bien. A pesar de mi amor de madre, a pesar de la dulce atracción por Joachim, más allá de las esperanzas de una vida nueva en un país nuevo, el apego por la Patagonia fue más fuerte. Aquella noche, creí quedarme por Aneki, por fidelidad a su memoria.

En la calma nocturna, había visto yo el fanal izado por tres veces en la cofa de la goleta, señal de que las puertas de la prisión se habían abierto y los nueve hombres habían llegado a bordo sin trabas. Ya solo quedaba venir a buscarme con Elie y William. No reflexioné, no decidí, bajé sola y sin equipaje hacia la ribera. La luna inundaba la bahía, proyectando la tranquilizadora sombra de las montañas, haciendo brotar de la nada las altas placas de nieve. Las olas difractaban la luz en mil pequeños candiles, hechizando el canal. En los islotes de enfrente, las hierbas silvestres relucían como alfombras de plata. El viento arrugaba los matorrales de la orilla y solo algunas golondrinas marinas tartamudeaban en sus guaridas. ¿Qué había allí, además de un encantador paisaje bajo la luna? Nunca lo sabré. Pero yo era suya y él mío y yo no deseaba otra parte. Estaba segura de que debía quedarme.

La barca llegó silenciosamente, con Joachim a los remos. No hubo necesidad de palabras, cuando me vio sola. Su mirada se veló de pena y su voz se cargó de la bravuconada de un buen soldadito.

—¿Sabes? Me ha costado un montón que Lukka se decidiera a aprovecharse de la libertad. El muy animal estaba dispuesto al martirio. Solo la idea de ver colgados con él a sus compañeros le ha decidido. ¿De qué servirán los cadáveres? No creo en la revuelta de los yámanas, si hubieran tenido que llevarla a cabo estaría hecha hace ya mucho tiempo. También yo amo este país, pero la vida debe ser más fuerte. Aquí no hay ya nada que hacer. ¿Y a ti qué te retiene ahora?

Ante mi silencio, movió tristemente la cabeza y prosiguió:

—Lo sabes muy bien, mi deseo más enloquecido y más caro es que recomencemos juntos. ¿Piensas abandonar a Lukka? ¿Acaso no crees que William y Elie tendrían un mejor porvenir al otro lado del Atlántico?

No me atrevía a mirarlo, a él, que acababa de arriesgarlo todo y se condenaba al exilio para salvar a Lukka y los suyos. Las palabras sufrían en mi garganta.

—Lukka está lejos de mí desde hace mucho tiempo. William y Elie son argentinos. Tienen una tierra, una granja, una vida aquí. ¿Qué pasaría en África del

Sur? Estoy cansada de esperar. Joachim, eres un hermano para mí, tu partida me destroza, lo sabes muy bien. Pero abandonar Itulia me es sencillamente imposible. He vivido más tiempo en la Patagonia que en ninguna otra parte. Cada vez que abro los ojos, por la mañana, a estos paisajes, siento que Aneki me acompaña. Soy demasiado vieja para empezar de nuevo en otro sitio. Me quedo. Debo quedarme.

La cólera del gobernador fue memorable. Ouchouaya tembló. El soldado que había sido sobornado cometió el error de intentar huir a pie. Los onas enviados a perseguirlo le encontraron rápidamente, empapado y hambriento en la foresta, y partió bien custodiado hacia un tribunal militar, en Buenos Aires. No doy ni un chavo por su cabeza.

Recibí, muy de vez en cuando, cartas de Joachim, pero nunca una sola de Lukka. Mantuvieron un violento altercado cuando le pidió que le dejara, a él y a sus hombres, en la entrada del canal de Beagle para proseguir la lucha. Joachim, indignado, se negó. No había corrido todos esos riesgos por nada y se sentía responsable, ante mí, de la vida de mi hijo. También los demás indios se negaron a desembarcar, contentos sin duda de haber salvado la piel. Lukka se encerró luego en el silencio y, llegados al cabo, desapareció de a bordo inmediatamente y, con él, el último rastro de mi vida de india. Finalmente me sentí aliviada al no tener ya noticias. ¿Era la tentación de poder imaginarle así un feliz porvenir cualquiera? A veces, me parece que Lukka no ha existido, que era solo la quimera de una muchacha exaltada. Mi propia historia me parece extraña e incluso el rostro de Aneki se esfuma. ¿Qué más me habrían proporcionado un marido y un hijo indios, ahora que sé imposible la alianza? A fin de cuentas, he encontrado algo mejor que la vida salvaje, mi propio equilibrio y algo que se parece a la felicidad. No tengo ya esa sensación de vergüenza por haber fallado. Cushi tenía razón: «Lo que debe ser, será», y el destino eligió por mí.

Joachim, tras haberse dedicado unos años al cabotaje con el infatigable *Alenn Gardiner*, terminó sedentarizándose y cría avestruces cuyas plumas, me dice, hacen furor en Europa. Sus misivas están llenas de la misma admiración de la que daba pruebas aquí por la naturaleza y de la misma indignación ante las poblaciones negras envilecidas y tratadas como esclavos. Los hombres son así, pues. De un extremo a otro del planeta, no soportan sus diferencias. Pero los africanos son infinitamente más numerosos y vindicativos y tiemblo cuando me cuenta sus historias de mujeres incendiadas y blancos asesinados.

Aquí, la evasión de Lukka supuso el final de la efímera revuelta. Prosiguió el declive de los indios. Hoy, en 1932, casi cincuenta años después de mi llegada, solo queda el diez por ciento del conjunto de las poblaciones autóctonas. Ninguno de los *hanushs*, que poblaban el extremo este del canal de Beagle, ha sido divisado desde

hace diez años. Al parecer han sucumbido a las enfermedades. Algunos onas habrían sido eliminados a sabiendas con alimentos envenenados depositados en las playas, pero me cuesta creerlo. Los supervivientes están casi todos empleados en las estancias donde su robustez hace maravillas. De los alakalufes y yámanas que vivían del mar en el canal, no quedan ya prácticamente poblaciones aisladas. Se ha instalado en ellos una especie de fatiga colectiva. De una epidemia a otra, parecen haber perdido cualquier resorte vital. Los nacimientos se hacen escasos, como si se les hubiera hecho inútil perpetuar su raza. Las ceremonias de iniciación son excepcionales puesto que no hay ya impetradores. La tradición de los *yekamush* no se transmite ya. Vestidos a la europea, con frecuencia alcohólicos, algunos especímenes vagabundean por Ouchouaya. Del lado sur del canal de Beagle, convertido en tierra chilena, las autoridades intentan agrupar a los supervivientes, en forma de poblado que corresponde muy poco a sus nómadas costumbres.

Los de Itulia son los menos desgraciados, creo. He prohibido el alcohol en la propiedad y cuando hago venir para nosotros el médico de Ouchouaya, le pago las consultas de los indios. Unas quince familias cultivan pequeños rodales, pescan y echan una mano en los trabajos de la granja.

Varios etnólogos nos han visitado. Tengo la reputación de ser una de los que mejor conocen la cultura autóctona. Bombardean a los yámanas a preguntas sobre los vínculos de parentesco, los rituales del Ciexos, las leyendas, compran a alto precio cestos, armas y herramientas. Luego se pelean entre sí sobre la cuestión de saber si los indios creen en un dios único y tienen una visión del más allá. Pero ¿de qué sirven esos estudios que van a aterrizar en anaqueles polvorientos y esos objetos que acabarán en los museos?

El tiempo de estos pueblos ha terminado, para siempre.

Tras la partida de Lukka y Joachim, me lancé a cuerpo descubierto al trabajo. Agotarme era, una vez más, mi recurso. Ocho mil corderos, unos cincuenta caballos, un centenar de vacas, un corral a medida hacen de Itulia la más hermosa granja del canal de Beagle. Mis hijos, casados, me descargaron poco a poco de los trabajos, permitiéndome esas largas horas de contemplación de las que no me canso. Un rincón de luz fulgurante, una bandada de ibis o cóndores, un haya de ramas torturadas puntúan mi jornada de pequeños gozos y justifican esa lejana decisión de haber sido fiel, ante todo, a esta tierra.

En esta tarde de pleno viento, en mi altozano, sueño en terminar aquí, en cerrar los ojos ante este esplendor que me acompaña, hechizada, consolada durante toda mi vida. Mi único pesar será abandonarla. Contemplo un albatros que se ha aventurado por la bahía. El viento es lo bastante fuerte como para que se deje acunar planeando. Entonces, como en los tiempos en los que me creía *yekamush*, tengo súbita

conciencia de cada hilillo de aire en sus plumas. Adivino la angulación de su ala que utilizará un ínfimo ascenso creado por las olas para brincar de la superficie del agua hacia el cielo. Las pesadas masas nubosas parecen estar allí suspendidas en ingravidez con sus bases estrictamente al mismo nivel, puestas sobre un invisible almohadón que fuera transparente. Soy el pájaro. Utilizo mis alas del todo recientes, extrañada al moverme ahora en tres dimensiones. Vuelo, y el olor agrídulce de las algas en descomposición llena mis pulmones y me atrae hacia una mancha de laminarias. Percibo los brillos de minúsculos peces que saltan allí, recibiendo la luz en esquirlas multicolores como las gotas de una cascada. En una franja de sol, cierta tibieza me llena de pronto el cuerpo, me colma de una energía tan inagotable como el propio astro.

Sobrevuelo la maraña de golfos y cabos, de glaciares, de praderas, de forestas. El color de las aguas va del turquesa costero, reluciente bajo un rayo de luz, al azul oscuro de las grandes profundidades del canal, al negro de un reflejo de nube. El mar de fondo se enrolla en cada punta para entrar en las bahías, enviando hileras de olas, como batallones en desfile, para que mueran en ribetes de espuma. El verde forestal no resiste, en altura, al pardo de la roca que, a su vez, cede ante la blancura sin compromiso de la nieve, componiendo la costa como un milhojas, vetado por el trazo sinuoso y sombrío de los ríos. Unos puntos blancos o pardos se mueven lentamente por los pastos, grupos de corderos, de vacas o de caballos y, bajo los escasos cuadrados verdes o anaranjados de los tejados protegidos por las colinas, unas mujeres se atarean por la supervivencia doméstica.

Allí abajo, al fondo, donde las cimas tutean por fin a las nubes, se levanta el gran vapor de los aulladores cincuenta y los solitarios sesenta.

Soy Emily, del país del fin del mundo. Desde hace mucho tiempo, tanto tiempo, mi kespix ha abandonado mi cuerpo.

Mi carne ha alimentado el gusano, el gusano ha alimentado el pájaro, el pájaro ha alimentado la zorra y hace crecer sus retoños. Mis huesos han alimentado la tierra, la tierra ha alimentado las hayas, las hayas han dado yacija y refugio a los animales de la foresta.

Mi sangre ha corrido por el suelo, ha corrido por el río, ha llegado al canal y se ha fundido en las aguas grises del mar.

Estoy aquí para siempre.

La cruz de madera de mi tumba está corroída por el musgo y los hijos de mis hijos han regresado hacia las luces de las ciudades. Itulia, de la que me sentía orgullosa, ha sufrido los reveses que los hombres saben infligirse a sí mismos. Otros han proporcionado, en otra parte y con menor esfuerzo, las tablas y la carne. Las vacas y los caballos se han vuelto salvajes y algunos les disparan en vez de a los guanacos que se hacen escasos. Un solo peón guarda una casa decrepita.

Ya nadie llama a Akainix, el arco iris, ni a Hainola-la-orca, ni a Yetaite. Los que ahora van y vienen no conocen ya el sentido de la llegada de los ibis, o de la precoz aparición de los leones marinos, ninguno sabe ya conducir una piragua o perseguir los cormoranes y las otarias.

Los pueblos del agua, los pueblos de la foresta ya solo son grabados.

Al otro lado del canal, en tierra chilena, al borde de un lodoso burgo, una falsa choza ofrece lamentables cestos y una o dos ancianas se hacen pagar para contar leyendas.

Siguen habiendo velas en el Beagle y alrededor de las islas, pero son alegres hombres blancos que pasean y se extasían ante cualquier cosa. Los caminos de porte son recorridos por inocentes caminantes que no deben buscar su alimento. Ouchouaya se ha convertido, no se sabe por qué, en «Ushuaia», una ciudad-pulpo. A orillas del mar, las chozas desaparecieron hace ya mucho tiempo para dar paso a pesadas construcciones, y los pobres fueron empujados hacia arriba, en cuchitriles corroídos por los bosques de las colinas.

Pero el viento enloquecido sigue ahí, y el mar sin fin, y la luz desnuda, y la alianza de los grises, azules, verdes y blancos y la indefinible energía de su pacto íntimo, mucho antes que los hombres y mucho después de ellos, indiferente a sus razas y a sus sueños.

Estoy ahí, alma feliz, serena por fin. Se me reconocerá en un ala de martín pescador, en una flor de hierba cana bajo la nieve, en el pelaje rojizo de una zorra que pasa. La zorra que corre y corre, por una pradera de la Patagonia.